

EXPERIENCIAS Y TESTIMONIOS

COMUNIDAD DE DISCÍPULOS

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Gonzalo LÓPEZ MARAÑÓN**
Vicario Apostólico de Sucumbíos - Ecuador

Un monarca soñó que había visto a un rey en el paraíso y a un sacerdote en el infierno. Cuando estaba preguntándose cómo podía ser aquello, oyó una voz que decía: el rey está en el paraíso por haber respetado a los sacerdotes; el sacerdote está en el infierno por haber transigido con los reyes.

“Aquel mismo día hubo dos discípulos que *iban de camino* a una aldea llamada Emaús, distante unas dos lenguas de Jerusalén, y comentaban lo sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y *se puso a caminar con ellos*. Pero estaban cegados y no podían reconocerlo. Jesús les dijo:

– ¿Qué conversación es ésa que os traéis por el *camino*?

Se detuvieron cariacontecidos, y uno de ellos, que se llama Cleofás, le replicó:

– ¿Eres tú el único, de paso en Jerusalén, que no se ha enterado de lo ocurrido estos días en la Ciudad?

Él les preguntó:

– ¿De qué?” (Lc 24, 13-19).

1. CAMINO Y ENCARNACION

Tomemos nota, para empezar, de ese primer acento: *EL CAMINO* (“*iban de camino, conversaban por el camino y se puso a caminar con ellos*”). Eso es: el Evangelio es camino y caminar siempre, lo cual, para los cristianos instalados es ya todo un sobresalto, pues nos previene que no hay Misión que valga si no nos ponemos en camino y si, por supuesto, el propio Jesús no camina con nosotros. ¿Qué pasará, pues, con

la Iglesia si no camina, si no hace de su vivir un camino, si cierra la puerta y se queda en casa cómodamente sentada, cuando no asustada y perpleja, ante la indiferencia o mediocridad de buena parte de sus hijos, o ante el poder avasallador del mal?

¿Qué pasará si la Iglesia no hace *misión en el camino*? Jesús dijo:

“Id, (es decir *CAMINAD*) y haced discípulos de todas las naciones” (Mt 19,19).

De modo que *iban de camino* conversando y discutiendo, cuando se apareció el otro caminante y se entrometió con una pregunta de lo más normal: –¿Qué pasó?

Al Señor de los altos cielos, *cuando se hace caminante*, le salen preguntas directas que buscan respuesta lúcida y decisiones fuertes.

Pero la cosa estuvo avisada:

“Cuando se cumplió el plazo envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, sometido a la Ley, para rescatar a los que estaban sometidos a la Ley, para que recibiéramos la condición de hijos” (Gál 4, 4-6).

El texto alude a la decisión mayor y originante, que el Papa Juan Pablo II describe como el “*MOVIMIENTO DE ENCARNACIÓN*”, y que consiste en un encarnarse de la Iglesia en el espacio y en el tiempo” (NMI 3).

Y éste es el segundo acento o reclamo para una Iglesia caminante y misionera. Luego, con el correr de la historia, irían llegando las otras encarnaciones (“las muestras”), que no por humanas van a ser fatalmente menos genuinas y verdaderas, pero que cuando no son llanamente evangélicas suelen terminar en meras “desencarnaciones aguadas, con escaso provecho, realmente, para el Reino de Dios”.

Quede, pues, claro entonces que lo *verdaderamente determinante es el encarnarse de la iglesia en el espacio y el tiempo*. Y de ahí seguirá todo lo demás: (la misión, la fe compartida, la pasión cristificada y glorificada....). O todo lo de menos, si la Iglesia no practica este primer mandamiento misionero de encarnarse en el tiempo y en el espacio, pues con razón se ha dicho que “todos los males nos vienen (*como Iglesia y como hijos de la Iglesia*), de la desencarnación del Verbo”. En efecto, ¿cómo reconocer a la *Iglesia-Iglesia* si no es Encarnación y Sacramento de Jesús? ¿Cómo identificarla y diferenciarla de las religiones históricas, si en su talante visible e íntimo, no transpira el ser mismo de Jesús, el mismo aliento y estilo del Verbo de Dios Encarnado?

2. EL MUNDO LATINOAMERICANO

– “¿De qué hablaban, pues?”, preguntó el caminante.

Pero, hombre: ¿eres tú el único que no se ha enterado de lo que ocurrió durante las últimas décadas en el Continente Latinoamericano Americano? ¿Acaso nunca oíste del Concilio Vaticano II, de la conferencia de Obispos de Medellín en Colombia, de la Teología de la Liberación, del asunto aquél de la opción por los

pobres, de las Comunidades de Base, de los incontables mártires, de tantos profetas poderosos en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo, de la confabulación de los poderes espirituales y terrenales; de las inefables democracias, tan ingenuas y vendidas; de la intolerable globalización de la miseria que tanta muerte y crucifixión carga ya sobre las espaldas de los pobres? ¿Acaso no has oído por ahí que la Iglesia se ha atascado, e inmovilizado, que camina hacia atrás, que el mundo católico vive en la Iglesia momentos de involución y aún de hibernación?

Ciertamente “nosotros esperábamos la liberación de nuestros pueblos, pero son ya mas de tres días bíblicos que todo eso ocurrió” ...!

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dado un susto..., contando incluso que habían visto una aparición de Ángeles, que les habían dicho que estaba vivo, ¡pero a EL no lo vieron! Entonces Jesús les dijo:

– “ ¡Qué torpes sois y qué lentos para creer lo que anunciaron los profetas!

¿No tenía el pueblo latinoamericano que padecer todo eso para entrar en la gloria?. (Lc 24, 21-26).

A la verdad, y país por país, no faltaron en el Continente ángeles y augures que anunciaban en estos largos años resurrecciones maravillosas; y tantos, que sólo pasar lista sería abuso. Se trata de una obstinada recurrencia hemisférica que tiene hartos que ver con la afición a los brebajes fuertes y a las emociones intensas y fugaces, o con una propensión ancestral hacia el realismo mágico, y que tan pronto es euforia dilapidada como frustración. Hasta la sima de la deuda externa, desmesurada sobre toda cordura, e incontrolable ya en tantos países, podría ser entendida a partir de esos sueños quiméricos, a los cuales no es ajeno, por cierto, el fenómeno alucinante de las sectas y movimientos religiosos mesiánicos.

Después de tantos años viviendo en Ecuador, y al observar la rotación inexorable de tantos sobresaltos y derrumbos económicos y políticos (“se sale de una crisis y se entra en otra”, según señala extenuado un ecuatoriano migrante), llegué a la conclusión de que subyace en una buena parte de la población latinoamericana una suerte de masoquismo colectivo, como un quejido de autovictimación y complejo desmesurados: de ahí que se despotrica de la política, del Estado y sus instituciones, pero se busca vivir deportivamente de ellas; se lamenta y denuncia la corrupción con furia profética, pero ésta campea por todo lado de la manera más natural y cotidiana; se canta con fervor patético a la bandera, pero se pringa a la patria; se lloriquea por montes y valles sobre las insufribles desventuras de la migración, pero se remolca hacia a ella a toda la parentela. Es como un código o lenguaje de señales contrapuestas bajo mensaje cifrado, pero lleno de sentidos y muy trabajoso de entender para mentes foráneas. Y bien: quien no lo entienda, no es apto (me parece) para el oficio de la misión en tierras americanas. A pesar de todo, en mi caso y en el de tantos misioneros/as y no obstante esa fabulosa complejidad de almas y de cultura, confieso que estoy encantado de vivir en Ecuador compartiendo la suerte de mis hermanos ecuatorianos y sudamericanos. Debe ser por la tolerancia misericordiosa que otorgan el tiempo transcurrido y los años, pero

también (pienso yo), por *el privilegio inmerecido de la encarnación misionera*, y porque, más allá de tanta fantasía y lamentos puedo ver y tocar en el “pueblo pequeño” al Señor Resucitado. Como en todo, también aquí, el secreto está en alcanzar el alma de las cosas para merecer amarlas.

3. EL NORORIENTE ECUATORIANO

Pero pasemos ya a Sucumbíos (palabra que no suena muy alentadora, por cierto) y que se corresponde en su mayor parte con el Vicariato Apostólico del mismo nombre. Es el mundo a donde yo llegué en 1970 como misionero. Se le dice también Nororiente Ecuatoriano; es frontera con el Sur de Colombia y no arrastra buena fama, debido a que en los últimos tiempos restallan allí con fuerza la violencia y la inseguridad, como fruto envenenado de un extraño coctel entre guerrilleros, paramilitares y narcotráfico. A ellos hay que agregar más recientemente *EL PLAN COLOMBIA*, (fatido invento, apadrinado financieramente por Estados Unidos), y en el que toca a los colombianos poner los exilados y los muertos. Muy cándidamente imaginaban los autores del PLAN, que éste pondría punto final rápido al negocio de la droga y, consiguientemente a los subversivos violentos. Está por ver... Por su parte el Ecuador, siempre tan comedido, paga su canon al conflicto entregando a los Estados Unidos la Base de Manta en el Pacífico y colocando en el cordón fronterizo una presencia militar no desdeñable, bajo el acostumbrado eufemismo bélico de preservar el orden y resguardar las fronteras de la patria.

¡En ésas estamos, pues...!

De otro lado Sucumbíos es más que pura anécdota para el país, pues junto a la provincia de Orellana, poco más al sur, viene siendo fuente firme de petróleo por más de tres décadas, lo que le ha permitido fantasear alegremente una vez más al Ecuador y endeudarse hasta extremos del gran riesgo. Así que aquella Amazonía virgen que yo conocí en mi inocencia misionera, es ahora paraíso herido, seriamente quebrado por la contaminación petrolera, las fumigaciones aéreas y la deforestación de toda especie, ocasionada principalmente por los clásicos arranchadores de la madera, legales o ilegales.

Pero hora es ya de preguntarnos: ¿Qué hizo y qué puede hacer una Iglesia misionera en ese contexto amazónico de Sucumbíos, tan caliente en todos los sentidos y no sólo por su clima tropical? Para intentar responder, vuelvo sobre el citado texto de Gálatas 4, que da en el clavo: *¿para qué vino Jesús?* Según Pablo, Jesús fue enviado “*para rescatar a los que estaban sometidos a la Ley y para que recibiéramos la condición de hijos*”. De ser así, ¿habría que darle la razón a quien dijo que “no hay cosa que más tema la Iglesia que la libertad? Si así estamos: habrá que navegar con cuidado, pero sabiendo que las Iglesias Jóvenes Misioneras tenemos un deber especial e irrenunciable de llevar la barca hasta los manantiales. Es la responsabilidad y el privilegio que nos otorga la marginalidad de que gozamos: *igracias sean dadas a Dios!*

4. IGLESIA COMUNIDAD DE COMUNIDADES

Leí en L'Osservatore Romano de 25 de julio 2003 la estadística de “*las fuerzas vivas de la Iglesia*”, que recoge los datos referentes al período entre 1978 al 2001 (22 años en suma, de tiempos frescamente postconciliares). Y de entrada, ya recibí un shock en mi espíritu porque el conteo de las denominadas “fuerzas vivas” se presenta en forma clásica y puramente tradicional, a saber: obispos, presbíteros, diáconos, candidatos al sacerdocio, religiosos/as y fieles católicos bautizados: ninguna señal que se vea, del aprecio por el *SACERDOCIO COMUN DE LOS FIELES*, con lo que podría deducirse que el Vaticano II no existió en ciertos ámbitos para el laicado, ya que estadísticamente no se les da la menor relevancia y nada indica en esos términos que se haya superado la distancia histórica entre clero y laicos. Y sin embargo, el Papa Juan Pablo II remarca que la Iglesia del milenio debe saber equilibrar la “*memoria del pasado con la profecía del futuro*”, traducidas ambas en fervientes propósitos y en obras de acción concretas” (NMI, 3).

Mal síntoma entonces cuando en esa venerable estadística sólo aparece memoria sin profecía. ¿No muestra esta simple anécdota una alarma roja para el futuro de una *Iglesia en camino y en trance de Encarnación?* “Qué torpes sois y qué lentos para creer lo que anunciaron los Profetas”, podría censurarnos el Señor como a los dos discípulos de Emaús (Lc 24, 26).

Pero en fin, por lo que toca a Sucumbíos, tres fueron los hilos que utilizamos en la trama, al tejer un nuevo modo de ser Iglesia: *EL SEGUIMIENTO DE JESÚS, LA COMUNIDAD Y LOS MINISTERIOS*. En efecto éstos y no otros fueron, y son todavía, la pauta de nuestro canto, si bien reforzados por el fondo musical de una espiritualidad siempre en búsqueda.

Por cierto, no podemos, quienes formamos una *Iglesia en CAMINO para la misión*, pretender ser artistas de élite, que pierden el sueño si no están en la cima de las ventas. Nos basta con ser canteros cuidadosos que labran con paciencia (y cuánta, oh Dios), las “*pedras vivas que van entrando en la construcción del templo espiritual formando un sacerdocio santo*” (1 Pedro 2,5). Dije antes que no hay Misión que valga si no nos ponemos *en camino*. Pues bien, acredito que los misioneros de Sucumbíos por años y años han hecho de los caminos su habitat natural, entendiendo que la *referencia cristiana mejor no es el templo sino la comunidad*, y que a ésta hay que buscarla donde quiera que esté, y por los caminos que sea. Sólo así se hace la Iglesia *COMUNIDAD DE COMUNIDADES*, con materiales variados y apropiados para infundirle un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

En este sentido qué bien le viene al pueblo de Dios sencillo (*pueblo de pobres, por lo general*), el regresarle oficialmente su derecho nativo a la santidad, siguiendo a Jesús dentro del llamado explícito al discipulado. Derecho que, por otra parte, no habíamos indebidamente apropiado clérigos y religiosos. *SEGUIR A JESÚS*, he aquí el lema que devuelve la dignidad y la autoestima a los laicos en la Iglesia y les

hace volar. Puedo asegurarlo desde mi personal experiencia. Algo me dice por lo que me va tocando vivir, que de ahí están llegando ya los nuevos santos de Dios de estos tiempos.

Pero, ¿y qué más puede decirse de la comunidad? Que en *Sucumbíos* hemos preferido las *Comunidades de Base especialmente*, en obediencia al espíritu y letra de la Conferencia de Obispos de Medellín y de las de otras que vinieron después.

De tal modo que no hay en la Selva nororiental del Ecuador rincón tan escondido donde no se vea implantada una comunidad. A partir de este signo salvífico la experiencia larga nos dice que, la pequeña comunidad tiene el efecto de desvelar verdades, de sacarnos del limbo y de un tonto encantamiento religioso, al cura, a la religiosa, al laico y al Obispo volviéndonos más cristianos: no hay duda que la comunidad simple de los sencillos es un gran bien para todos y tiene un poder sanador infalible.

Pero, ¿y qué se hace con los Movimientos Apostólicos? Curiosamente en ámbitos “liberadores” de Iglesia, muchos agentes y pastores han rugido contra ellos: en *Sucumbíos* debimos de hacer también un discernimiento prolongado al respecto, para concluir pidiéndoles a los Movimientos que no entren al asalto en la Iglesia, por la ventana o el tejado, sino *por la puerta grande, que es la Comunidad*. Los más lo han entendido y ahora es un gozo constatar el mutuo enriquecimiento. Ciertamente ningún movimiento suple a la comunidad pero ayuda a la Iglesia: y ésta es, para todos, *COMUNIDAD DE DISCÍPULOS*.

Quiero romper una lanza más todavía a *favor de la Iglesia Comunidad*: se trata de su comprobada inagotable creatividad práctica. Hay que verlo para creerlo, y *nosotros lo hemos visto y hemos creído*. Se desgastan los clérigos altos y bajos en sus inabarcables debates y cónclaves; se consumen los religiosos/as en sus revisiones y capítulos, pero *no se agota la pequeña comunidad en su simplicidad*. Por eso los diversos agentes y carismas, sean cuales fueren, deben estar dentro de la comunidad por fidelidad a la FE, por eficacia pastoral y hasta por salud mental de toda la Iglesia.

En esta línea los *MINISTERIOS LAICALES* y *ORDENADOS*, no son un acápite intrascendente sino alma misma de la pequeña comunidad. Por eso deben merecer una especial atención. En *Sucumbíos* tenemos una *Escuela de Ministerios* a la que cuidamos con el mayor cariño, pero a ella sólo ingresan quienes dieron pruebas suficientes de equilibrio humano e idoneidad pastoral largo tiempo probada.

A veces pienso que si a los clérigos y religiosos se nos hiciera pasar por esa forja nos evitaríamos muchos problemas y sorpresas en cuanto al discernimiento vocacional y le ahorraríamos muchas penas y sustos a la Comunidad Eclesial. Por eso en *Sucumbíos* también los clérigos somos parte feliz de la Escuela de Ministerios junto a los Servidores Laicales, propiciando así un ambiente de relación y formación compartidos que ayuda a curar, previniendo futuras tensiones y desconfianzas. DOY FE de ello.

Por otra parte, y mirando la inmensidad de la mies (6 mil millones y más ya de personas en esta tierra sitiada), cuánto ganarían el mundo y la FE, si a la Iglesia le nacieran sus ministerios o servidores de una forma más natural y pluralista y no como parece ser en general por métodos sofisticados de alto control natal. Esto sin excluir el ámbito de lo socio-político, que tanto importa tiene en estos tiempos para una convivencia humanizadora y abierta según las leyes del Reino de Dios. Si así lo hiciéramos quedaría superado el clásico y angustiante cuadro de las llamadas “Fuerzas VIVAS”, excluyentes, que estoy seguro les debe sorprender muchísimo a Jesús y a sus primeros discípulos.

CONCLUSIÓN:

Hagamos, pues, la *IGLESIA COMUNIDAD* fiel a los orígenes: Comunidad de seguidores y discípulos del Señor, Comunidad de Ministerios y Carismas, Comunidad sobre todo, por y para el Reino de Dios, que *eso debe ser la Iglesia sobre cualquier otra causa*. Y, por supuesto, *construir esa Comunidad es también la primera tarea de la Iglesia como arranque esperanzado de toda evangelización nueva y duradera*.

Eso es lo que intentamos hacer en Sucumbíos y en muchos lugares de América Latina, como el mejor modo de cumplir la Misión encomendada por el Señor Resucitado a sus discípulos, porque (y no hay que olvidarlo), “los que antes no eran pueblo, ahora sois PUEBLO DE DIOS” (1 Pedro 1,10).

¿Qué queda, pués?

“*DUC in altum = Rema mar adentro*” (Lc. 5,5). ¿Cuánto adentro? Sin duda más allá de la historia, pero no fuera de ella; también más allá de la Iglesia en su realidad histórica, pero no sin ella; y por supuesto, mucho más allá de nuestras conquistas personales ...

¿Cuánto adentro, pués? ¡Ni más ni menos que hasta lo profundo de Dios!

Así que los dos discípulos de EMAUS “contaron a los Once lo que les había pasado *por el camino* y cómo lo habían reconocido al partir del PAN” (Lc. 24,35). ¿Qué pan? ¿De qué PAN hablamos? Pastoralmente hablando y para la Iglesia en LATINO AMERICA.

El PAN de que hablamos es la *pequeña Comunidad de Base o, como ahora se amplía, las comunidades vivas, ellas son el PAN* partido por Jesús y reconocido en la posada *por los caminos* de Sucumbíos, para gloria de Dios y sincero servicio de su REINO. Y por eso podemos proclamar: “*Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón*” (Lc. 24,34).

“Bendito sea Dios, que por su gran misericordia *nos ha hecho nacer de nuevo*” (1 Pedro 1,3).

COMPARTIR ENTRE POBRES

Hna. **Gerardine CÉSPEDES ULLOA**

Misionera Dominica del Rosario. República Dominicana

0. INTRODUCCIÓN

Quiero empezar agradeciendo a nuestro Dios Madre y Padre, Corazón del cielo y Corazón de la tierra, a toda la gente que me ha ayudado a andar este trozo de camino como misionera y a este Congreso, cuya invitación me ha llevado a interpretar lo que ha supuesto para mí el entrar en la historia y en la cultura de otro pueblo. Voy a hablar de lo que conozco por vivencia y desde un rincón concreto donde he tenido la suerte de dar y recibir, mucho más de recibir que de dar.

Mi itinerario misionero no ha sido muy largo en años, pero sí muy rico y denso en experiencias de lucha, gozo y sufrimiento al lado de los más pobres. Si algo puedo decir de mí misma es que soy una mujer en camino, gracias a Dios no he llegado. Soy una mujer que todavía está haciéndose como misionera. Y me he ido haciendo entre sueños, dolores, esperanzas y creyendo en la fuerza y la resistencia que Dios da a los pequeños.

Desde el principio me gustaría dejar claro que no voy a hablar de la labor misionera en América Latina, sino que humildemente trataré de compartir lo que el Dios de la Vida me ha regalado a lo largo de estos 9 años de experiencia misionera que he vivido en Guatemala. Compartiré mi experiencia desde un rincón concreto: El Limón, un área marginal y de mala fama en las afueras de la ciudad de Guatemala. Desde allí Dios nos hizo una llamada misionera, una llamada desde la tragedia silenciosa de Guatemala. El Limón es un lugar que es una especie de desierto porque allí la vida está en peligro por la miseria y la violencia; es periferia social porque está en las afueras y no cuenta más que en el período de campaña electoral; y es frontera en cuanto zona marcada por una terrible inseguridad y violencia. Como Misioneras Dominicanas, nosotras descubrimos que allí teníamos que ir, allí estaba el clamor, Dios nos estaba llamando. Pero lo más importante ha sido descubrir a lo largo del camino y después de muchas dificultades, que allí tenemos que seguir, que

allí está nuestro lugar porque desde ahí Dios nos está guiando un ojo y nos está silbando. Este ha sido parte de nuestro credo misionero espontáneo en la vida cotidiana y en momentos especiales de reflexión y discernimiento comunitario.

El sabor de esta experiencia es agri dulce porque en ella está el dolor del pueblo mezclado con su dulzura, su sentido solidario y su amor a la vida. Mi experiencia es una experiencia sencilla, una experiencia de compartir entre pobres: entre barrios y países pobres, pues yo estaba en una parroquia de un barrio pobre en las afueras de Santo Domingo y desde ahí dos hermanas jóvenes fuimos enviadas a una nueva misión en Guatemala, juntamente con otras dos hermanas de más recorrido en la Congregación.

Al contar mi experiencia no puedo dejar de partir de dos terrenos que son fundamentales para entender nuestra misión y que han marcado mi vida como misionera. El primero es la realidad socio-política, cultural, eclesial, étnica, religiosa en Guatemala, la experiencia de la guerra y de la postguerra. El otro suelo en el que debo ubicarme es el de la propia experiencia y los elementos configuradores de mi identidad como mujer, como afrocaribeña, como religiosa misionera.

1. CRECIENDO EN VARIOS VIENTRES

Me gusta esta imagen del vientre para hablar de cómo y dónde he ido haciéndome como misionera, pues en el vientre recibimos la vida, el alimento, ahí crecemos y nos vamos haciendo silenciosamente poco a poco y aprendemos a ser vientre para los demás, es decir aprendemos a ser acogida, a ser protección, ternura, cuidado, ser espacio de crecimiento para los demás. Como misionera me he cuestionado sobre cómo hacer que mi persona, nuestra comunidad, nuestra Iglesia sean un espacio de crecimiento para los demás.

¿Qué cosas me han ayudado a ir haciéndome como misionera? Como misionera, he crecido en varios vientres: el vientre familiar, el vientre de mi comunidad de origen y el vientre de la Congregación. En la Congregación he vivido gran parte de mi vida y este ha sido el vientre que en gran parte ha forjado mi identidad misionera, mi identidad cultural y mi identidad como mujer. El pueblo de Guatemala ha sido otro vientre.

Aunque en realidad mi vida misionera no empieza en Guatemala, sino que empezó cuando era una catequista adolescente con 13 años y en mi comunidad íbamos de un lugar a otro por un cursillo, un taller, una convivencia. Me encantaba andar calle arriba y calle abajo. “El reino de Dios se construye en la calle”, recuerdo que decía una de las catequistas de mi comunidad parroquial.

Aprendí primero lo que es ser misionera en mi propia parroquia a través de un matrimonio vecino. Ellos dos se entregaban incansablemente a la comunidad, ganando el pan de cada día y cuidando de sus cinco niños. A través de su ejemplo, de

su chispa de vida sentí la llamada a la vida religiosa misionera. Ellos me contagiaron y sembraron en mí la semilla misionera. Descubrí en ellos a dos personas que estaban enamoradas entre ellas y enamoradas del Reino, que contagiaban alegría y ganas de ir más lejos. Más adelante vino el acercarme a las hermanas Misioneras Dominicanas que estaban trabajando en mi parroquia.

Tanto en mi propio país como en Guatemala tuve la suerte de formar equipo con personas mayores que yo y con gente tan joven como yo. Esto ha sido muy bueno porque las personas de más edad tenían una gran sabiduría y una vida rica en experiencias misioneras y los más jóvenes teníamos poco miedo, cierto aire de aventura y espíritu de riesgo. Hoy ya no sé si a los más jóvenes no nos están anestesiando el espíritu. Me encontré con gente que tuvo el valor de pasar la antorcha, de lanzar hacia delante y de desafiar a los que veníamos detrás. Y yo aprendí esto a nivel pastoral. El animador de grupo, de las comunidades debe morir. Esta es la mística de que ellos crezcan y yo disminuya (Jn 3, 30). A lo largo de mi camino he tenido la suerte de estar cerca de personas con una gran experiencia de entrega, de persecución, gente que había regresado del refugio o del exilio, que tuvo que salir fuera del país como lo hicieron miles y miles de guatemaltecos que se refugiaron en países vecinos para salvar la vida. Una experiencia muy fuerte y dolorosa en mi vida misionera en Guatemala fue el asesinato del obispo de mi diócesis, monseñor Juan Gerardi, hace cinco años. Sentí con muchas otras personas que nuestras esperanzas de paz y reconciliación se habían hundido. Sentí que no habíamos avanzado nada, que retrocedíamos en el proceso de paz.

2. COMPARTIR DESDE LA PROPIA POBREZA

Ir a Guatemala supuso para mí un salto y una sacudida. Fue una experiencia de ruptura. Estando allí como juniora aprendí poco a poco cómo se forma una religiosa misionera en medio de la conflictividad, en una situación de violencia y de pobreza. Para mí ha significado salir de un pueblo pobre a otro pueblo pobre. Esta experiencia de ser enviada de un pueblo pobre a otro pueblo pobre nos hace creer que nuestra fuerza como pueblos pobres está en la unidad y nuestro futuro en la solidaridad y que la misión tenemos que entenderla desde nuestra realidad como un compartir desde nuestras pobreza y nuestras riquezas.

Compartiendo la misión en los contextos de pobreza y exclusión he aprendido que cuando trabajamos con los más pobres es imposible no vivir con esperanza, con una sonrisa, con buen humor y con agradecimiento. Dicen que nosotros somos capaces de réirnos hasta del techo que se nos está cayendo encima. Esta es una gran verdad que constato en la vida diaria. ¡Y cuánto nos ayuda esto, porque sin poner buena cara, o sea cara de personas salvadas, cómo resistir los golpes y las penas de la vida! El buen humor es fundamental para poder sobrellevar las muchas cargas que nos trae la vida, las frustraciones cotidianas y para asumir los imprevistos de ca-

da día, pero también el buen humor es propio de quien confía en Dios y de quien no se toma demasiado en serio las cosas. Es una pena que a veces nuestras reuniones, tareas y celebraciones son un tanto rígidas y la gente no se siente como en casa. Nuestro trabajo pastoral busca que en las pequeñas comunidades, en la parroquia, la gente se sienta como en casa. En casa estamos sin máscaras: reímos, lloramos, expresamos lo que sentimos, oramos y nos vestimos tal y como somos.

3. CULTIVAR LA MIRADA CONTEMPLATIVA

Hablar de la experiencia misionera en una realidad como la zona 18 de Guatemala, da miedo, es algo delicado pues cuando hablamos de los rincones misioneros entre los pobres solemos cometer dos errores:

1. *Idealizar la realidad de los pobres e idealizar nuestra propia vida misionera*, con lo cual no vemos bien porque ponemos una máscara que no nos deja ver la realidad tal cual es, ni a Dios tal cual es, ni al pobre tal cual es ni por tanto podemos amarlo tal cual es, sino que amamos al pobre de nuestra fantasía, de nuestra imaginación. Tenemos que aprender que la realidad del pobre no podemos idealizarla, sino contemplarla y ayudar a transformarla.
2. El segundo error es *mutilar el rostro del pobre*. Esto ocurre cuando hablamos sólo de sus problemas y tragedias, de sus carencias, de su debilidad y olvidamos sus posibilidades, su capacidad creativa y su genialidad, de su fuerza. No podemos hablar sólo de su llanto, sino también de su risa; no sólo de su dolor, sino también de su gozo y de su placer, de su buen humor; no sólo de su debilidad, sino también de su fuerza.

La mirada contemplativa es la que nos lleva a no condenar ni tampoco a idealizar la realidad ni la cultura del pueblo donde estamos. Es lo que nos lleva a atravesar las apariencias, a levantar delicadamente la cáscara para descubrir lo que hay debajo de cada actitud, de cada palabra, de cada gesto, de cada costumbre. Que darnos en una sola cara de la realidad de los pobres es mutilar su rostro y es mutilar el mismo rostro de Cristo que se manifiesta en ellos. Ese Cristo que tiene su rostro crucificado, pero también resucitado, como nos recuerda el libro de los Hechos: el crucificado es el resucitado (cfr. Hch 2, 36). Es en esa clave pascual que vive el pueblo de Guatemala y es en esa clave que puedo hablar de mi experiencia personal como Misionera Dominicana.

También ha sido importante cómo en este pueblo he aprendido a leer. Para una misionera es muy importante saber leer la historia del pueblo y la cultura donde está, saber leer los mensajes de Dios en los rostros de los pobres, saber leer el futuro en los rostros de la gente, sobre todo de los niños y los jóvenes. Saber leer la

historia que está escrita en las vidas desgastadas, en las arrugas, en la mirada, en la piel de las personas, en el colorido de sus trajes, en los callos de los pies a través de los rústicos caites. En Guatemala tú puedes leer la fidelidad de los catequistas y delegados de la Palabra en los callos de los pies porque hay que caminar horas y horas por barrancos y montes para anunciar la Buena Noticia, para llevar el Cuerpo de Cristo (la gente como un santuario vivo itinerante cargando a Cristo en su morral durante largas jornadas a pie) y para recibir la formación que alimenta su compromiso. Como me dijo un día un catequista, cuando nos presentemos ante el Padre/Madre en el Reino, Él primero mirará nuestros pies: dónde hemos puesto los pies, a dónde hemos ido, cómo hemos ido.

4. DÓNDE ESTAR: DÓNDE PONEMOS LOS PIES: EL CONTEXTO DE LA MISIÓN

No puedo hablar de la misión sin partir de la ubicación pastoral, de dónde como misionera he puesto los pies en estos años. Partir del contexto es fundamental. El contexto nos conecta con la tierra, con el suelo, nos hace poner los pies sobre la tierra. Ahí encontramos las situaciones y experiencias que nos han resultado más dolorosas, más duras, pero que nos han dado fuerza e inspiración para seguir adelante.

En estos años he puesto los pies en un pueblo que impresiona por su belleza, por su colorido, por lo profundo y largo de su dolor, por su silencio y su resistencia, por su esperanza. Guatemala es un pueblo que rompe el corazón. El corazón se nos quiebra por amar mucho, por sufrir y por gozar mucho. En Guatemala he vivido a la vez las tres cosas.

Hoy estamos en un proceso de reconstrucción de Guatemala, marcado por la recuperación de la memoria histórica, el fortalecimiento del proceso de paz, el exigir el cumplimiento de los Acuerdos de Paz, el retorno de los refugiados, el descubrimiento de los cementerios clandestinos y la dignificación de las víctimas, la reorganización y la reconstrucción de las comunidades, la lucha contra la impunidad, la resistencia ante la brutalidad del neoliberalismo que con los ajustes estructurales estrangula a los pobres y con su pretensión globalizadora debilita las identidades, pues pretende uniformar las culturas en aras del consumo (modificar nuestro paladar, nuestra forma de vestir, nuestro ocio, todo), destruyendo así la diversidad, el arcoiris que forman las 23 etnias de Guatemala. Quiero señalar algunos rasgos del contexto de la misión en Guatemala:

- *Inestabilidad y vulnerabilidad*: No podemos hablar del contexto de la misión en Guatemala sin referirnos a su inestabilidad y vulnerabilidad. La inestabilidad es una característica del pueblo de Guatemala que arranca desde las entrañas mismas de la tierra. Está situada en un área de gran vulnerabilidad ecológica, en la ruta de terremotos, volcanes, huracanes. Por la desigualdad, esta vulnerabilidad ecológica se torna en una vulnerabilidad so-

cial. Guatemala tiene una historia y una geografía bastante accidentadas. Pero no se sabe cuál es más movediza e insegura: su geografía o su historia. Los fenómenos naturales parecen ser una expresión de los procesos políticos y sociales que se viven allí. El tiempo allí parece que se mide de tragedia en tragedia: el mes del golpe de Estado, el año del huracán, seis meses después de la masacre, dos años después del terremoto, etc.

- *Tejido social roto, desarticulado* por la guerra. Hay un alto nivel de conflictividad social: violencia, militarización de la sociedad, pandillas, niños de la calle, linchamientos. Las consecuencias de los 36 años de conflicto armado que han dejado una sociedad polarizada y herida, con 200 mil desaparecidos o ejecutados extrajudicialmente, medio millón de viudas, millón y medio de desplazados internos y 500 mil refugiados, 440 aldeas arrasadas, cementerios clandestinos, huérfanos, descabezamiento de la organización social y eclesial, ya que los fueron eliminados los líderes más comprometidos: sacerdotes, catequistas, delegados de la palabra, pastores, estudiantes, profesionales, sindicalistas.
- *Desplazamiento y desarraigo*: Vivimos en un barrio que se formó a partir de tragedias. Esto marca profundamente la vida de la gente y es parte de su memoria, de su historia. Un primer grupo de pobladores eran los damnificados del terremoto, el resto los desplazados por el conflicto armado interno. Es un barrio de aluvión, hay personas pertenecientes a las 23 etnias. La gente está desarraigada: sin su comunidad de referencia, se siente sin pertenencia, perdido en el anonimato de la ciudad, sin su grupo étnico y sin poder hablar su lengua. No es fácil el confiar en el otro, en el vecino.
- El vivir la *inseguridad* cada día por el alto índice de violencia, por el control político-militar, por los secuestros y asaltos, te lleva a tener más pasión y amor a la vida, te hace valorar más las cosas elementales de la vida cotidiana: una mirada, un abrazo, un rayo de sol, el agua de la ducha, el llegar a casa y sentir que estás viva en medio de tantos muertos. Es grande la experiencia estar viva después de una balacera o de un asalto. Recuerdo la noche en que otra hermana y yo estábamos en medio de una balacera. Esto es terrible en un barrio de callejones estrechos y oscuros, de barrancos y cerros.
- *Un país multicultural y pluriétnico*: 23 etnias y lenguas, 21 de ellas son del tronco maya.
- Existencia de *una gran brecha* entre los que entre los que saben y los que no saben, los que tienen acceso a la tecnología y los que están excluidos de participar de ella; entre los “conectados” y los “desconectados.” Uno de los grandes problemas de Guatemala es el alto índice de analfabetismo. Se ha aumentado el gasto militar y se ha disminuido el gasto social, sobre todo el gasto en el sector educativo y sanitario.

- *El papel de las mujeres:* El barrio está formado en su mayoría por viudas y huérfanos, madres solteras, mujeres abandonadas. Son mujeres las que mayoritariamente organizan la vida social y eclesial. Nosotras somos mujeres entre mujeres. La gente percibe a la misionera como una mujer que sobre todo escucha y comprende, que le acompaña de cerca en sus alegrías y en sus penas, que apoya sus iniciativas y estrategias de sobrevivencia, alguien en quien confían y a quien pueden enseñar su cuerpo golpeado. Ellas dicen que “al cura le contamos nuestros pecados, pero a las hermanas les contamos nuestra vida entera”.
- *Una cultura del silencio y silenciada:* La gente tiene una gran capacidad de silencio, de escucha, no se arrebató la palabra ni se tiene prisa por responder a una pregunta. La gente te deja hablar y luego calmadamente escucha. Pero también hay un tipo de silencio que ha sido impuesto por la represión y la violencia; un silencio que brota del miedo y de los largos años bajo la represión.

Las señales de esperanza

Los sectores surgidos: A pesar de que el movimiento social y eclesial fue descazado porque sus líderes fueron o desaparecidos, o ejecutados o forzados al exilio, en Guatemala el movimiento social sigue fuerte, ahora con la organización de los sectores surgidos tras la represión: viudas, hijos de las víctimas, desaparecidos, familiares de los desaparecidos, desplazados, retornados, repatriados, refugiados.

El profetismo de la Iglesia y la fuerza de los mártires: la Iglesia ha estado presente en las coyunturas más difíciles y es la instancia que tiene más credibilidad para los pobres y para las víctimas. Se caracteriza por ser una Iglesia de mártires.

La recuperación de la memoria histórica, la dignificación de las víctimas (resarcimiento y reasentamiento de la población desarraigada), el movimiento contra la impunidad, la reconciliación entre las comunidades, exigencia de justicia para los violadores de los Derechos Humanos y los masacradores.

Fortalecimiento de la sociedad civil: los comités cívicos, frente a la corrupción y falta de credibilidad de los partidos políticos; frente a la centralización, el fortalecimiento del poder local.

La gente vive de Dios: Dios está en todo. El elemento religioso es fundamental, el sentido de pertenencia religiosa. Recuerdo que cuando la gente recuperó los barrancos donde vivimos ahora, en las reuniones del asentamiento la gente hablaba de “dejar un espacio para Dios”, un pedazo de tierra, refiriéndose a lo religioso, a la necesidad de una capilla.

Los acuerdos de paz: exigencia de que estos acuerdos sean considerados parte de la agenda política nacional y no sean olvidados, ya que de ellos depende el que en

Guatemala se vaya fortaleciendo el proceso de paz. La paz no será posible en Guatemala sino se da respuesta a las temáticas propuestas en los cinco acuerdos básicos: Acuerdo sobre derechos humanos, sobre población desarraigada (retornados, refugiados, desplazados internos), sobre desmilitarización de la sociedad y redefinición del papel del ejército en una sociedad democrática, sobre derechos socio-económicos y agrarios y el acuerdo sobre la identidad y derechos de los pueblos indígenas.

5. QUÉ HACER: SER UNA PRESENCIA: PEQUEÑAS RESPUESTAS A GRANDES PROBLEMAS

- ✍ La realidad de Guatemala nos ha llevado a estar en un constante replanteamiento de nuestra misión allí. Nosotras tratamos de responder a esa realidad cambiante de Guatemala. Lo primero que he hecho es estar allí, vivir con la gente, saber ser buenas vecinas y cuidar el que la gente nos sienta como vecinas demasiado especiales. *Ser una presencia*, compartiendo con la gente la inseguridad y los problemas, las tareas y los logros del barrio. Aprendí a estar en una pequeña comunidad como una más, no como la hermana que coordina, o que sabe mucho acerca de Dios. Todas nosotras las hermanas de la comunidad pertenecemos a una de las pequeñas CEBs. En la comunidad se vive el discipulado, todos estamos en un camino de aprendizaje, porque acerca de los caminos de Dios nadie nunca sabe lo suficiente. Cada cual tiene algo que aprender y cada cual tiene algo que enseñar.
- ✍ Hemos estado colaborando en el *proceso de retorno* de los refugiados y reasentamiento de la población desarraigada. Esta era una tarea asumida desde CONFREGUA y que combinábamos con la misión en el barrio.
- ✍ Búsqueda de la reconciliación a través de la *recuperación de la memoria histórica*. Nuestra comunidad se ha implicado en el apoyo a los sectores surgidos por la represión y la violencia: desplazados, viudas, huérfanos, retornados, repatriados, familiares de desaparecidos.
- ✍ *Lucha contra la impunidad y por la dignificación de las víctimas*. Esto implica apoyar el proceso de descubrimiento de los cementerios clandestinos (exhumación-inhumación) y sacar del anonimato a las víctimas (dejar de ser un xx). Es un acto de denuncia en un pueblo que es un gran cementerio, manifiesta una pérdida del miedo y ayuda mucho al proceso de salud mental de las personas y las comunidades. Nuestra tarea es de acompañamiento a las familias en su dolor, en su proceso de búsqueda de los restos de sus familiares desaparecidos. Cuando lo encuentran es una gran pena y un gran descanso. Entonces se les da sepultura, como a una persona, como un hijo de Dios. La gente le reza, le pone comida, flores, candelas, incienso y fotografías y la petición de que nunca más esto se repita.

- ✍ El *acompañamiento y formación en las CEBs*, desde donde se busca vivir una espiritualidad liberadora y transformadora de la realidad, en medio de una doble persecución: la de los poderes y la sociedad de consumo y la religiosidad light que actúa como un asesino silencioso o anestesia el espíritu de los pobres, los lleva al sálvese quien pueda. Las pequeñas comunidades (CEBs) se articulan a nivel de la capital en una red de comunidades a través de la Pastoral de Áreas Marginales y Populares.
- ✍ Trabajo en *medios de comunicación social*. Estos años he estado trabajando en CAUCE (Centro Audiovisual de Comunicación y Educación), sobre todo en la producción de videos alternativos y la edición de guiones radiofónicos, en una revista de religión y sociedad, talleres sobre uso de los MCS para ayudar a que la gente se encamine a dar el paso de ser receptores pasivos a ser perceptores críticos de los MCS.
- ✍ *Formación de los laicos*: apoyamos desde la Escuela de Formación en Teología y Pastoral “Monseñor Gerardi”. Siempre la gente ha manifestado un gran deseo de profundizar su fe, manifiestan una sed de formación religiosa para vivir su fe mejor, para ser cristianos y cristianas con los ojos abiertos y poder servir mejor a la comunidad. Nuestra comunidad ha procurado responder a esa demanda de laicos y laicas, animando a las personas a ir a la escuela de formación y aportando lo que nosotras hemos recibido en nuestra formación.
- ✍ En un país donde el 52% de la población es menor de 18 años y el 44% menor de 14 años, el trabajo en *Pastoral Juvenil* es una llamada fuerte a la que buscamos responder desde los grupos juveniles, el acompañamiento a los jóvenes de la calle y de las pandillas que son nuestros vecinos, la formación de animadores juveniles y la organización de actividades de carácter social, religioso y cultural que ayuden a romper las fronteras que en nuestro barrio están muy señaladas y divididas según la influencia y el control que ejerce una determinada pandilla.
- ✍ Potenciar *nuevas relaciones entre hombres y mujeres y con la creación*, esto significa desarrollar una pastoral con conciencia de género y conciencia ecológica, en una realidad en la que la mujer sufre una triple marginación: ser mujer, ser pobre, ser indígena. Desde el Núcleo Mujeres y Teología hemos buscado responder a este desafío organizando jornadas y creando espacios de formación y reflexión desde los que hombres y mujeres vayamos buscando una identidad femenina y masculina más humana, más coherente con el evangelio y con la sensibilidad de nuestros tiempos. Desde ahí queremos abrirnos a una nueva manera de relacionarnos, de trabajar juntos, de vivir nuestra fe y nuestra eclesialidad desde un discipulado de iguales que supera las relaciones de dominio y de subordinación.

6. CÓMO ESTAR

Nuestra preocupación misionera no ha sido sólo *dónde estar*, sino también *cómo estar*: cómo hacerla, con qué actitudes ir y estar en los lugares. Creo que el cómo estar es el gran tema de la misión de la Iglesia hoy. En ese cómo estar, la mirada al ministerio de Jesús nos conduce a buscar el camino de la encarnación y la *kénosis*, a situarnos al estilo del Siervo de Yahvé, a entender que la misión consiste en salvar al mundo desde abajo, desde al compasión y la ternura, no desde el poder, sino desde la pobreza y la solidaridad con los pobres.

- ❖ *Amar y respetar la cultura del otro y la otra*: Compartir con otra cultura es una gran riqueza y un gran desafío. Estar en un medio cultural diferente al tuyo, con otras matrices culturales y formando comunidad con hermanas de otras culturas, te lleva a valorar y relativizar tu propia cultura. Aprendes a amar y respetar esa otra cultura, aprendes que hay que quitarse las sandalias porque estás en terreno sagrado. El corazón se te ensancha, te das cuenta de que en nuestra vida caben muchas personas, muchas experiencias y culturas.
- ❖ *Integrar la experiencia de fragilidad y de pérdida*: La experiencia de la pérdida de muchas personas en el barrio, de amigos y amigas, de personas con las que estaba trabajando de cerca como parte del equipo pastoral o como destinatarios de la pastoral (como en el caso de muchos jóvenes del barrio asesinados en diferentes circunstancias) ha sido muy dura y me ha dado más ánimo y capacidad de indignación para seguir dando la vida y buscando la paz. Son experiencias que muchas veces también te dejan aplastada y con un dolor y una pena que derriten el corazón. Cómo no sentir el corazón quebrado al participar en una exhumación o en una inhumación y ver a la gente con tanta fortaleza, con un silencio colocando en una caja que hace de ataúd los huesos de su hijo, de su hija, de su esposo, de su esposa, de su madre, de su padre...con toda delicadeza y ternura y en un silencio sepulcral.
- ❖ *Dejarse cargar por la realidad*: La misionera tiene que dejarse contagiar, no sólo es alguien que carga con la realidad, sino que es necesario dejarse cargar por la realidad que es una realidad de vida y de muerte. Cuando de verdad cargamos la realidad, sentimos que ésta pesa, es dura, pero que está llena de vida y de sabiduría sobre cómo situarse en la vida, cómo saber colocar en el corazón las cosas, los fracasos y las tragedias. En medio de todo la gente siempre tiene ánimo de celebrar la fe y la vida aún en las situaciones más desoladoras. Esta capacidad me ha impresionado cuestionado y me ha enseñado que hay que dejarse contagiar por esto y saber vibrar, no dejar que los golpes de la vida nos sequen los sentimientos ni nos endurez-

can el corazón. Tenemos que dejarnos cargar por la realidad para tener la experiencia de la bondad de Dios.

- ❖ *Misión en comunión con los laicos y laicas:* participando en movimientos iniciativas formando equipo con laicos y laicas, con personas de otras confesiones. El compartir la misión con otras personas ha sostenido, cuestionado, alimentado y empujado mi vocación misionera. El compartir en ambientes plurales y con personas con una vocación diferente a la mía han sido una gran riqueza.
- ❖ *Una misión en comunidad:* No puedo hablar de mi experiencia como misionera sino es desde una experiencia de ser comunidad para la misión, de responder a un proyecto misionero comunitario. Esto no es fácil en un ambiente de creciente individualismo y donde estamos tentados a ser francotiradores misioneros. Además de la formación misionera recibida, me ha ayudado el ser parte de un pueblo de fuertes raíces comunitarias y el ir como misionera a otro pueblo donde el sentido de pertenencia a la comunidad es decisivo. Esta clave comunitaria de la misión ha estado presente no sólo en nuestra pequeña comunidad como Misioneras Dominicanas, sino que es también parte de nuestra opción y de la opción de la iglesia el propiciarla en nuestra parroquia.

He tenido la experiencia de que, como en las primeras comunidades (cfr. Heh 13, 1-4; 14, 27-28) es la comunidad la que envía y la que me recibe, me acoge como misionera. Esto ayuda a que busquemos no un protagonismo individual, sino un protagonismo colectivo que exige cierta capacidad de diálogo, de escucha, de respeto y sabernos entender diferentes generaciones, culturas, sexos, opciones de vida. He vivido en una comunidad intercultural e intergeneracional. Nos ha ayudado a la integración el estar centradas en la misión y el no hacer un absoluto de nuestro origen cultural, de nuestra edad, el estar abiertas y ser un poco humildes para saber que ninguna tiene la verdad y que cada una tiene un trozo de verdad.

7. HASTA DÓNDE ESTAR

El testimonio de mucha gente, el sentirme envuelta por esa nube de testigos que son los mártires de Centroamérica, el compartir la vida cotidiana con la gente sencilla me ha dado mucha fuerza para seguir adelante.

Mi experiencia en Guatemala ha estado en un constante cuestionamiento por parte de aquellos y aquellas misioneros y misioneras que nos han enseñado hasta dónde estar y que con su propia vida nos han enseñado que hay una vinculación estrecha entre misión y alguna forma de martirio, “ya sea siendo semilla o siendo del consumo diario”.

El testimonio de tantos agentes de pastoral en Guatemala pone de manifiesto que la misión como compromiso con el Plan de Dios que se juega en la vida, en la lucha por la justicia y la paz, en la construcción de espacios de humanización y dignificación, va conectada con el conflicto y la contradicción. En nuestra misión, la mirada a los mártires es como una especie de aguijón. Ellos son un recuerdo permanente de por dónde debe ir nuestra misión, son como las señales que no nos permiten desorientarnos.

8. DESAFÍOS MISIONEROS

Quiero señalar algunos desafíos que se presentan a la misión en Guatemala:

- *Una pastoral en clave de caricia.* Tenemos que aprender a estar dentro del pueblo como quien da una caricia. Me gusta mucho frase de Levinas¹ cuando dice que “La caricia consiste en no apresar nada”. La caricia no busca dominar ni retener nada ni a nadie. En la realidad de Guatemala, descubres que como misionera tenemos que estar más acariciando que golpeando porque el pueblo está bastante herido y no hay que imponer más cargas. Cuando ponemos la mano en el hombro del otro/a necesitamos hacerlo con mucha delicadeza porque esa persona está herida. Esta pastoral de la consolación necesita hacerse con ternura, una ternura que no es debilidad, sino fuerza. En este pueblo herido hay una gran fuerza, una gran capacidad de resistencia. “Ya tenemos cachaza”, dice la gente en Guatemala, indicando que todavía resisten, que los golpes de la vida les han enseñado muchas cosas y que les han hecho fuertes. Estamos para curar, para aliviar. Me gustaría que la memoria que la gente guarde de mí como misionera se parezca a la memoria de una caricia.
- *Una pastoral de acompañamiento:* En el barrio nuestra misión es la de acompañar a la gente, acompañar procesos personales y acompañar comunidades y grupos. Cuando te sientes compañera de camino no impones ni diriges, sabes estar al lado de los demás animando y compartiendo todo lo que Dios te ha dado. Es bonito cuando la gente capta a la religiosa misionera como una compañera de camino y no como alguien especial que está por encima de ellos.
- *El trabajo en red, en equipo:* A veces sentimos que cuando planificamos y organizamos un trabajo, nosotras solas somos más ágiles y tal vez más efectivas. Pero la cuestión no reside en cómo ser más efectivas, sino en cómo ser más evangélicas. El trabajo en equipo es más lento, pero nos forma mejor. Muchas veces es fácil encerrarnos en el barrio, sobre todo cuando hay tantos

¹ Levinas, E., *Totalidad e infinito*, p. 267.

problemas y tantas demandas pastorales. Nosotras hemos procurado no encerrarnos en nuestras minúsculas tareas. Pretendemos crear redes entre los pobres, socializar las experiencias e iniciativas de sobrevivencia, compartir los recursos que tenemos, sobre todo los recursos humanos. En las comunidades es importante el compartir cómo se está viviendo un determinado problema, cómo se ha creado algo, qué salidas la gente ha inventado frente a diferentes situaciones (por ejemplo, respecto a la desnutrición, el desempleo, a la violencia, a la educación, frente al problema de la basura, etc.).

- *Tejer y curar: la pastoral de la reconciliación:* Ayudar a recomponer el tejido social roto por la violencia. En este sentido la misión en Guatemala tiene que expresarse en una pastoral de la reconciliación. La gente está muy herida a nivel personal y a nivel comunitario. Por eso es necesaria una atención a la salud mental, los agentes de pastoral tenemos que ayudar a curar. En este sentido es fundamental la pastoral de la escucha, del consuelo, de las lágrimas. La presencia de las misioneras en un barrio estigmatizado y etiquetado como barrio de mala muerte, puede ayudar a levantar la autoestima personal y la autoestima colectiva, sobre todo la autoestima de determinados grupos con una autoestima muy baja como lo son los indígenas y las mujeres.
- *Atención a los nuevos sujetos:* En Guatemala los nuevos sujetos son los sectores surgidos por la represión, la violencia y la impunidad. Están los que antes eran los sujetos ignorados y que hoy se levantan con fuerza: las mujeres, los indígenas. También están los niños de la calle, los jóvenes de las maras o pandillas. Para llegar a los nuevos sujetos y sobre todo a las nuevas generaciones necesitamos ejercitar nuestra capacidad creativa.
- *El desafío de la convivencia intercultural:* Necesitamos formarnos para la convivencia intercultural, crecer en nuestra capacidad de convivencia en la pluralidad. Nos cuesta mucho inculturarnos, a veces nos conformamos con insertar algunos ingredientes de la cultura, pero no acabamos de asumir seria y profundamente el desafío de la inculturación.
- *Ayudar a cultivar sueños y sonrisas:* Nuestra misión busca recoger las sonrisas de este pueblo, que a pesar de todo sabe reír y sabe celebrar, tiene todavía esperanza y capacidad de soñar una Guatemala distinta. Si el evangelio es una buena noticia entonces debe ayudar a que la gente sonría. Una buena noticia siempre provoca en nosotras una sonrisa. A veces nuestra pastoral es un tanto rígida. Donde hay rigidez, autoritarismo y demasiada estructura se apaga el carisma de la sonrisa.
- *Asencillar la vida:* en la gratuidad y la libertad del evangelio que nos da agilidad y frescura para poder ir allí donde está el grito, donde está el clamor. Entre los pobres hay que estar más ligeros, como en situación de emergencia, con menos peso y menos estructura para que nada nos impida hacer el bien a los pobres y hacer de nuestra vida una bendición para los demás.

LA LÓGICA DEL NO POSEER

Rvdo. P. **Antonio PANEQUE**, CMF
Corea, Japón y China

“Pyo ga igulsurok kogae rul suginda”: a medida que va madurando el arroz en la espiga, el peso del grano hace que ésta se incline gradualmente hacia la tierra, afirma este proverbio coreano. Viene a decir que el crecimiento genuino de la persona a todos los niveles, su auténtico desarrollo produce siempre frutos de humildad. Cuanto más amplía la persona sus conocimientos y experiencias, más inútil se siente y menos busca la propia vanagloria. Es éste uno de los numerosos refranes, proverbios y dichos populares que, basándose en el cultivo del arroz, nos acercan a la sabiduría oriental, al núcleo de su filosofía de la vida. La referencia al arroz nos abre así de par en par las puertas del fascinante mundo asiático, cuyos pueblos viven en estrecho contacto con la tierra, de la que extraen los alimentos del cuerpo y también los principios que constituyen la base de su sabiduría.

SÍMIL DEL CAMPO: LA SEMILLA TRANSFORMA EL TERRENO Y VICEVERSA

Hace unos años, contemplando al atardecer una espléndida dama de noche, que derramaba su perfume embriagador por el jardín de la casa de mis padres en Sevilla, se me ocurrió la idea de cortar un tallo y llevármelo a Corea, con la esperanza de poder gozar allí también de tal delicadeza para el olfato. Así lo hice. La planta soportó a duras penas el largo viaje y la aclimatación a un ambiente tan distinto. Pero me esmeré cuidándola con mimo y finalmente obtuve la recompensa: la planta agarró y comenzó a crecer. Tras largos meses de paciente espera, un buen día percibí con agrado que la planta comenzaba a despedir su maravilloso perfume. Sin embargo, no faltaron las sorpresas: de forma inaudita, la planta no siempre florecía de noche, ni tampoco durante la época del año que hubiera sido de esperar (según nuestros cálculos, claro). Me tenía francamente desorientado. Estaba claro que la planta no estaba dispuesta a adecuarse a mis expectativas y previsiones en cuanto a su crecimiento. Tanto es así que hasta el mismo nombre llegó a resul-

tar inadecuado. Era sí una dama de noche, pues sus orígenes me eran bien conocidos, pero al mismo tiempo se trataba de una realidad nueva; se había producido un resultado inesperado.

Me gusta imaginarme Asia como un campo enorme, un terreno fértil en el que ha sido sembrada (y lo sigue siendo) la palabra de Dios. Cuando uno admira, lleno de estupor, las inmensas extensiones de arrozales de China, India, o cualquier país asiático, surge de modo espontáneo la imagen agraria. En el campo que es Asia existen también otras tradiciones milenarias bien enraizadas, perfectamente adaptadas a los rasgos orográficos, climáticos, naturales y que gozan por ello de un espacio propio bien definido desde tiempo inmemorial. A veces más vivas, otras veces más pálidas, según los avatares de la historia, pero en cualquier caso siempre significativas, pues constituyen el humus, la tierra de cultivo del alma asiática. En este campo ha caído la semilla del evangelio, y ha entrado en contacto con las ricas tradiciones asiáticas (arte, literatura, música, filosofía, ética, mitos, religiones, etc), estableciéndose una comunión semejante a la que se produce cuando una semilla entra literalmente en contacto con el suelo. La semilla transforma el terreno en aquello que lleva dentro, o sea, en su poder ser, pero al mismo tiempo las características del suelo hacen que la semilla crezca y que la planta adquiera rasgos, matices peculiares según la cualidad del terreno, de acuerdo con unos principios de desarrollo y crecimiento en los que no podemos interferir, al igual que en el caso de la dama de noche.

Por ello, las expresiones de vida cristiana (laical, sacerdotal, consagrada) en Asia manifiestan necesariamente características distintas, ya que son otras las exigencias, los vacíos que colmar, los retos a los que responder. Y en parte son distintas también las fuentes que alimentan el alma asiática, el punto de referencia espiritual, el manantial del cual reciben las fuerzas, las energías de la vida. Recuerdo a este respecto haber participado en Corea en algunas veladas de intercambio espiritual, organizadas por la asociación de religiosas consagradas pertenecientes a diversas religiones: monjas católicas, bonzas budistas, mujeres afiliadas a movimientos de inspiración confuciana, etc. A través del canto, la danza, la poesía y otras expresiones artísticas, se proponían fomentar el conocimiento recíproco y el diálogo fraterno en el respeto sincero a los principios religiosos de cada cual. En este contexto, plenamente asiático, se ponían de relieve algunos aspectos particulares del Evangelio de Jesucristo que interpelan más de cerca al hombre y a la mujer oriental: las dimensiones de misterio, intuición, sabiduría, armonía, belleza, silencio, contemplación, solidaridad.

UNIVERSALIDAD DE LA SALVACIÓN – LA LÓGICA DEL NO POSEER – POBREZA QUE CONVIERTE

El paso de los años en Asia, con el estupor siempre nuevo que comportan los descubrimientos y las ilusiones que se van acumulando, sin olvidar los sinsabores, el cansancio y la desazón inevitables, van abriendo poco a poco la propia mente a

la contemplación de la universalidad de la obra salvífica de Jesucristo. Universalidad y definitividad, habría que añadir, pues el misionero enviado va comprendiendo gradualmente y va asumiendo desde la vida que su misión no consiste solo en completar lo que falta a la obra redentora del Señor, en intentar colmar los posibles vacíos, sino que más bien se trata de descubrir y de gozar la plenitud de la salvación que Él ya ha obtenido para el mundo y anunciarlo, comunicarlo con sencillez, con arrojo, convicción y desapego, procurando, eso sí, que sea siempre la vida la que vaya por delante, es decir, que nunca el anuncio preceda a la vida o camine por sendas opuestas; en suma, que sea el testimonio de vida de las comunidades cristianas el que interroge, cuestione, fascine, atraiga, y pueda así preparar el camino a la Palabra. Recuerdo a este respecto una imagen que se me quedó muy grabada durante un viaje a China. Hará de esto unos 15 años, cuando la represión contra la Iglesia católica atravesaba un periodo de gran severidad. Me dirigía hacia la estación ferroviaria central de Beijing (el antiguo Pekin) cuando escuché lleno de sorpresa que los altavoces lanzaban a toda la inmensa plaza las notas de un conocido canto natalicio, que anuncia la alegría por el nacimiento del Salvador. Era el mes de diciembre. No sé si alguna de las miles y miles de personas que hormigueaban por los alrededores de la estación entendería una palabra del significado del villancico, pero independientemente de la capacidad de comprensión o de formulación conceptual, es ésa la realidad: la salvación es un don gratuito que Dios ha concedido a la humanidad en Jesús, una semilla que contiene posibilidades enormes de desarrollo. Todos estamos en camino.

Cuando vuelvo la vista atrás y reflexiono sobre los años pasados en ese gran continente, me doy cuenta de que Asia ha sido para mí una enorme y proficua escuela de vida. Y exigente, todo hay que decirlo. Asia enseña muchas cosas y, además, siempre nuevas. Por ejemplo, cada vez que uno experimenta la propia pobreza ante la impenetrabilidad de la cultura, ante la dificultad de expresar cuanto uno desearía, este mismo límite te ayuda a centrarte en el verdadero protagonista de la misión, Jesucristo, el único que puede bendecir, sanar, enseñar e iluminar. ¡Cuántas veces he podido experimentar que el objetivo de mi presencia en Asia no era otro que el de hacer presente a Jesucristo por el amor concreto a los hermanos más allá de todo, y tantas veces a pesar de la imposibilidad de comunicarse! De este modo, a través de la percepción de la propia fragilidad, Asia ayuda a purificar las motivaciones misioneras y a enriquecer de nuevos matices la propia orientación vital.

Es más, la percepción de la propia precariedad ayuda a recuperar la inocencia y la pureza infantil, que son ciertamente requisitos indispensables en cualquier empresa misionera cristiana, ya que es precisamente la toma de conciencia de la propia pobreza la clave principal que permite establecer la comunión en Jesucristo con nuestros interlocutores. Es la comunión con Él y en Él la fuerza que lleva adelante la revolución cristiana en el mundo, aunque para muchos hermanos ésta siga siendo una verdad velada. Poner nombres “cristianos” a las cosas, o racionalizar los conceptos según modelos más acordes a nuestras tradiciones, puede ser un paso

posterior y ciertamente menos importante. Lo decisivo en la misión es que se vaya creando ese aire de familia y concordia, que de manera inclusiva acerque a todos a descubrir la potencia y la excelencia del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Y está claro que esta comunión se enriquece de nuevos matices y se acerca a la plenitud a medida que se superan los límites culturales, lingüísticos, étnicos, y se van ensanchando los horizontes del corazón, incorporando a nuestro bagaje espiritual las ricas semillas de la Palabra que desde siempre embellecen el alma de los pueblos asiáticos. Recuerdo la conmoción que experimentaba siempre que veía cómo una “piguni” (bonza) budista trataba a otra monja que estaba internada en un hospital que yo visitaba con frecuencia. Era la viva imagen de la misericordia.

COMUNIÓN TRINITARIA

En realidad, Asia enseña a ver, a sentir, a intuir más allá de los límites conceptuales que imponen las palabras, para ir a la experiencia directa del Misterio. Kim Song Min era un crío de unos 8 ó 9 años que vivía en una casa familia para niños huérfanos. Cada vez que iba a visitarlos, acabábamos jugando un partidillo de fútbol en el campo de la escuela. Ese día el cielo estaba cubierto. Negrísimos nubarrones hacían presagiar una fuerte tormenta. La insistencia de los críos, sin embargo, pudo más que la prudencia y ahí estábamos dando patadas al balón cuando de repente sucedió un fenómeno extraño. En un ángulo del cielo se retiraron de improviso unas cuantas nubes dejando ver por un instante el astro sol que brillaba con toda intensidad. El tétrico contexto resaltaba aún más su luminosidad. Me detuve un momento a contemplar el espectáculo porque de verdad era digno de ver. Song Min i, que en ese momento pasaba corriendo junto a mí, exclamó con gran voz “Iya Puhwal ida!”. O sea, “mirad, es la resurrección...”, para después seguir corriendo como si nada detrás del balón. Quedé impresionado por su espontaneidad. Sin pretenderlo me había dado una lección preciosa sobre inculturación y conocimiento del alma asiática. En efecto, en Asia antes que razonar se intuye y se va directamente a la experiencia del misterio. Y de esta riqueza encontramos numerosas huellas en los evangelios. Por ello, aprender a contemplar y admirar con estupor la idiosincracia y la peculiaridad del fruto de la tierra asiática es ya misión, con-división de bienes. De hecho, desde una perspectiva trinitaria, podemos afirmar que la comunión consiste en que cada uno pone al servicio del otro la propia realidad, el propio ser, haciendo circular por amor los dones recibidos. Pero para que uno pueda dar, otro tiene que saber recibir, y viceversa. Es importante dar, pero también recibir, porque dando se recibe y recibiendo se da.

Partiendo de esta base, la experiencia de vida en Asia hace comprender que los conceptos de “ellos” y “nosotros” han quedado obsoletos y carecen de significado. No existe una iglesia de avanzadilla misionera y otra mera receptora pasiva. En la Iglesia una, cada cual aporta lo que es y aquello que posee, que, en realidad, no son

cosas distintas. Ha habido épocas en que algunas iglesias locales han sido más prolíficas a la hora de distribuir sus dones, y otras, en cambio, lo han dado todo abriéndose receptivamente al don. En realidad, pretendo decir algo muy sencillo: no tiene sentido pensar que es la iglesia occidental la que posee una cierta riqueza que dar a los demás: en realidad, el único misionero es siempre Jesucristo. Y desde aquí, se trata de vivir y trabajar con denuedo por la unidad del género humano en El. Esta es la mejor aportación que podemos hacer a la misión. Es más, reflexionando desde la atalaya de mi destino actual, una parroquia bastante grande situada en un barrio de clase alta de Roma, me resulta cada vez más evidente que sería un don precioso poder contar con la presencia de misioneros jóvenes de iglesias asiáticas que, desde su propia experiencia, ayudaran a nuestros viejos cristianos europeos a enriquecer su fe con nuevas perspectivas más vivenciales y comunitarias, con nuevas formulaciones más radicales (las correspondientes a personas que han hecho una opción seria de fe que muchas veces ha exigido de ellos saltos en el vacío), y sobre todo con una apertura universalista y una visión unitaria del cristianismo que supere el riesgo de perderse en manifestaciones de importancia sólo secundaria.

EL VIAJE DE LA VIDA DESVELA QUIÉN ES NUESTRO COMPAÑERO DE CAMINO

Corría el otoño del año 1995. Con motivo de unas gestiones de cara a la adquisición de unos terrenos en las cercanías de la ciudad de Kwangju, al sur de Corea, debía desplazarme con una frecuencia casi semanal desde Seoul, la capital, donde residía por aquél entonces. Lo hacía casi siempre en avión, saliendo por la mañana temprano para regresar por la tarde. Pues bien, un día subo a mi avión de manera rutinaria, recorro medio adormilado los 40-45 minutos del vuelo y, al aterrizar y salir a la terminal, me quedo petrificado al darme cuenta de que me encuentro en un lugar totalmente desconocido para mí. Unos grandes pasillos dan acceso a un edificio amplio, limpio y ordenado, todo nuevo, que no tiene nada que ver con la pequeña y andrajosa terminal del aeropuerto de Kwangju en la que yo con tanta soltura me desenvolvía. No salía de mi asombro. Llegué a pensar que con el amodorramiento matutino, habría tomado un avión equivocado yendo a parar a otra ciudad distinta. Fueron unos minutos de absoluto desconcierto: ¿qué hacer? Buscaba por todos lados una señal que me devolviera la seguridad, algo que me tranquilizase. Por otra parte, francamente hablando, me avergonzaba preguntar dónde me encontraba. Finalmente me armé de valor, salí a la calle y comprobé que las matrículas de los coches correspondían realmente a Kwangju. Fue entonces cuando pude observar a lo lejos la silueta de la antigua terminal. Alguna vez, en el trayecto desde el aeropuerto hacia la ciudad había observado de pasada desde el autobús unos grandes telones que cubrían una zona de andamios y estructuras metálicas, por lo que supuse que estarían haciendo obras (una de las muchas que por aquella época surgían por todos lados), pero nunca me había preguntado de qué se

trataba, ni había oído que estuvieran construyendo un nuevo edificio en el aeropuerto. Ahora contemplaba nostálgico a distancia la antigua terminal, de la que yo conocía todos los detalles y secretos. Conocía todo, sí, pero en realidad se trataba de un espacio bastante pequeño, fácil de controlar y dominar, un mundo por otro lado desordenado y sucio. Ahora, en cambio, me encontraba ante una realidad del todo desconocida, que me infundía cierto temor y perplejidad, pero que, pensándolo bien, podía reservar para mí numerosas sorpresas, desafíos, estímulos y reducidos de belleza que admirar.

La apertura al diálogo con las grandes religiones, corrientes filosóficas o sapienciales de Asia puede producir en nosotros efectos similares. Ciertamente, quién más quién menos se siente desconcertado y perdido al penetrar en un terreno tan rico, pero a la vez tan árido e inaccesible. Desearíamos tal vez contar con recursos e instrumentos que nos dieran seguridad y garantizaran, al menos aparentemente, el éxito “evangelizador” del propio esfuerzo. Sin embargo, paradójicamente, quizás sea la despreocupación respecto al éxito el camino más adecuado para producir los frutos del evangelio, para establecer la comunión en el amor con cada hermano, haciéndonos uno con todos, desde el respeto que Dios tiene para cada uno, con la certeza de que sólo es Jesucristo, nuestro compañero de camino, quien puede iluminar con su luz y bendecir con el conocimiento de su persona a los pueblos asiáticos. Y en definitiva, ¿qué es la misión sino un acto de amor hacia las personas concretas que Dios nos pone delante, sean de la religión que sean?

UNA OPCIÓN CONSCIENTE: DIOS EN EL PRIMER PUESTO

Tratándose de iglesias muy jóvenes, la gran mayoría de los cristianos han recibido el bautismo ya de adultos, después de un proceso serio de discernimiento y opción de vida. Ciertamente que hace falta después todo un proceso de consolidación y profundización en la fe, pero no cabe duda de que esa opción consciente y decidida por Dios es el mejor patrimonio de la iglesia asiática: supone una fuente inagotable de vida, de la que se pueden esperar numerosos frutos en el futuro. Por otra parte, tal vez por el fuerte sentido de cohesión y colectividad que llevan impreso en su ADN, los hombres y las mujeres de Asia saben ser generosos, preocuparse de los demás, hasta límites muchas veces heroicos. En Corea he seguido de cerca innumerables obras de beneficencia fundadas en muchos casos por laicos. Obras al servicio de los desamparados, que proclaman de manera fehaciente el amor de Dios hacia cada persona. En todos estos casos la Iglesia local se convierte en protagonista de la evangelización y, además, a pesar de su escasez de medios y de recursos humanos, comienza a contemplar la misión “ad gentes” como una exigencia ineludible de su madurez. De hecho, aumenta cada vez más el número de misioneros japoneses, taiwaneses o coreanos que trabajan en otras regiones del mundo, pero principalmente se preparan activamente y sueñan con el día que les sean abiertas las puertas de

China, el gigante del oriente hacia el que se dirigen gran parte de las ilusiones y esperanzas misioneras de la Iglesia asiática. Reconociendo obviamente la centralidad de las iglesias locales en la difusión del Evangelio en oriente, me parece que para la Iglesia universal Asia sigue significando un gran desafío, una gran invitación a aprender a respirar con otra parte de nosotros mismos: la Iglesia occidental tiene una excelente oportunidad de crecer en sabiduría y donación, apoyando y sosteniendo a las iglesias locales en su proceso de maduración y crecimiento, capacitándolas y ayudándolas para que puedan abrirse con decisión hacia todo el continente. Uno de los seminaristas coreanos con los que tuve la fortuna de convivir lleva ya varios años en Vietnam, y un hermano misionero, también discípulo mío, pasa largas temporadas en China cada año. Otro coreano prepara en Filipinas su ordenación al diaconado, mientras vislumbra posibles horizontes misioneros en Indonesia. Formar y acompañar en su vocación misionera a los agentes evangelizadores asiáticos es en este momento la mejor contribución que puede hacer la iglesia universal.

EL DIÁLOGO ECUMÉNICO COMO PUNTO CLAVE DE LA MISIÓN

Otro reto fundamental que las exigencias de la misión ofrecen a la Iglesia en Asia lo constituye a mi juicio el desarrollo de la conciencia ecuménica entre cristianos pertenecientes a diversas iglesias. Si el diálogo institucional a nivel de comisiones teológicas es ciertamente de capital importancia, no lo es menos el esfuerzo que se requiere por parte de todos los creyentes en Cristo para ir buscando un entendimiento cordial y fraterno en el campo de la misión, superando antiguos prejuicios, ambiciones y estrecheces mentales. La actitud evangélica de apertura y acogida para coordinar esfuerzos, para enriquecerse mutuamente y para colaborar generosamente en la tarea misionera podría ennoblecer notablemente a las iglesias cristianas, permitiéndoles además dar un testimonio radical, capaz de despertar en muchos la pasión por Dios. Es un largo y arduo camino que queda por explorar y recorrer con entusiasmo. Se requiere en este campo también el coraje necesario para caminar contra corriente y abrir caminos nuevos. Lo que está claro es que la actual división, desconocimiento e indiferencia recíprocas, representa una grave contradicción que condiciona en gran medida la credibilidad de la misión.

DISFRUTAR LA BELLEZA DE LA VIDA CON LA SENCILLEZ DEL NIÑO

Quisiera concluir estas reflexiones con una imagen familiar, espontánea, que, a mi parecer, pone de relieve con tonos precisos lo que es el corazón de la misión. La Iglesia de Jesucristo, que quiere ser en el mundo presencia viva del Salvador y anunciadora de su obra salvífica, está llamada a ser testimonio viviente –partiendo obviamente de las claves asiáticas de interpretación del mundo– del gozo de la vi-

da, de la felicidad que produce la certeza de saberse amados infinitamente por Dios y salvados por Jesucristo. En otras palabras, la Iglesia proclama su mensaje cuando enseña a hacer de la vida un juego lleno de fantasía y creatividad, como niños sabedores de que Dios vela sin descanso por cada criatura suya. Más allá de las palabras –fundamentales por otra parte cuando llega el momento adecuado–, el testimonio de alegría y plenitud de los cristianos ayudará a que todos aprendan a considerar propias las cosas de los otros, a alegrarse de sus éxitos, a sufrir con las penas ajenas, en una palabra, a vivir la fraternidad universal. Por ello tal vez no sea errado sugerir que la labor de la Iglesia consiste en despertar en todas las personas la conciencia dormida del niño que llevan dentro y poner en movimiento una gran comunión de inocencia, de juego liberador, de intercambio de dones recíprocos. Una cosa al menos es cierta: esto sería un buen antídoto contra la fuerte tendencia hacia la competitividad y hacia el individualismo que por desgracia entristece con frecuencia la vida de muchos de nuestros hermanos asiáticos.

VIVIR Y COMPARTIR EN INDONESIA

Hna. **M^a Teresa MARTÍNEZ LIZARRAGA**

Franciscana Misionera de María. Indonesia

Me han pedido que os hable de Indonesia, ya hace dos años que salí de allí, os explicaré un poquito la situación en que se vive, como veo yo la Iglesia y después os contaré mi experiencia.

Posiblemente Indonesia, quizás por su lejanía es el gran ignorado y olvidado de los grandes países.

Es un enorme archipiélago como ya sabéis, con una extensión de aproximadamente cuatro veces la de España, compuesto por más de 13.000 islas que se extienden en forma lineal desde el sur de Asia hasta el norte de Australia.

Indonesia ha estado sometida a la influencia de las culturas hindú, budista y posteriormente la musulmana, también los portugueses pasaron por allí pero fueron los holandeses los que se instalaron en estas islas llamándolas «Las Indias Holandesas». Durante la segunda guerra mundial los japoneses ocuparon todo el territorio y cuando se terminó esta, los indonesios lucharon contra los holandeses por su independencia que obtuvieron en 1945.

En los primeros años como nación han vivido períodos de gobiernos autoritarios, recordareis con Sukarno y Suharto, han tenido golpes de estado, represión militar, inestabilidad político-social, y lucha del pueblo por una verdadera democracia.

Es una sociedad mayoritariamente musulmana, con un 87%, los católicos son el 3%, los protestantes el 7%, los budistas el 2% y un 1 % los hinduistas. La población es de 2,20 millones de habitantes, es el cuarto país más poblado del mundo.

Las relaciones entre el centro y la periferia es la gran problemática de Indonesia. La isla de Java, donde se encuentra Jakarta la capital, carece de recursos naturales, sin embargo es la que disfruta de la riqueza potencial de las islas, mientras que en estas la mayoría de la población vive en la miseria, aún siendo grandes productoras de petróleo, estaño, caucho, oro, especias, marfil y seda. Esta es una de las causas de los conflictos separatistas.

Actualmente la República está presidida por una mujer que está luchando por fortalecer la democracia, la libertad y la unidad de Indonesia, en peligro por la corrupción y movimientos separatistas

Si hablamos ahora mas en concreto de la religión en Indonesia es indispensable mencionar el Islam, por ser la religión mayoritaria en el país, y al mismo tiempo, ser el país que más población islámica tiene en el mundo.

La aspiración de grupos radicales musulmanes por convertir el Islam en la religión oficial del país no representa el sentir de toda la comunidad musulmana. Los musulmanes de buena voluntad se están viendo perjudicados por la imagen que los grupos integristas están ofreciendo de este credo.

Los católicos en Indonesia son pocos, como ya os he dicho representan el 3% de la población, pero la Iglesia tiene influencia y es valorada.

Los enfrentamientos que se han producido en estos últimos años entre cristianos y musulmanes en las Molucas y en otras regiones han provocado graves conflictos y un clima de inseguridad en el país.

En respuesta a esta situación de crisis, la Iglesia ha actuado con voz crítica y moral. La alegría y la esperanza, los sufrimientos y las ansiedades de las personas son también las mismas de la Iglesia.

Los obispos han pedido a los cristianos vivir el Evangelio, dando prioridad a las víctimas de esta crisis, e involucrarse en movimientos que vayan más allá de los límites de la religión.

La Iglesia de Indonesia ha cambiado de ser una Iglesia «ad intra» sacramental e institucional a ser una Iglesia con una mirada extrovertida. Antes el énfasis lo ponía en una pastoral sacramental, en la dirección de colegios y hospitales bien organizados, pero sin meterse en la esfera socio política y en la lucha por la justicia y por la paz. Las palabras del Cardenal reafirman este talante «nosotros nos consideramos a nosotros mismos como un silencio eficaz».

Sin embargo ahora es una Iglesia profética, una voz moral en la sociedad, involucrada en la causa de la justicia y la paz, abierta al diálogo y solidaria con los que sufren.

Otro aspecto de ser una Iglesia «ad extra» es el cambio vivido de ser una Iglesia receptora de misioneros a ser una Iglesia de envío. En la actualidad son numerosos los misioneros indonesios enviados fuera del país.

El gran desafío para la Iglesia de Indonesia es de llegar a ser financieramente autosuficiente.

Mirando hacia una nueva Indonesia, los obispos prevén la gran necesidad de construir la Iglesia de este país como una comunidad básica, ser parte de la sociedad en su conjunto y en compañía, diálogo y comunicación con todos los componentes de la sociedad. Se requiere un diálogo honesto y una actitud abierta hacia

otras religiones, particularmente hacia el Islam porque la vida diaria de los católicos se desenvuelve en medio de ellos.

Para ser la sal y la luz del mundo indonesio y para estar presente e influir en la sociedad, la Iglesia de Indonesia necesita cualificar personas laicas y agentes de pastoral como los catequistas. La Iglesia de Indonesia no tiene pocos desafíos pero creo que éstos son necesarios para su madurez. Continuará estando presente en la sociedad como testigo creíble y como sacramento de amor, como instrumento de justicia y de paz, por grandes que sean las dificultades.

Después de esta breve presentación de Indonesia, os voy a compartir un poco mi experiencia en este querido país donde he vivido 42 años. Las Franciscanas Misioneras de María fuimos a Indonesia en el año 1933, llamadas por los franciscanos. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial teníamos allí tres casas y fue difícil el mantenerlas ya que la mayor parte de las hermanas eran holandesas y estuvieron en campos de concentración. Ahora tenemos allí 11 casas y estamos en las islas de Java, Sumatra y Flores. El trabajo que hacemos, según nuestro carisma, es responder a las necesidades de la misión en pastoral, educación, sanidad y trabajo social. Todo esto fecundado por la oración eucarística que es la fuerza misionera y contemplativa de nuestra vida.

Yo llegué a Jakarta en el año 1959 y estuve trabajando en un dispensario. Luego me pidieron que me encargara de la formación, y en ella estuve 10 años. Mi tercer destino fue Soa, en la isla de Flores muy cerca de Timor. Esta región es una de las más pobres del país, donde viven el mayor porcentaje de católicos.

Cuando llegué, me sorprendió la mentalidad de estos católicos: la imagen que tenían de Dios, vengativo y justiciero, con una gran creencia en los espíritus de los antepasados. Pero gracias a la labor evangelizadora de la Iglesia poco a poco esta imagen negativa de Dios ha ido cambiando.

Cada familia tenía un terrenito donde cultivaban lo necesario para la vida diaria; la exportación era difícil por falta de infraestructura. Era una vida pobre y de trabajo, pero sin embargo vivían contentos por que no tenían otras necesidades.

El primer consejo que me dio un misionero cuando llegué allí fue que me quitara el reloj, me dijo: «Te vas a impacientar si lo llevas, por que aquí la gente se rige por el sol, tienen otro ritmo. Cuando la gente viene al dispensario lo abres, y cuando se hayan marchado todos lo cierras». Atendíamos a un pequeño hospital, con maternidad, donado por Misereor y visitábamos los poblados. También ayudábamos en la pastoral de la parroquia.

Ahora todo ha cambiado, en aquellos años no había nada de nada pero ahora ya viven algunos en casas de cemento, el agua y la electricidad llega a algunos poblados y hasta hay quienes tienen televisión. Yo me pregunto si llevándoles todos estos adelantos y creándoles necesidades les hemos hecho más felices, no lo sé. De todas formas es cierto que unas mínimas condiciones humanas son necesarias hasta para poder recibir el mensaje evangélico.

Los últimos años que he pasado en Indonesia, los he vivido en la isla de Java, en Bogor a unos 60 kms. de Jakarta, donde la población es mayoritariamente musulmana.

En Bogor y alrededores hay sólo 2 parroquias pero al ser muy extensas casi toda la actividad pastoral se organiza y se lleva a cabo por barrios, con el objetivo de llegar a toda la población. Esto hace que haya mucha relación entre los cristianos de un mismo barrio.

Hacia el año 1990, los extranjeros que queríamos permanecer en Indonesia tuvimos que renunciar a nuestra nacionalidad y adoptar la indonesia. Yo lo hice, pero esto ha dificultado mucho la entrada de nuevos misioneros. Nuestra congregación se caracteriza por la diversidad de culturas, procedencias y por vivir en comunidades internacionales. Ahora se ha visto mermada y solo quedan allí hermanas indonesias aunque de diferentes culturas y costumbres.

La comunidad es muy importante, pero creo que para el misionero más todavía. Es la familia con la que se comparte y se vive todos los acontecimientos del día. Las penas y alegrías llevadas en fraternidad nos ayudan a vivir nuestro apostolado.

En Bogor tenemos un colegio con unos 3000 alumnos de 4 a 17 años de todas las religiones. Los colegios católicos son muy apreciados por la calidad de su enseñanza y por su disciplina. Los maestros procuramos que sean católicos, aunque es difícil porque no hay suficientes, así que entre los musulmanes elegimos los menos fanáticos. A todos los alumnos se les enseña la moral cristiana, pero los viernes se terminan antes las clases para que los alumnos musulmanes puedan ir a la mezquita y los católicos acudan a sus clases de religión.

A pesar de este conglomerado de religiones, la convivencia es tranquila y agradable. La gente es sencilla, acogedora y comparte todo lo que tiene. Como las hermanas que trabajan directamente con los alumnos son muy pocas en proporción, ahora lo que se hace es trabajar con los maestros tratando de formarlos en la «visión» y «misión» que nuestro instituto desea para los colegios.

Yo en los últimos años no he estado en contacto directo con los estudiantes, sino que me he dedicado a los catecúmenos. En Indonesia hay muchas conversiones al catolicismo, especialmente entre los de origen chino. Muchas de estas personas habían sido educadas en el budismo, pero querían profundizar más, notaban que en su religión les faltaba algo. Cuando les hablabas de Dios y les contabas poco a poco la doctrina cristiana se entusiasmaban. Era maravilloso ver su interés y su agradecimiento. Hay cosas que nosotros hemos aprendido desde pequeños, gradualmente, y a las que quizás no damos la importancia que tienen. Ellos, ya adultos, las descubren de repente y su vida toma sentido. Es un trabajo muy bonito.

Bueno, ya veis que mi experiencia misionera ha sido únicamente vivir y compartir con ellos. Y para terminar os quiero pedir que tengáis un recuerdo en vuestra oración por la Iglesia de Indonesia, en la que los autóctonos tienen ya toda la responsabilidad y en la que no les faltan dificultades.

AL SERVICIO DE LA IGLESIA LOCAL

Rvdo. **P. Patxi OTONDO**

Misionero de África (PP. Blancos). R.D. Congo

Se me ha sugerido que os hable, en primer lugar, de los *rasgos específicos de la misión ad gentes* en el Continente Africano y, en un segundo lugar, de *las perspectivas de futuro* de la evangelización, que puedan otearse desde la experiencia misionera.

Me parece oportuno señalar *que el Continente Africano es diverso y plural* en lo referente a situaciones sociales económicas, políticas y religiosas. No se vive de la misma manera el catolicismo en España, Francia, Rusia y Armenia, ni tampoco se realiza de la misma manera la *misión ad gentes* en Argelia, Marruecos, Sudán, Burkina Faso y República Democrática del Congo.

Constatamos que hay una serie de países en el continente africano, toda África del Norte, en los que la presencia de misioneros es aceptada, pero sin la posibilidad, por el momento, del anuncio explícito y público del evangelio. En estas circunstancias mayoritariamente musulmanas, los misioneros/as viven la *misión ad gentes* como *una presencia solidaria al servicio de los más necesitados y en diálogo interreligioso*. Cuando hablamos con ellos, no los vemos frustrados sino conscientes de ser enviados por Dios y por la Iglesia dándonos ejemplo de la *misión vivida* como contemplación de la presencia del Espíritu, que nos precede y actúa en el corazón de los hombres. Nos ayudan a reflexionar y profundizar sobre la manera en que se vive la *misión* en otros lugares de África. La R.M. al final del nº 57 nos dice: *“sabiendo que no pocos misioneros y comunidades cristianas encuentran en ese camino difícil y a menudo incomprensible del diálogo la única manera de dar sincero testimonio de Cristo y generoso servicio al hombre, deseo alentarlos a perseverar con fe y caridad, incluso allí donde los esfuerzos no encuentran acogida y respuesta. El diálogo es un camino para el Reino y seguramente dará sus frutos, aunque los tiempos y los momentos los tiene fijados el Padre (He 3,7)”*. Los avances en el diálogo entre los cristianos y musulmanes son fruto del Espíritu y probablemente también de la presencia sencilla, servicial de los cristianos que encarnan dicha presencia. Sabemos que en Argelia, los extremistas musulmanes mataron a varios misioneros y misio-

neras, intentando probablemente desanimarlos. Sin embargo el pueblo argelino mostró su solidaridad participando masivamente en sus entierros y escribiendo múltiples mensajes de condolencia. Las personas que trabajan en dichos países podrían dar su testimonio mejor que yo.

En los países subsaharianos de raza negra en general el Evangelio es anunciado públicamente sin problemas, tanto por los católicos como por otras confesiones religiosas. Yo vivo mi experiencia misionera en uno de estos países, en concreto en la República Democrática del Congo (RDC).

La misión tiene su origen en el misterio trinitario, en la dinámica de la misión de Cristo quien, enviado por el Padre, se hace uno de tantos. La humanidad entera es la destinataria de la misión de Cristo. Y desde África nos preguntamos: qué mensaje y que esperanza trae Cristo para las poblaciones africanas. Así, los rasgos específicos de la misión *ad gentes* en el continente africano están condicionados por la vida concreta de las gentes de este continente. Buena Nueva de Cristo para personas concretas de África, hoy y mañana.

Gaudium et Spes nº 1 “ *Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y las esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo*”.

Sin pretender ser exhaustivo, ya que la situación de África es plural y compleja, creo que el continente vive ciertas *situaciones específicas* que podrían calificarse como *signos de los tiempos o desafíos* para la Iglesia en general y para la misión *ad gentes*, en particular. He aquí algunos de ellos: *guerras, empobrecimiento generalizado, urbanización incontrolada, problema del SIDA, pluralismo religioso*, todo ello vivido en un continente joven que aspira con todas sus fuerzas a la vida y a la paz.

He escogido hablaros sobre todo del tema de las guerras y de cómo la Iglesia ha vivido e intentado ser buena nueva en circunstancias dramáticas, convirtiéndose en *Iglesia mártir en algunas ocasiones*. En cuanto a los otros desafíos me limitaré a hacer una pequeña alusión.

África es el Continente donde se han producido más *guerras* en los últimos años: guerras en Angola, Mozambique, República Centroafricana, Etiopía, Eritrea, Somalia, Burundi, Ruanda, Chad, Sierra Leona, Liberia, Congo Brazaville, República Democrática del Congo, Costa de Marfil. Decididamente Africa no da buena imagen al mundo. Se dice que no están todavía preparados para la democracia. Es evidente que la imagen que se puede tener de África con sus guerras, masacres al machete, niños soldados a veces drogados, tirando a diestra y siniestra, violaciones de mujeres y niñas no es buena. Sin embargo podemos preguntarnos también: si el continente africano, excepción hecha de África del Sur no produce armas, ¿de dónde vienen las armas con las que se hacen las guerras? ¿Quién suscita las guerras? La inmensa mayoría de los africanos no quiere la guerra sino la paz. Los que vivimos en África y los que vivís en Europa debemos comprometernos juntos a favor de un continente africano reconciliado y en paz.

Ocurre que, a veces, se desinforma o se manipula la información simplificando las razones por las que se hacen las guerras y se dice que son guerras étnicas o guerras tribales. Si es verdad que las guerras en Ruanda o Burundi tienen fuertes connotaciones étnicas, la mayoría de las guerras de África tienen referentes económicos y me parece que aquí es hora de señalar a personas del llamado mundo civilizado que se entienden con los jefes de guerra, *tiran la piedra y esconden la mano*. En lenguaje llano la guerra de Angola se llama petróleo y diamantes, la del Congo Brazaville también petróleo, las de Sierra Leona y Liberia tienen su origen en el diamante y la de la R.D. del Congo se puede llamar cobalto, madera, oro, diamantes y coltan (compuesto de colombita y tantalium, empleado en ordenadores, teléfonos móviles, satélites etc.).

Se habla también de guerras de baja intensidad porque no se emplean armas sofisticadas o porque los muertos no aparecen en los medios de comunicación. Sin embargo ONGs que han estudiado el tema de la guerra en la R.D. del Congo, que ha durado cinco años, nos hablan de cifras de 3.000.000 de muertos: 200.000 por la guerra misma y los demás por las consecuencias de la guerra como pueden ser el hambre y la falta de cuidados médicos para millones de personas que huyendo de los enfrentamientos se han tenido que refugiarse en la selva, además de los robos, malos tratos y violaciones. *Todo ello porque la R.D. del Congo tiene la suerte y desgracia de ser un país rico en minerales, algunos de ellos raros y estratégicos.*

La Iglesia y la guerra en RDC: La Iglesia ha pagado un precio caro en esta guerra por la destrucción y desmoronamiento de parte de su infraestructura, al paso del ocupante de turno. Algunos ataques y robos fueron efectuados para amedrentar a la Iglesia y desanimarla por ser testigo no deseado. Algunas parroquias tuvieron que ser abandonadas.

Pero la Iglesia ha pagado su precio más caro todavía con el asesinato de algunos de sus pastores profetas. La historia se repite. Os hablaré de alguno de ellos:

Mons. Christophe Munzihirwa: nacido en la región de Bukavu, sacerdote diocesano primero, jesuita después, provincial de los jesuitas de África Central, Obispo de Kasongo y Arzobispo de Bukavu, ciudad fronteriza con Ruanda. Participó en Roma en el Sínodo especial para África en 1994. A su regreso a Bukavu vive el drama de cientos de miles de refugiados que huyendo de Ruanda se instalan en su diócesis. Durante dos años escribe a los responsables de la comunidad internacional, advirtiendo de las consecuencias de la llegada de refugiados a su diócesis ya muy poblada y de escasos medios. Proclama el derecho de todos a una solución justa y no violenta. Será fiel en este combate hasta que muere asesinado el 29 de octubre de 1996 de un tiro en la nuca. Era el día de la toma de la ciudad de Bukavu, en la guerra contra el régimen del presidente Mobutu. Sus compañeros jesuitas encontraron sobre la mesa de su habitación un papelito con una cita de Mons. Romero: *“pueden matarme, pero no podrán matar la verdad”*. Pocas personas pudieron participar en su entierro. Era la guerra en la ciudad. Hoy, el pueblo lo considera mártir.

El sacerdote Georges Kakuja: era párroco de Kalonge, zona insegura por los enfrentamientos. Un día me dijo: “*vuelvo a la parroquia aunque la situación es peligrosa. Tengo que estar con mi gente* “. Lo asesinaron en su habitación.

Mons. Emmanuel Kataliko: nacido en la diócesis de Butembo en 1932. A sus 36 años es nombrado Obispo de su diócesis. En ella trabajará durante 31 años como su Pastor. Sucesor de Mons. Munzihirwa desde mayo de 1997. Se identificó muy pronto con sus nuevos diocesanos que vivían una situación de ocupación armada. Animó a la Comisión de Justicia y Paz diocesana a analizar objetivamente la situación y a informar sobre ella par evitar males mayores. Escribió varias cartas pastorales. Eran cartas claras, sencillas y comprensibles por el pueblo. En la carta firmada el 24 de diciembre de 1999, invitando a la celebración del año del Jubileo 2000 escribía:

“Nos comprometemos con coraje, con espíritu decidido, con fe segura, a vivir al lado de todos los oprimidos y, si fuera necesario hasta la sangre, como ya lo han hecho Mons. Munzihirwa, el párroco y las hermanas de Kasika, el sacerdote Georges Kakuja y tantos otros cristianos.

El Evangelio nos empuja a rechazar la vía de las armas y de la violencia como solución de los conflictos. Lucharemos por la libertad con nuestros sufrimientos y nuestras oraciones y así conduciremos nuestros opresores a la razón y a su libertad interior”.

Esta carta provocó la relegación de Mons. Kataliko a su diócesis de origen. Las Autoridades del movimiento rebelde Agrupación Congoleña para la Democracia no permitieron que el Arzobispo entrara en su diócesis al regreso de un viaje. Vivimos entonces momentos duros pero también interesantes de solidaridad interreligiosa. Casi todas las confesiones cristianas y los musulmanes nos unimos para pedir el regreso del Arzobispo a su diócesis. Regresó a los 7 meses de su relegación. Días después viajó a Roma para la reunión del SCEAM (Simposio de Conferencias Episcopales de Africa y Madagascar). En esta reunión parece ser que se discutía la actitud de los Obispos de cara a los conflictos en Africa. Mons. Kataliko tuvo una intervención en la que dijo: “*Los obispos de Africa deben hablar. Debemos hablar, ya que el pueblo mira al SCEAM y espera una palabra nuestra. Debemos hablar porque el pueblo sufre. Debemos hablar a los Jefes de Estado; debemos hablar a los Dirigentes. Debemos dirigir a África un mensaje de reconciliación y de paz*”. Fueron sus últimas palabras oficiales, ya que unas horas después moría en Roma de un infarto, a los 68 años de edad. Fue enterrado en Bukavu, acompañado de una multitud de personas de toda confesión religiosa. Es considerado como un gran Pastor, el buen samaritano, cercano a su pueblo herido y abandonado al borde del camino.

Los misioneros/as y la guerra:

Hemos sufrido la situación de guerra injusta y sin sentido y sus consecuencias con el pueblo al que hemos sido enviados. En algunos lugares, los ocupantes de tur-

no, nos han robado todo y nos han dejado con lo puesto. Era el botín de guerra. La soldadesca y las diferentes milicias nos han robado, lo mismo que han hecho con otra gente. Lo que es peor, algunas religiosas han sido violadas. Hemos tenido que abandonar momentáneamente algunas parroquias de la campaña para regresar a ellas cuando ha sido posible. Hemos intentado vivir en cada situación las palabras del Evangelio: “*sed sencillos como palomas y prudentes como serpientes*”. Cuando ha sido posible, aunque difícil, nos hemos quedado viviendo en solidaridad con el pueblo, intentando incluso dialogar con los armados de turno para evitar males mayores, diciéndoles que la guerra no es el camino para resolver los problemas.

Al comienzo de la guerra pregunté a Mons. Kataliko, Arzobispo de Bukavu si le parecía oportuno que los compañeros que se encontraban de vacaciones volvieran al Congo. Me contestó: “ya sabes cómo vivimos, me gustaría que todos los que sean capaces de vivir en esta situación precaria, regresen para trabajar con nosotros”. De hecho, todos regresaron.

El pueblo ha agradecido el hecho de que nos hayamos quedado con ellos. Hemos recibido testimonios diciéndonos, por ejemplo, que cuando habían huido a la selva y por la mañana escuchaban el sonido de la campana se les alegraba el corazón ya que constataban que los misioneros seguían en su puesto, lo cual les daba la esperanza de que todo no estaba perdido. Un rebelde armado y semidesnudo se acercó un día a unos compañeros y les dijo: veo que vosotros los misioneros blancos sois distintos de los demás, porque os quedáis aquí a pesar de todo lo que ocurre.

Hace unos meses, cuando los superiores nombraron a un compañero a otro trabajo, una delegación de cristianos del lugar fue a ver al obispo para interceder para que el compañero se quedara con ellos. El obispo les preguntó: “¿por qué tenéis tanto interés en que se quede con vosotros?, ¿qué ha hecho de especial?”. La respuesta de los cristianos fue clara: “en los momentos de dificultad, siempre ha estado con nosotros”. Habían comprendido lo que Juan Pablo II dice en *Ecclesia in Africa* nº 77: “*Se es misionero por lo que uno es, antes de serlo por lo que uno dice o hace*”. Me parece que esta forma de ver las cosas es importante sobre todo en momentos difíciles, cuando por las circunstancias en las que se vive no se pueden organizar las actividades pastorales normales. Entonces, la presencia solidaria es comprendida como signo concreto del amor de Dios hacia las personas que sufren. Es el momento de vivir la no-violencia activa o evangélica.

Empobrecimiento generalizado

Si es verdad que en algunos países de África el Producto Interior Bruto ha aumentado algo, en otros ha disminuido a pesar de las ayudas de estado a estado u otras ayudas. El problema de la deuda externa es general en los países africanos, deuda que la han pagado con creces. Las leyes del comercio internacional son desfavorables para África. Si siguen aumentando las diferencias entre países desarro-

llados y países en vía de desarrollo, se constata al mismo tiempo en África una diferencia cada vez mayor entre los ricos y pobres del mismo país. Mientras una vaca europea recibe un subsidio de 3 \$ día, el 40 % de los africanos malviven con menos de 1 \$ día. En la ciudad donde vivo, los maestros mejor pagados de escuelas que acogen a cerca de 1000 alumnos, reciben una prima de los padres, que ronda los 30 dólares al mes. La administración rebelde hasta hace unos días no les había pagado desde hace cinco años en que comenzó la guerra. Los padres han escrito una carta al nuevo gobierno de transición exigiendo que cumpla con sus obligaciones. Veremos cómo reacciona. Si queremos ganar la guerra contra la violencia y contra la inmigración clandestina debemos ganar la guerra contra la miseria y la injusticia. No nos vale la globalización si no es la globalización humana de la solidaridad.

Urbanización incontrolada

África con una población estimada a *756 millones de habitantes*, vive el fenómeno de una rápida afluencia de gente hacia las ciudades. La ciudad ofrece al individuo una extraordinaria libertad comparada con la del pequeño mundo, a veces sofocante, de las sociedades rurales. La ciudad atrae sobre todo a los jóvenes en busca de oportunidades culturales y de desarrollo. Sin embargo los gobiernos no tienen capacidad para integrar esta ola de población para que vivan una vida decente. La corrupción y la especulación de la tierra hacen que mucha gente viva en chabolas. La mundialización acentúa las desigualdades entre los que viven en chabolas y los que viven en chalés con piscina. En 1950, el 30% de los africanos residían en las ciudades. En el año 2000 residían el 47 %. En la ciudad de Kinshasa, capital de la RDC, vivían en 1960, unas 400.000 personas. No se permitía instalarse en la ciudad si no se tenía un puesto de trabajo. Hoy viven en Kinshasa 6 millones, muchas de ellas en condiciones infrahumanas ya que no tienen trabajo. Todo ello son consecuencias de que no se ha planificado un desarrollo armonioso ni en los poblados de la campaña ni en las ciudades.

África y el SIDA

El continente africano ostenta el triste récord de los infectados del VIH-SIDA entre 25 y 29 millones según las estadísticas, de los solamente 30.000 reciben un tratamiento antirretroviral. Precedentemente la hambruna mataba a los ancianos y niños, las mujeres, conecedoras de semillas, raíces y frutos de sustitución se defendían de la hambruna. Hoy día mueren las mujeres y la gente joven. La ayuda alimenticia y el tratamiento antirretroviral deberían ir de la mano, pero no parecen pensar así las industrias farmacéuticas, aunque van haciendo algunas concesiones. Tenemos que continuar la lucha. La Iglesia está presente y debe intensificar su presencia en la información, prevención, invitación a un cambio de conducta y acompañamiento de los infectados del SIDA.

Pluralismo religioso

Las últimas estadísticas de la Agencia FIDES nos dicen que en el continente africano hay 46,50 % de cristianos (14,90 % de católicos y 31,60 % de protestantes, ortodoxos), 40,50 % de musulmanes y 13 % de religiones tradicionales africanas. Por lo tanto, conscientes de nuestra identidad de discípulos de Jesús y de enviados suyos *ad gentes*, vivimos la misión en lugares de fractura también religiosa en un continente religioso plural. Se ha avanzado mucho en el sentido de la tolerancia mutua, aunque algunos movimientos religiosos son agresivos. Uno de los desafíos que tenemos planteados es el de promover el encuentro con el otro diferente en su cultura y religión. En el diálogo interreligioso en sus múltiples formas: diálogo en la vida concreta, colaboración en proyectos de desarrollo integral, diálogo doctrinal o espiritual, debemos ser conscientes de que Dios es el más Grande, de que su Espíritu que nos precede va más lejos que la Iglesia y que las experiencias personales y que todos tenemos nuestros límites y vemos la realidad a través del cristal de nuestras gafas.

África, continente joven que aspira a vivir en paz

Cuando te paseas por los barrios o poblados africanos te impresiona la cantidad de niños que juegan y sonrientes te saludan. Se dice que el 50 % de los africanos tienen menos de 18 años. He hablado bastante de los problemas de África. Pero no olvido este inmenso capital humano que es la esperanza de África. Creo también que van surgiendo nuevos políticos que no se contentan de mirar al pasado sino que quieren reconstruir su país sobre nuevas bases. La sociedad civil se afirma cada vez más enfrentada a la de los que buscan situarse, pensando exclusivamente en ellos mismos. La economía informal es la que hace vivir a la mayoría de la gente de la RDC. Se va tomando cada vez más conciencia de que los fusiles no arreglan nada y se aspira a vivir en paz y a reconstruir el país.

En el ámbito de Iglesia, que los Obispos llaman Iglesia-Familia de Dios en África, tenemos un laicado comprometido en diferentes ministerios en las comunidades de base, en las que leyendo la Palabra y el libro de la vida se comprometen en la evangelización y el servicio de la caridad. No todo es perfecto, pero intentamos avanzar juntos en el camino de ser sal de la tierra y luz del mundo.

Los seminarios y las casas de formación religiosas están llenas. Los formadores no están en paro por falta de candidatos sino que su gran trabajo es el discernimiento y la formación de los candidatos.

La Iglesia africana tiene ya sus misioneros *ad gentes*. Además de alguna congregación misionera africana como los Apóstoles de Jesús, nacidos en Uganda, algunas diócesis han comenzado a enviar sus sacerdotes y religiosas a otras diócesis sea del mismo país sea a países distintos. Algunos ejercen su ministerio en Europa o América. Las Congregaciones internacionales tienen vocaciones africanas.

Nosotros, los Misioneros de África, pensábamos hasta el capítulo general de 1974 que teníamos que formar exclusivamente sacerdotes diocesanos. Por ello, salvo raras excepciones, no se admitían africanos en nuestro instituto misionero. El capítulo de 1974 decidió admitir candidatos africanos con la única condición de que serían enviados a un país distinto del suyo. Hoy día tenemos 124 compañeros africanos trabajando en África. Son originarios de 15 países distintos. Además entre los 330 candidatos que se encuentran en los diferentes centros de formación, el 85 % son africanos.

Perspectivas de futuro de la evangelización *ad gentes*

De hecho hay una evolución tanto en la realidad de la Iglesia local africana como en el concepto de la misión y en la forma en que los misioneros nos situamos ante la evolución de la Iglesia y del mundo. Hemos pasado del tiempo en el que lo importante era la *implantación* de la Iglesia al periodo en el que lo importante es *el servicio de la Iglesia local* y aún aquí hay una evolución en el matiz: servir a la Iglesia local *según el carisma misionero propio*. Además, la realidad a nivel del personal en la Iglesia nos empuja por este camino: como dije antes, hay un aumento notable de ordenaciones sacerdotales del clero diocesano y de religiosas africanas que trabajarán esencialmente en sus diócesis, de lo cual nos alegramos. Por el contrario el número de misioneros presentes en África disminuye porque las nuevas vocaciones misioneras por el momento no pueden reemplazar a los misioneros que por edad o enfermedad se retiran a sus países de origen. En estas circunstancias, ¿cual será el servicio específico del misionero?

Creo que el carisma misionero nos lleva a trabajar de forma preferente *en las fronteras de la Iglesia*, como puede ser allí donde no se ha anunciado todavía la buena noticia o donde la Iglesia local no está todavía presente o suficientemente estructurada. En este caso, la presencia del misionero o del cristiano anunciador *ad gentes* guarda su sentido genuino.

Otro campo de la acción misionera puede ser los *lugares de fractura en el mundo de hoy* como puede ser donde las religiones no se entienden, intentando el ecumenismo y el diálogo interreligioso en sus diversos aspectos de diálogo en la vida, proyectos comunes de desarrollo, diálogo doctrinal y espiritual.

Lugares de fractura son también situaciones en donde los humanos *nos hacemos la guerra*. Las guerras dejan secuelas muy profundas de odios, deseos de revancha. Es todo un campo en el que el Papa Juan Pablo II nos invitaba a todos a trabajar en su mensaje para la jornada mundial de la Paz, el 1 de enero del 2003. El Papa nos pide *un compromiso permanente* para la paz en el mundo. Nos recuerda, haciendo alusión a la *Pacem in terris*, los cuatro pilares para construir la paz: *la exigencia de la verdad, la prioridad de la justicia, el fermento del amor y el respeto de la libertad*. Si el Sínodo de 1971 nos decía que “*el combate por la justicia es parte inte-*

grante de la evangelización”, los Obispos africanos en su mensaje posterior al Sínodo para África decían en el nº 33: “No queremos negar nuestras responsabilidades. No hemos hecho todo lo que podíamos hacer para formar los seglares a la vida pública, al sentido cristiano de la política y de la economía. Animamos a todos los que se sienten capaces a comprometerse en la política y a todos a formarnos en la democracia.” En esta época en la que parece que se van callando las armas tenemos un inmenso campo de acción para formar a la democracia por el método exigente de la no-violencia activa evangélica. Integrar la justicia y la paz y el respeto de la creación en la evangelización y en nuestra vida misionera es todo un programa. No hay peligro de que nos quedemos en el paro.

África necesita reconciliación en la justicia y el perdón. En regiones donde la relación tribal es a veces más fuerte que el agua del bautismo, las comunidades misioneras interculturales son un signo del Reino en este mundo violento. Desde este signo podemos hablar y actuar.

Personalmente, me siento *enviado para realizar un trabajo que pertenece a Otro y también enviado a crear fraternidad. Soy consciente de que el Espíritu me precede para crear una alianza con el pueblo al que he sido enviado. Por eso me quedo en África y me quedaré a menos que me envíen a otra parte. Si el Espíritu me precede, estoy convencido de que está con las personas con quienes yo entro en relación. Juntos intentamos ayudarnos a vivir como discípulos de Jesús. Quiero ser consciente, aunque no siempre lo consigo, de que todo hombre, toda mujer, creados a imagen de Dios tienen un valor absoluto. En momentos difíciles, Dios y mis hermanos me ayudan a vivir.*

PRESENCIA DE LA TERNURA DE DIOS EN RWANDA

Hna. M^a Pilar DÍEZ ESPELOSÍN
Misionera de Jesús, María y José

Soy Misionera de Jesús, María y José. Mi Congregación está presente en Rwanda desde 1970; yo fui enviada allí en 1972.

He sido invitada a este Congreso de Misionología para compartir con ustedes mi experiencia misionera en este país centro-africano y las perspectivas de evangelización que descubro, desde ella.

Tengo que confesarles que he asumido este cometido con cierto temor: no sé si podré responder a sus expectativas, porque he de basarme en sencillas experiencias personales del día a día y desde el propio carisma de sencillez de mi Congregación, sin grandes obras, pequeña y dedicada a servicios sencillos entre los pobres, los humildes, el tercer Mundo.

Comienzo por describir a grandes rasgos lo que fue:

I. LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN DE RWANDA (1900-1917)

Los primeros misioneros –los Padres Blancos– llegaron a Rwanda en el año 1900; en esas fechas era una colonia alemana.

Comenzaron por ganarse la confianza del rey que, como es natural, los miraba con cierto recelo. Se instalaron en Save, no lejos de la corte y fundaron allí la primera parroquia o misión.

Tengo la impresión de que se adelantaron al decreto “Ad Gentes”. Supieron encarnarse, anunciar a Jesús, con la palabra, la catequesis, el ejemplo de sus vidas y el amor de sus obras, a favor del pueblo rwandés.

Poco a poco organizaron las catequesis, ayudados por los catequistas ugandeses que los acompañaban. En los años 1902-03 se celebraron los primeros bautizos; después los primeros matrimonios cristianos.

Los catecumenados fueron, además, centros de alfabetización de adultos y niños. Construyeron escuelas, que sirvieron de trampolín para la expansión del cristianismo en el pueblo rwandés y fueron organizando obras socio-caritativas, en respuesta a tantas necesidades como había. Estas obras, contribuyeron además a disminuir la desconfianza hacia los misioneros, haciendo ver poco a poco la diferencia entre éstos y los colonizadores.

Lo primeros misioneros y los que fueron llegando a principios de siglo XX, procedían de diferentes culturas europeas, muy distintas de las culturas africanas. Tuvieron que iniciarse en la lengua, la cultura y costumbres del país, haciendo un gran esfuerzo de adaptación y sobretodo de abnegación.

Antes de los 10 años, en 1909, llegaron la Misioneras de nuestra Señora de África, rama femenina de los Padres Blancos.

II. ENRAIZAMIENTO DE LA FE CRISTIANA EN EL PUEBLO RWANDÉS

Signo que manifiesta el enraizamiento de la fe en un pueblo es el que los nativos tomen la antorcha del evangelio y puedan ser pronto sus propios evangelizadores. Es sorprendente lo sucedido en Rwanda. Muy pronto la Iglesia que está en Rwanda tomó la responsabilidad de sí misma, con evangelizadores autóctonos, sacerdotes, religiosos y seglares. En 1952 tiene el primer obispo negro del África central y en 1956 se consagra al último obispo misionero.

Presento en pocas líneas el florecer en vocaciones consagradas y de apóstoles seglares, como señal de este enraizamiento.

Las vocaciones consagradas

No habían transcurrido los diez años de su llegada y los Padres Blancos pudieron ya escoger, entre los primeros bautizados, a algunos jóvenes y enviarlos al seminario menor en Tanzania. Volvieron en 1913, al abrirse el primer seminario en Rwanda, que fue al mismo tiempo la primera institución de formación secundaria y superior de este país.

En el año 1917, fueron ordenados los dos primeros sacerdotes, fruto de las dos primeras parroquias. La ordenación de estos dos sacerdotes rwandeses es un signo bastante elocuente de la receptibilidad al Evangelio en los rwandeses: en los países vecinos, como Burundi, Congo y Uganda, se debió esperar más tiempo para tener los primeros sacerdotes.

El ritmo de las ordenaciones sacerdotales aumentaba progresivamente. En 1919 se confió ya una parroquia a sacerdotes autóctonos.

Las vocaciones surgían abundantes, tanto en hombres como en mujeres. Los Padres Blancos fueron buenos formadores de estas vocaciones, no sólo del clero secular, sino también de los religiosos.

En las décadas de los años 1910 y 1920 surgieron los Institutos Religiosos autóctonos: los Hermanos Josefitas –años 1912-1913–; las Hermanas Benebikira –“Hijas de María”–, poco después, y 1956, un sacerdote rwandés, funda la Congregación de las Abizeramariya –“las que esperan en María”–. Estas y las primeras, son ya misioneras en otros países.

A partir de 1929 fueron llegando misioneros y misioneras de diversos Institutos y Congregaciones Religiosas. Han llevado a cabo una intensa labor pastoral, de enseñanza, formación de la juventud rural, asistencia sanitaria y promoción humana. Su apoyo, en todos los sentidos, a la naciente Iglesia rwandesa ha sido muy beneficioso.

Los apóstoles seglares

El pueblo rwandés, monoteísta en su primitiva religión, es muy religioso. Los primeros bautizados fueron creando familias cristinas con marcada espiritualidad. Los seglares comprometidos, catequistas y movimientos apostólicos se desarrollaron fácilmente, colaborando desde el primer momento en la acción pastoral, junto a los sacerdotes, en parroquias, misiones, etc.

Quiero citar expresamente a los “INAMAS”, grupos de bautizados de la misma colina, con un responsable seglar al frente. Juntos rezan, escuchan la Palabra de Dios y comparten la fe, estudian los problemas que se les presentan de todo tipo, se animan y corrigen, desde el espíritu cristiano y se comprometen en acciones apostólicas, obras de misericordia con unos u otros, etc. Han tenido un papel evangelizador especial casi desde el principio. De los jóvenes de estos “Inamas” han salido animadores de los diversos movimientos apostólicos: JOC, Legión de María, Acción Católica, etc.

Ellos son también un signo claro del enraizamiento del cristianismo en Rwanda.

III. EL HOY DE LA IGLESIA EN RWANDA

Hoy tenemos 9 diócesis y en todas ellas el obispo es rwandés.

Cada diócesis cubre mas o menos 3000 kilómetros cuadrados.

Hay abundantes vocaciones sacerdotales y religiosas, y muchos cristianos comprometidos en los movimientos: carismáticos, Acción Católica, las corales, grupos vocacionales, comunidades eclesiales de base, etc.

Pero a la vez, en estos en últimos tiempos, los acontecimientos trágicos que ha conocido Rwanda, desde la guerra de 1990 hasta el genocidio del 1994 y sus consecuencias, ha supuesto para esta Iglesia una difícil prueba.

Los enfrentamientos bélicos, los crímenes cometidos en unos u otros momentos, y las persecuciones han dejado tras de sí en el pueblo rwandés, de una y otra etnia, resentimientos y hasta odios interraciales, heridas muy profundas, sentimientos más o menos ocultos o subconscientes, muy difíciles de superar. Es una dura prueba que llevan también grabada en su carne los cristianos.

Estos dramas han desordenado la vida cristiana de los rwandeses. La Iglesia ha sufrido muchísimo, no solamente en su personal, sino también en su organización. Son muchos los sacerdotes, religiosos/religiosas y seglares más comprometidos que han muerto, de una y otra raza; otros han huido, se encuentran aún encarcelados, o están marcados por unos u otros signos.

IV. INTERROGANTES HACIA LA CALIDAD DE LA EVANGELIZACIÓN LLEVADA A CABO. ¿ESTÁ REALMENTE ENRAIZADO EL EVANGELIO?

Muchos se interrogan sobre la calidad de evangelización llevaba a cabo, ante los hechos sufridos en los últimos años; no pocos cristianos participaron en las masacres de 1994 y en las represalias y venganzas posteriores. Hasta algunos acusan a esta Iglesia de no haber hecho nada por evitar estos acontecimientos. ¿Cómo compaginar estos comportamientos con las exigencias de la fe cristiana?

No es justo juzgar los frutos del cristianismo en Rwanda basándose únicamente, sobre el lado negativo de estos acontecimientos. Creo que podemos decir objetivamente del drama de 1994 que fue una sorpresa y momento de locura para muchos. Se debe considerar también que en estos acontecimientos tristes que se vivieron, bastantes de los que intervinieron no lo hicieron desde sus convicciones personales, sino presionados y dejándose llevar del miedo. Los verdaderos responsables hay que buscarlos entre las autoridades del momento.

En las situaciones posteriores se dan igualmente otros factores que deben tenerse en cuenta a la hora de emitir un juicio.

Yo descubro en medio de tantas sombras y de comportamientos negativos de los cristianos, actitudes y testimonios que realzan una fe vivida en profundidad.

- Por ejemplo, algo que se dio con naturalidad y con frecuencia: la espontaneidad de los cristianos al refugiarse en las iglesias y en los conventos, esperando encontrar allí una protección segura, acudiendo a la oración y poniéndose en manos del Señor. Esto, ¿no es un testimonio de su fe en Dios? Podría hablar de muchos casos de aceptación con serenidad de la misma muerte.

- Y, sobre todo, la muerte testimonial de bastantes cristianos, defendiendo a las personas amenazadas, llegando a perder su propia vida intentando salvar la de los otros. No hubo persecución religiosa, es cierto; no murieron “por ser cristianos”, pero murieron testimoniando su fe en Jesús y dando la vida por sus hermanos, como el Maestro. Para mí fueron auténticos mártires, “aunque no tengan abierto proceso”. ¿No es el fruto más perfecto de una auténtica evangelización, haber seguido hasta las últimas consecuencias el seguimiento de Jesús?

Quiero contarles uno de esos casos, del que puedo dar fe, porque conozco bien y directamente. Felicitas era una Auxiliar del Apostolado, Instituto Secular en Rwanda. En 1994 estaba como responsable de la formación de las jóvenes aspirantes a su Instituto, en Gisenyi.

Su hermano, coronel del ejército rwandés, le llamo por teléfono porque consideraba que ella corría peligro de muerte. Le pidió que saliera de la Comunidad y se refugiara en otro lugar. Felicitas le respondió por escrito. La nota decía así:

“Hermano querido:

Gracias por querer ayudarme. Pero en lugar de salvar mi vida solamente, abandonando a las 43 personas que en estos momentos están a mi cargo, elijo morir con ellas. Pide por nosotras para que lleguemos a la Casa de Dios y di hasta la vista a nuestra anciana mamá y a nuestro hermano. Yo pediré por ti cuando llegue a la Casa del Padre. Pórtate bien. Muchas gracias por haber pensado en mí. Y si Dios nos salva como esperamos, nos veremos mañana.

Tu hermana Felicitas”.

Durante los días siguientes siguió salvando a cuantas personas pudo haciéndoles pasar la frontera. Su casa está situada a unos cuantos metros del Congo.

El 21 de abril de 1994 los milicianos vinieron a buscarles para llevarles en camión al cementerio. En ese momento Felicitas dijo a sus hermanas: “¡Este es el momento de dar nuestro testimonio! ¡Vamos!”

Se montaron en el camión cantando y rezando. Cuando llegaron al cementerio las fosas estaban ya hechas. Los asesinos temían al coronel, y querían salvarla. Uno de ellos le dijo: “¿Tú no tienes miedo de morir? Vas a ver que esto va en serio; te mataremos la última.”

Fueron siendo asesinadas con bala, probablemente por respeto. Todavía una vez más quisieron salvarla. Felicitas les dijo: “No tengo ya razón de vivir, puesto que habéis matado a todas mis hermanas.” Fueron treinta y con ella treinta y una.

Su hermano el coronel llegó cuando ya les habían echado, desnudas, en la fosa común. Él hizo abrir la fosa, se buscó ropa y después enterró a su hermana pronunciando estas palabras: “Has elegido morir. Pide ahora por nosotros”.

Y como éste, los misioneros y misioneras podemos dar bastantes testimonios de entrega de la vida, de generosidad hasta el heroísmo, de auténtico perdón cristiano...

V. PERSPECTIVA DE FUTURO. SIGNOS DE ALIENTO Y ESPERANZA

Aunque sean grandes las dificultades para la Iglesia en Rwanda, creo que hay muchos signos de aliento y razones suficientes para un futuro esperanzador. Cito las que para mí tiene mayor fuerza:

- La sangre de estos mártires es promesa de fruto futuro.
- La fe con que este pueblo se dirige a Dios, ora, sufre y espera.
- Los muchos cristianos ejemplares que, en circunstancias muy difíciles, siguen dando testimonio de su fe, y los que se esfuerzan en compromisos apostólicos.
- Las apariciones de la Virgen en Kibeho, –aprobadas por la Iglesia el 29 de junio de 2002– centro revitalizante de la fe y estímulo de devoción mariana, con cuanto esto significa en un pueblo que sufre tantas situaciones de pobreza y de injusticia.
- El relanzamiento de una nueva pastoral para el segundo centenario del cristianismo en Rwanda, como fruto de la celebración del Sínodo especial sobre el etnismo, organizado en 1999 para preparar la fiesta del primer centenario de la evangelización en Rwanda y del jubileo del año 2000.
- Las Congregaciones Misioneras que acompañan, apoyan y ayudan al pueblo rwandés a reanimar su fe, su esperanza, y abrir nuevos caminos.

VI. COMO LOS MISIONEROS ACOMPAÑAMOS Y APOYAMOS EL CAMINAR DE LA IGLESIA EN RWANDA

Hablo de mi experiencia personal y congregacional. Pero cuanto expongo creo que refleja, en sus líneas generales, el sentir de todos los misioneros/as, y lo que es nuestro acompañamiento y apoyo a la Iglesia en Rwanda, en los primeros años del tercer milenio.

Me sé enviada por la Iglesia, a través de mi Congregación a un pueblo que sufre y a una Iglesia que aún sigue dando primeros pasos en su Historia de Salvación.

Mi forma de acompañar y vivir en esta Iglesia, “mi misión”, no es ni puede ser otra que la de Cristo, prolongada en mí como su instrumento, y bajo lo más específico de mi vocación como Misionera de Jesús y María y José, que es: “evangelizar y acoger desde la misericordia, en actitud de servicio y entrega incondicional a los

pobres y más necesitados, siendo pobre entre los pobres, viviendo en fraternidad y estando atenta a los signos de los tiempos”.

Esto quiere decir: presencia de la ternura de Dios, de su misericordia que se hace encarnación, cercanía, mano tendida, palabra cercana, vida compartida, entregada. ¡Bien queda reflejado en su presentación en Nazaret! (Lucas 4,18-21).

En concreto, la forma de cómo lo llevo acabo la resumiría así:

1. Me descubro injertada en Rwanda, “rwandesa de corazón”. Amo y comparto la vida con este pueblo y hago mías todas sus realidades. Sufro y gozo con ellos.
2. Me siento llamada a ayudarles en cuanto esté en mis manos: con la escucha, la palabra de esperanza, el consejo, la orientación o el servicio que en cada momento pueda prestarles, al estilo de Jesús, “el Buen Samaritano” que se compadeció de los quedaban al borde del camino; de los que pasaban hambre, o estaban heridos, “maltrechos”.
Mis hermanas de la misión de Kayenzi han podido volver a emprender diferentes acciones en labor asistencial y promoción humano-social, tras regresar a Rwanda en 1995. Yo desde mi nuevo destino, en Casa de Formación, hago cuanto puedo, ante tanta miseria y sufrimiento humano como me rodea, sin obras asistenciales concretas, pero sí a través de cuantas maneras están en mi alcance y por cuantos medios llegan a mis manos.
3. También me siento llamada a ser interrogante, reto y despertar de conciencia ante las injusticias, ya que no podemos “*ser denuncia*”, si queremos permanecer junto a los que sufren. Y así lo hago en todas las ocasiones que tengo; no son pocas.
4. En las actuales circunstancias nuestro compromiso especial, el mío y el de todos los misioneros/as ha de estar en “SER INSTRUMENTOS DE RECONCILIACIÓN, en un pueblo dividido por las etnias y los enfriamientos, y SEMBRAR PAZ, CONFIANZA, ESPERANZA.
Sabemos bien que ésta es la mejor ayuda que podemos prestar a la Iglesia en Rwanda, la que más necesita de nosotros. Pero amar, comprender y apoyar a todos no es fácil tampoco para nosotros, cuando hacemos nuestro el dolor real de las injusticias, que palpamos tan de cerca.
5. Me esfuerzo en colaborar y apoyar la formación de las jóvenes vocaciones nativas. Ellas son las que han de coger la antorcha, tomar el relevo. Lo hago con el ejemplo de mi vida, de mi amor al Señor y a los hermanos y transmitiéndoles, como puedo, lo que yo voy descubriendo y viviendo.

Esto es lo que yo quería compartir con ustedes. Les pido nos apoyen con su oración, para que podamos seguir acompañando al pueblo rwandés en su caminar.

DESDE EL RECELO A LA COOPERACIÓN

Rvdo. D. **Mariano MERCHÁN**

Delegado Nacional de la OCSHA. Ecuador

Quisiera enmarcar la exposición de esta experiencia misionera con las primeras palabras de la encíclica *Redemptoris Missio*: la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio (RM 1).

“Con todas nuestras energías”, nos dice el Papa Juan Pablo II. Ese compromiso y esas energías de todos las hemos visto desarrolladas en esta gran cita y acontecimiento extraordinario del Congreso Nacional de Misiones, que quiere dar respuesta a esa vibrante invitación de Juan Pablo II: “quiero invitar a la Iglesia a un renovado compromiso misionero” (RM 2).

“Porque preveo, nos dice el Papa, que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a una nueva evangelización y a la misión *ad gentes*” (RM 3).

Con qué fuerza la palabra de Su Santidad Juan Pablo II golpea nuestras mentes y nuestros corazones. Es una llamada urgente al compromiso misionero de todos, de todos. Porque “la misión atañe a todos los cristianos, a todas las Diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales” (RM 2).

Las palabras, ejemplo y testimonio del Papa Juan Pablo II deben ser en este Congreso Nacional lo que más nos estimule y motive.

Es hora de la misión. ¿Qué alcance nuevo tiene este grito y llamada que ha resonado por toda España? Es hora de la misión...

“La Iglesia es esencialmente misionera. Es misionera por su propia naturaleza, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza el corazón mismo de la iglesia” (RM 62).

Todos sabemos que la evangelización es vocación propia de la Iglesia. “La tarea de evangelizar a todos los hombres constituye la misión esencial de la iglesia” (EN 14).

Si es misión esencial para la Iglesia, es deber fundamental de todos, todo el pueblo de Dios” (EN 59 y AG 35).

“¡Id a todo el mundo! ¡A toda criatura! ¡Hasta los confines de la tierra! “El amor de Cristo nos apremia” (2 Cor 5, 14). Es un mandamiento de caridad: el mandato misionero además de provenir del mandato expreso de Jesús, se deriva de la vida de Dios en nosotros (RM 11) y del amor a toda la humanidad. La situación de millones y millones de hermanos nuestros nos urge. El número de los que aún no conocen a Cristo, ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente: mas aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado (RM 3).

La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana (RM 2).

La historia nos dice que el impulso y la animación misionera ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de crisis de fe (RM 2).

“Las diócesis deben ser misioneras... que se destine una parte conveniente de operarios y de recursos a la evangelización de los no cristianos” (AG y RM 63).

La *Fidei donum*, de Pío XII, con intuición profética alentó “a los obispos a ofrecer a algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a la Iglesia de África” (RM 68).

Sacerdotes diocesanos para la mision universal “los presbíteros están llamados, en virtud del sacramento del orden a compartir la solicitud por la misión” (RM 67).

Y por eso añade Juan Pablo II: “la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles un espíritu genuinamente católico, que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia, con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes. Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misionera, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo” (RM 67).

A todas estas llamadas e inquietudes de los papas y al espíritu del Concilio Vaticano II dio respuesta la Iglesia en España y la Conferencia Episcopal. Ésa fue la gran respuesta del IEME y de la OCSHA y de otros institutos, congregaciones religiosas las misiones diocesanas, comunidades neocatecumenales y otros.

Novcientos noventa y cinco sacerdotes diocesanos en misiones hoy. Más de mil doscientos sacerdotes diocesanos de la OCSHA en su rica historia. Aquellos cinco primeros que partían el año 1949 fue creciendo hasta llegar por los años 60 a más de doscientos sesenta en el año 1962.

Y tristemente hemos visto decrecer ese número hasta un tímido número de 12 a 15 sacerdotes por año.

Es preocupante y el Congreso debe plantearse respuestas a esta situación que nos preocupa.

MI EXPERIENCIA COMO SACERDOTE MISIONERO DIOCESANO

Mi vocación misionera nació y creció en el Seminario Mayor, en los años de Filosofía y Teología. La íbamos alimentado un grupo de seminaristas que llevábamos el secretariado de misiones. Casi todos días durante el recreo después de comer nos subíamos para leer las revistas de misiones, comentar noticias y fotos de los misioneros... Fue alimentándose en aquellos años juveniles con la visita al Seminario de sacerdotes y religiosos misioneros: PP. Blancos, PP. Combonianos... y sobre todo las dos visitas que hizo a nuestro Seminario aquel gigante de cuerpo y alma, aquel gran misionero D. Ángel Sagarminaga.

Toledo es mi diócesis de envío. Fue el 15 de agosto del año 1.973. La diócesis de acogida era Guayaquil, en Ecuador. Concretamente en la vicaría episcopal de la Península de Santa Elena, en la parroquia misión de Colonche-Valdivia, una extensa zona de 1.200 kilómetros cuadrados, con unos 32.000 habitantes en unos 40 poblados.

¿Por qué allí? Llevábamos dos años de intercambio con un equipo de misioneras laicas españolas, cinco, más tres irlandesas.

La zona se quedó sin sacerdote. El equipo de laicos y el señor Arzobispo de Guayaquil me hicieron un llamado urgente. Lo expuse al señor Cardenal de Toledo, y en tres meses partí.

Realidad que me esperaba: un arzobispo con los brazos abiertos para recibirme. Tenía una diócesis con más de dos millones de habitantes y apenas 120 sacerdotes. Una vicaría, zona pastoral de 5.000 kilómetros cuadrados, con más de 180.000 habitantes y apenas 12 sacerdotes diocesanos y religiosos. Una de las zonas más pobres de todo el Ecuador, especialmente la zona rural: poblados todos con casitas de cañitas, pueblos sin carreteras, sin agua, sin luz eléctrica, la mayoría de ellos con pocas aulas o sin profesores.

Muchos años sin sacerdote y ahora uno para todo esto. ¿Cómo sería posible su evangelización, sus catequesis, su atención sacramental? Como sacerdote misionero, junto al equipo de misioneros/as laicos estudiamos toda aquella realidad. hicimos una planificación y programación de nuestro trabajo.

Aquellos primeros años tuvimos una buena escuela misionera: la diócesis de Riobamba, Mons. Leonidas Proaño, y su equipo diocesano misionero itinerante nos ayudaron a conocer mejor la realidad, la sicología y costumbres del pueblo, su religiosidad popular.

Más de ocho años compartiendo una verdadera pastoral misionera. Ocho años con unas prioridades: evangelizar a la comunidad en general y por grupos, futuras comunidades de base, la formación de grupos de catequistas, la participación de todos en la vida de la comunidad, ir levantando y construyendo capillas para la atención de vida y sacramentos en cada poblado.

La pobreza y abandono de nuestras gentes era total. Tuvimos que organizar toda una pastoral social, cáritas de formación, capacitación y promoción de los adultos y jóvenes. Los trabajos en salud, educación, vivienda y la organización de la producción agrícola y pesquera iban de la mano con el Evangelio y el catecismo. Imposible detallar y ni siquiera enumerar toda esta acción que duró en esta parroquia-misión más de 18 años.

Primera pregunta que nos podemos hacer: ¿cuál era la relación de la misión con la Diócesis de origen o de envío? En todos esos años fue pobre y fría. La diócesis no nos consideraba algo suyo. No recibimos desde el Arzobispado ninguna ayuda. En aquel entonces la Delegación Diocesana de Misiones no tenía conciencia de esta misión. Pero lo maravilloso es que a nivel de laicos, grupos parroquiales y grupos de movimientos desde España nos han dado una ayuda extraordinaria: desde ellos surgieron nuevos misioneros laicos para nuestra misión. Durante esos 18 años llegaron a la misión más de 12 nuevos misioneros laicos. Nos escribían todos los meses, nos mandaron medicinas y ayuda económica, sin error podemos decir que ellos sostuvieron económicamente la misión en todos esos años.

Segunda pregunta: ¿y cuál era nuestra acogida en la Diócesis por parte del Obispo y del presbiterio diocesano? Fue buena y de manera especial dentro del territorio de nuestra vicaría episcopal. Nuestro trabajo de pastoral social se pudo programar y desarrollar como una respuesta y trabajo muy interesante, gracias a la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y a las instituciones de la fundación ecuatoriana *Populorum progressio* y a la Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas. Con el apoyo de grupos laicos e instituciones de Ecuador pudimos realizar una labor social cristiana muy fuerte.

Un segundo momento de la misión se dio a partir del año 1.989; llegaron a la misión dos sacerdotes diocesanos jóvenes.

Durante cuatro años pudimos trabajar haciendo dos centros misionales dentro de la misma área geográfica y pastoral.

Intensificamos toda la acción misionera, sin cambiar de rumbo ni nuestros objetivos, ni nuestras metas.

Sí es cierto que el grupo de misioneros laicos españoles disminuyó hasta acabar con ese grupo de ayuda fraterna.

El tercer momento de la misión fue de 1.993 a 2.003. En este momento llegó un nuevo sacerdote toledano para la misión. Ante la grave necesidad y situación de nuestra vicaría yo marché al suburbio, zona marginal de La Libertad, y el P. Juan Jesús, sacerdote joven y nuevo, quedó en la zona antigua.

El nuevo vicario episcopal me propuso me hiciera cargo de todo ese inmenso suburbio, dentro de la misma vicaría. Era un trabajo nuevo, distinto por la situación de esta zona marginal; son 18 barriadas marginales con una población de

40.000 habitantes. No existía nada. No era parroquia, era suburbio, gente llegada de todas partes: de todos los pueblos de la península y de otras dos provincias vecinas.

Partíamos de cero. Era yo solo, no había equipo misionero, ni laicos comprometidos en la pastoral.

Todo el primer año tuve una labor de visita de casa en casa, de conocer en concreto la situación religiosa y cristiana, la situación social de estas gentes, que vivían la pobreza de los campesinos y las pobreza que genera endémicamente el suburbio.

El primer trabajo fue la formación y preparación de grupos de laicos comprometidos para luego la catequesis y la evangelización de los sectores por medio de asambleas cristianas.

El trabajo misionero ha sido muy interesante y la planificación también.

Dividí toda esta gran parroquia en seis sectores pastorales, cada 3 barrios un sector. Como no tienen conciencia de parroquia ni nada, he construido un centro pastoral y una capilla o templo en cada sector; total seis.

En los diez años ha ido creciendo la respuesta y el compromiso cristiano pudiendo contar con más de 150 agentes de pastoral laicos. Hemos trabajado para la masa con asambleas cristianas. Con los agentes laicos con 15 grupos bíblicos.

Como la realidad social era más dura que en los pueblos campesinos hemos tenido que trabajar en la pastoral social con mucha más intensidad que en los veinte años anteriores. Los problemas del suburbio son los mismos pero mucho más graves y en situaciones de extrema pobreza y abandono social.

Si nuestra tarea de formación quería llegar a construir o formar verdaderas comunidades cristianas, participativas, misioneras y solidarias, todo el empeño de nuestro trabajo pastoral ha sido trabajar de la misma manera y hacerles participar en toda la actividad de evangelización, catequesis, vida sacramental y solidaridad.

Se crearon dos escuelas y colegios con más de 1.000 alumnos, una clínica médica y tres subcentros de salud y se han entregado más de 2.000 viviendas.

Preguntas: ¿cuál ha sido nuestra relación con la Diócesis de origen?

Ha mejorado un poco, aunque no fue posible mucho, porque nuestra Arquidiócesis de Toledo se ha encontrado en estos diez años en una nueva tarea: la misión diocesana en Lima, Perú, en la zona de Villa El Salvador. Allí han tenido que dar un gran apoyo para fortalecer la nueva misión y el envío de siete sacerdotes diocesanos misioneros. Nosotros fortalecimos nuestra relación con los grupos de animación misionera en España, que son ya cuatro y siguen con un gran espíritu dando todo el apoyo espiritual y material que necesitamos. Hemos tenido apertura a otros apoyos institucionales y particulares.

EXPERIENCIAS MISIONERAS DE SACERDOTES DIOCESANOS

¿Cuál ha sido nuestra relación y acogida en estos diez últimos años con la Arquidiócesis de Guayaquil?

Mejóro muchísimo con el nuevo señor Arzobispo han sido diez años de apoyo y confianza, de apertura y total integración.

En la vicaría, con una mayor participación en las responsabilidades y trabajos de conjunto.

Hubo un acontecimiento que fue la causa del mejoramiento total: el señor Arzobispo me nombro Rector del Seminario Mayor de Guayaquil.

Dos años en esta responsabilidad y misión me permitió conocer, tratar, conversar con la inmensa mayoría del clero. Abrí el Seminario a la Arquidiócesis. Allí se reunían, allí podían comer, allí podían ir a descansar.

Gocé de la confianza del señor Arzobispo. Esto hizo que, al volver de nuevo a la misma parroquia, todo haya sido mejor.

Seguimos este espíritu de integración y compartir con todo el clero diocesano.

EL CANTO DEL ORIENTE

Rvdo. D. José M^a RODRÍGUEZ REDONDO
Sacerdote Misionero del IEME. Tailandia

1. INTRODUCCION

En Febrero recibí “Carta de Casa” con una estadística sobre el número de sacerdotes diocesanos españoles en misiones. En América el número asciende a 848. Los diocesanos que estamos en Asia somos 20. Por lo tanto, y ante ustedes está hablando nada menos que un 5 %! Es un porcentaje que me hace sentir un “raro espécimen”. Intentaré en estos minutos compartir mi experiencia con humildad para ayudar a comprender que mi “rareza” es sólo cuestión de estadística. Ojalá la balanza entre América y Asia vaya tendiendo hacia un mayor equilibrio.

2. PRESENTACION PERSONAL. VOCACIÓN MISIONERA

Sacerdote diocesano. A los 23 años ingreso en el seminario mayor de Burgos, mi diócesis, y realizo los estudios de Filosofía y Teología en la Facultad de Burgos. En 1990 fui ordenado sacerdote por D. Teodoro Cardenal y destinado a la Parroquia de la Sagrada Familia, en la capital, para trabajar en equipo junto con otros dos compañeros.

2.1. Ampliando horizontes

Maduración de la vocación misionera. Fui participando como seminarista en *convivencias de animación misionera* organizadas por el IEME. Allí se me presentó un horizonte más amplio y perspectivas nuevas en la vocación. Me encontré con muchos misioneros de los tres continentes y con muchos seminaristas de todas las partes de España. La variedad era grande. Me sentía participar en una doble corriente; por un lado la riqueza que aportaban los misioneros a través de experiencias concretas y por otro lado se compartía la respuesta que mis compañeros semi-

naristas estaban dando a esas interpelaciones en casi toda España tanto a nivel personal como en grupos o en parroquias. Este ambiente fue forjando en mí actitudes básicas de sensibilidad y compromiso por “los otros”, los más alejados.

Consecuencia natural (pero no fácil) fue la decisión de vincularme a la pastoral gitana. Me uní a las religiosas y voluntarios que ya estaban trabajando en el poblado de Bakimet (Las Huelgas). Durante unos 6 años, primero como seminarista y luego como sacerdote, el pueblo gitano fue un centro importante en mi vida. Con ellos, tan cercanos y a la vez tan lejanos, aprendí a asomarme a otro “mundo”, otra cultura, otros valores, otras sensibilidades...

Mucha gente dice sentir envidia de mí, misionero en Asia, en un mundo tan exótico, desconocido, en una cultura tan profunda. Después de 8 años en Tailandia creo que mi experiencia en Asia no es mucho más distante a la experiencia de convivir con el pueblo gitano. Hay diferencias, claro, entre la misión *ad intra* y la misión *ad extra* y no se puede justificar una dimensión con la otra, pero la actitud misionera básica es la misma: descentrarse para abrirse al “otro”, descubrir la sabiduría y los valores de su cultura milenaria; reconocer mis carencias y recibir con gratitud sus aportes.

Creo que para dinamizar misioneramente a la Iglesia en España no hay que hacer más, pero sí de otro modo; empapando la pastoral con un estilo de apertura, diálogo y de servicio.

2.1. Formación

Mi inquietud misionera era conocida por los formadores del seminario y en el IEME encontré un cauce que entroncaba con mi identidad diocesana y con un ideal serio de entrega a la misión.

Una vez ordenado, a los tres años de trabajar en la diócesis, el arzobispo D. Santiago Martínez me autorizó comenzar el Curso de preparación misionera del IEME. Un aspecto importante de este tiempo es la formación académica. Durante el primer trimestre asistí al curso de misionología en el Instituto San Pío X junto con otros sesenta misioneros (religiosos-as, laicos, sacerdotes diocesanos...). Otros objetivos de este curso (no menos importantes) son: el entrar en ambiente misionero en un clima de serenidad, cultivar la relación humana y comunicación con los compañeros misioneros, el cuidar espacios para la contemplación a solas con “el Señor de la viña”... Doy gracias a mi diócesis que me ayudó a vivir este tiempo con plenitud. Así mismo, durante el curso se abriría un proceso de discernimiento para decidir el lugar de misión al que sería destinado. Aunque antes de comenzar el curso pasé dos meses inolvidables en Nicaragua compartiendo la vida con el Grupo del IEME, a la hora de decidir el destino quise estar disponible (a pesar de mi inclinación por Nicaragua) para ir allá donde hiciera falta. Sabía bien que no se trataba de una “aventura” personal para ir a “disfrutar” de un lugar a mi medida, en

unas condiciones que me satisficieran. Cuando se me presentó Tailandia como posible lugar de destino mi respuesta quería ser “sí” pero era consciente de que el proceso de incorporación al trabajo sería muy lento y doloroso; (comenzando por el estudio de idiomas: inglés, tailandés,...) y mi “equipaje” (mi experiencia y seguridades...) debería ser mínimo. ¿No era demasiado para mí? Pese a toda prudencia humana acepté con la misma actitud de disponibilidad con que recibí la ordenación sacerdotal. De nuevo me sentí llamado y enviado.

Este Congreso es una celebración a la sensibilidad de las diócesis españolas en la acogida, seguimiento y aliento de toda inquietud misionera como un don de Dios desde los primeros balbuceos hasta la formación inmediata previa a la incorporación en el campo de trabajo misionero facilitando un tiempo de plena dedicación sin recortes, ni condiciones, ni cargas pastorales adicionales.

Quizá se puedan dar pasos para que la generosidad de las diócesis, tan patente en el momento del envío, se prolongue en el tiempo mediante estructuras que posibiliten el contacto entre la diócesis y el misionero y sean cauces de comunión eclesial de doble dirección.

2.3. Ante Asia

Aquello que más me asustaba de Asia (las lenguas), vino a ser el mejor camino para ralentizar mis ímpetus pastorales, mis deseos de implicarme con rapidez. Un año largo en Londres para continuar con otro año y varios meses en Bangkok es el precio que pagué para poder comenzar a desenvolverme (aún con muchas dificultades). Es, sin duda, un tiempo de gracia para profundizar en la propia identidad; en la importancia del “ser” por encima del “hacer”. Qué bueno entrar por la puerta pequeña. “Entra en el bosque sin perturbar una brizna de hierba. Entra en el agua sin crear olas” dice un poema asiático. “Oír, ver y callar” nos repetían en el curso de formación misionera.

3. MISIÓN EN ASIA (TAILANDIA)

3.0. Tailandia

Tailandia se encuentra en el Sudeste de Asia. Tailandia significa “Tierra de los hombres libres”, y realmente, a lo largo de la historia ha sido el único país del Sudeste asiático que ha conservado su independencia en relación con potencias o imperios extranjeros.

Su superficie es un poco mayor que la de España. Su población es de unos sesenta millones de habitantes.

Tailandia es un país principalmente agrícola. El arroz es la producción principal. En las últimas décadas la industrialización del país ha tenido un desarrollo no-

table. Las inversiones extranjeras y la industria turística contribuyen a este constante desarrollo. Sin embargo este progreso económico no es igualitario. Se dan contrastes muy pronunciados entre los diferentes niveles de vida.

Desde el año 1932, el reino de Tailandia es una monarquía constitucional. La Asamblea Nacional está formada por el Senado y el Parlamento.

Tailandia es un país budista (corriente hinayana o theravada) desde hace más de 2000 años. El 93% son budistas, el 3% musulmanes y el resto animistas, hindúes y de otras religiones menores. La cultura tailandesa (tradiciones, fiestas, arte) esta empapada del budismo.

3.1. La Iglesia en Tailandia

Los primeros misioneros llegaron a Tailandia a finales del siglo XVI. Actualmente, el número de católicos en Tailandia es alrededor de 300.000 (0,5%). A pesar de su pequeño número, el cristianismo tiene influencia en la vida tailandesa. Los colegios católicos son de los mejores del país. Los hospitales católicos son bien conocidos. Las organizaciones católicas para el desarrollo son apreciadas por su trabajo.

La Iglesia en Tailandia cuenta con diez diócesis. La diócesis de Udon Thani, donde colaboro, fue erigida hace 38 años. Los sacerdotes diocesanos nativos son once. En la diócesis colaboran varias congregaciones de religiosos atendiendo tres zonas pastorales.

El grupo del IEME en Tailandia esta compuesto por cinco miembros. Uno se encuentra en el periodo de aprendizaje del inglés antes de su partida a Tailandia y otro está temporalmente trabajando en la animación misionera de la Iglesia española.

3.2. Características del trabajo misionero

Mi trabajo se lleva a cabo con un pueblo que en general no conoce a Cristo y su evangelio. Me desenvuelvo con total libertad. No hay sospechas ante el misionero. La cultura tailandesa es *tolerante*; evita el enfrentamiento, el conflicto. En las actividades que organizamos con niños y jóvenes (cristianos y budistas) contamos con el apoyo de sus familiares budistas. La convivencia entre los católicos y budistas en los pueblos es de armonía y colaboración. Al organizar alguna celebración especial es normal que muchos budistas ayuden a la Iglesia (con donativos o algún trabajo) y viceversa. Es en la vida cotidiana donde se fragua el “diálogo interreligioso”. Cualquier momento (un viaje, en el mercado, en el hospital, un funeral,...) es ocasión de un primer contacto curioso por saber algo del “monje cristiano extranjero”.

Las comunidades cristianas no son suficientemente maduras. La vinculación afectiva a la fe y a la comunidad es débil. La formación religiosa es superficial. Los vientos de seducción por felicidad inmediata a costa de todo, los conflictos entre feligreses... arrasan sin dificultad con muchos cristianos como plantas sin raíces. Para los budistas, en general, no existe urgencia para salvarse. Si no se consigue en la presente vida, todavía queda otra u otras para enmendarse. Muchos de los cristianos participan también de esta actitud.

En la diócesis de Udon Thani participo de la vida de *grupo con los compañeros del IEME*. El grupo es el punto de referencia inmediato en mi ser misionero: compartimos vida, espiritualidad, formación, reflexión, evaluación, economía... Con los compañeros he aprendido a ser misionero. Ellos son el mejor estímulo para seguir creciendo.

Trabajamos insertos en la Iglesia local. Con el presbiterio local participamos en la responsabilidad de las tareas diocesanas, participamos como iguales en los retiros mensuales para los “diocesanos”. Frecuentemente convivimos con ellos en las parroquias.

3.3. Equilibrios a cuidar

Venimos a trabajar en una diócesis ya establecida. Participamos en la dinámica de trabajo y lugar de ubicación del clero diocesano. Nuestro deseo de gran disponibilidad a la iglesia local puede diluir nuestra identidad misionera y ser instrumentalizados en decisiones carentes de visión. En alguna ocasión hemos contemplado la posibilidad de pedir al obispo la atención pastoral de una zona en exclusiva. Así podríamos marcar un estilo propio. Pero en la reflexión no nos olvidamos que no siempre lo más rápido y fácil es lo más “eficaz”. Nos gustaría participar de una Iglesia ideal, modélica, acabada... y con esta ilusión trabajamos unidos al presbiterio local, pero aceptando su actual estado y su ritmo de maduración.

Encarnados y transitorios. Vivimos la tensión entre el deseo de formar parte de este pueblo tailandés (a pesar de nuestras muchas limitaciones) asumiendo su lengua, valores, estilo de vida, costumbres... y ser transitorios, subsidiarios. En el grupo nos ayudamos a no estrechar horizontes de la misión. Prestamos especial interés a los países vecinos de Tailandia. Laos, en particular, nos está muy presente por su cercanía geográfica, cultural y por la situación de la Iglesia que sufre en silencio la represión de un régimen comunista cerrado.

Parroquias y tensión “ad gentes”. Asumimos la responsabilidad de atención de parroquias pues entendemos que es una plataforma válida para trabajar en primera evangelización. La parroquia nos concede una identidad clara y necesaria en el encuentro con la gran mayoría de personas budistas que nos rodean. La atención a las pequeñas y dispersas comunidades cristianas y la falta de agentes de pastoral formados nos exige una dedicación grande. Se corre el peligro de relegar el com-

promiso *ad gentes*. Es necesario insistir en dinamizar misioneramente a las pequeñas comunidades cristianas con las que vivimos y trabajamos asumiendo la misión como tarea comunitaria. Hoy no caben “francotiradores” en la misión.

Inculturación y catolicidad. Ante la tendencia de la Iglesia local de imitar formas occidentales de vivir el cristianismo, intentamos animar a superar meras apariencias de catolicidad para ayudar a comprender que es lo concreto, lo particular vivido intensamente, lo que nos proyecta a la universalidad. No tiene ningún sentido el que los misioneros promuevan formas de inculturación ajenos a los agentes locales. A veces celebro la misa en una mesa pequeña y baja, como la que utilizan para las comidas. Cuando uso esta mesa la gente dice “y hoy celebramos la misa a lo extranjero!” porque a los misioneros nos gusta usar este estilo inculturado.

3.4. Asia; maestra de misioneros

España ha aportado mucho a América durante cinco siglos. En América Latina raramente preguntarán al misionero español sobre su nacionalidad; se presupone. Actualmente la influencia de España en América sigue siendo grande. En Asia, sin embargo, es recomendable responder que soy de Europa. No nos conocen. La nacionalidad española no es una “*tarjeta de identidad*” en Asia (a excepción de Filipinas); ni para bien ni para mal. Asia invita al misionero a despojarse de todo tinte colonialista y connotaciones históricas y de todo condimento que desnaturaliza el sabor genuino del evangelio.

La gran riqueza cultural de Asia, lugar de nacimiento de las grandes religiones, acentúa la necesidad de *formación previa* antes del trabajo misionero en Asia. La buena voluntad quizá no me es suficiente para adentrarme en los conceptos filosóficos, antropológicos, religiosos y sociales de Asia. La planta del respeto, actitud esencial de todo misionero, echa raíces en una formación seria, profunda y actualizada para acercarse al núcleo de las preocupaciones claves de una civilización, para conocer el alma, las aspiraciones profundas de nuestras gentes.

No es posible situarse ante Asia y no dar pasos en *humildad*, en saberse pobre y desde ahí comenzar un proceso de “*iniciación*” (en sentido religioso) de la mano de la maestra Asia. Se hace imprescindible desarrollar una espiritualidad de encarnación, de “*kénosis*” no sólo durante el periodo largo de preparación e inserción en las situaciones misioneras sino constantemente, como actitud de apertura, para dejarse impactar por las llamadas de la realidad, “*dejarse hacer*”, dejarse evangelizar. No se trata tanto de *encarnarse con los pobres* como de *encarnarse con actitud de pobre* para hacerme “*todo para todos*”. La sociedad tailandesa es muy sacralizada y la jerarquía es un valor (social y eclesial). No es fácil describir esto de manera que sea comprensible para un español empapado en una sociedad secularizada e igualitaria. Describir no es fácil pero el vivir inmerso en él y querer inculturarse es más difícil aún. Y como reconocimiento a mis esfuerzos recibo el título de “*extranjero perpetuo*”, “*siempre diferente*”. La lengua tailandesa, el dialecto

to local (entre otros muchos aspectos) me resitúan constantemente alejándome de actitudes prepotentes y neocolonizadoras.

Asia reclama un compromiso sólido y permanente; “de por vida”. El esfuerzo de inculturación es muy exigente. Una colaboración misionera de unos pocos años bien podría ser calificada como “de visita”.

Los tailandeses, desde los más sencillos hasta los monjes budistas, dicen con frecuencia: “Todas las religiones son buenas”. Esta frase cortés recurre al deseo de convivencia tolerante entre las religiones para relativizar y acallar el discurso religioso del misionero. En la presentación del mensaje sobran palabras y necesita un testimonio con mayor coherencia. No se transmite ni incultura ningún valor que no sea vivido. Asia necesita testigos (y en muchas ocasiones “testigos mudos”) en actitud martirial ante toda ansia de rendimiento o eficacia palpable.

4. EL CANTO DEL ORIENTE.

INTERPELACIONES QUE ASIA SUSURRA A LA IGLESIA

Dios ha compuesto una hermosa sinfonía que está aún por estrenar. A cada uno nos ha regalado una voz maravillosa. Para interpretar la partitura son necesarias todas las voces particulares, que quedaran superadas en su armonización conjunta.

Juan Pablo II ha expresado su deseo de que el tercer milenio sea el milenio de Asia “donde se pueda recoger una gran cosecha de fe” (E.A. 1). Es de agradecer esta expresión optimista. Sí, es posible que a lo largo del milenio el número de conversos aumente, sin embargo este aspecto cuantitativo es insignificante respecto a la gran *contribución cualitativa* que Asia puede regalar a la Iglesia.

¿Por qué los occidentales se interesan en la espiritualidad oriental? Los motivos son complejos pero sin duda hay una atracción por unos valores que quizá, y a pesar del gran legado y actual vitalidad de la tradición monástica en Europa (y especialmente en España), no parecen accesibles en nuestra vivencia cristiana. Oriente nos puede ayudar a reconocer nuestras carencias y purificarnos del orgullo de poseer la “exclusiva”.

Oriente tiene una canción que cantar. También Occidente. “Cada religión es una hermosa melodía”. Pero faltan oídos atentos a la escucha. No hay deseo sincero de diálogo. Juan Pablo II anima a dar pasos en la apertura: “El diálogo interreligioso es parte de la misión evangelizadora, una expresión de la misión *ad gentes*” (E.A. 31).

He aquí algunos “esbozos musicales” que desde el lejano Oriente nos llegan hasta nosotros como un débil susurro.

“La elección del mayor”

La edad es un valor muy importante en la cultura tailandesa. En las celebraciones litúrgicas solemos saludar a los fieles no como “hermanos y hermanas”, sino como “mayores y menores”. La edad presupone experiencia, sabiduría, responsabilidad... Es por ello que el menor de edad deberá expresar respeto a los mayores en todas las circunstancias. El mayor goza de más privilegios y derechos que el menor.

Al preguntar en España por quien de dos mellizos es el mayor la respuesta es obvia: “Este es mayor pues nació antes”. En Tailandia la respuesta es rápida también: “Este es el mayor pues nació después”. En el resquicio que abre esta respuesta se entrevé el alma oriental. El mayor lo es porque eligió permanecer en el silencio del vientre materno por más tiempo. Prefirió el gozo de vivir en el misterio del amor de madre que le envolvía a todo aquello que ya presentía bullir en el “exterior”.

No nos debería extrañar esta respuesta a los que conocemos la alabanza del asiático Jesús a María, la que encontró en la escucha contemplativa del Maestro una parte mucho mejor que la de su afanada y nerviosa hermana Marta. Marta, y con ella el Occidente, se alía con la técnica para conquistar y transformar “hacia el exterior”. María, el Oriente, acepta y soporta. Dirige su energía “hacia el interior”.

“En Dios vivimos, nos movemos y existimos”

Recientemente leía unos poemas de un monje budista de Tailandia. En uno de los textos pregunta sencillamente al lector: “¿El *espíritu* está en el *cuerpo* o el *cuerpo* está en el *espíritu*?” La traducción no es fácil pero creo que podemos intuir su planteamiento. La respuesta no es fruto de un esfuerzo cerebral. Respondemos cada día con nuestras inclinaciones, prioridades, preocupaciones, valores, nuestro posicionamiento al sentido de la vida, a las actitudes, una filosofía de la vida...

“El espíritu está en el cuerpo” responderá aquel que imbuido en la cultura occidental coloca el sentido de la vida en satisfacer las necesidades corporales básicas tanto propias como ajenas. Se presupone que la satisfacción de las necesidades corporales conlleva la posibilidad de una vida en el espíritu. El espíritu, pues, queda “encorsetado” a unos moldes prefijados. La materialidad externa es entendida como condición para la actuación del espíritu.

La respuesta genuina de Oriente es: “El cuerpo está en el espíritu”. El protagonismo es del espíritu que, como el viento, siempre sorprende por su incontrolable novedad, dinamismo y superación de toda lógica. “El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada” (Jn 6,63). Cuando el interior está en orden todos los demás problemas se debilitan. Hacerse consciente de vivir en el espíritu determina la forma de vida y trabajo.

Esto afecta al trabajo misionero, a la comprensión del sentido de la Misión. Funcionamos, muchas veces, para solucionar problemas del cuerpo o de los “cuerpos de los proyectos de promoción”... y nos olvidamos de los problemas hondos y profundos del espíritu de aquellos a los que somos enviados. La Iglesia en Tailandia (y en Asia) es conocida por sus proyectos a favor de la educación, la salud, del bien común... Pero la gente no se inmuta ante estas estructuras suntuosas; los corazones sólo se dejan tocar con la hondura religiosa. La Iglesia occidental ha llevado a Asia mucha actividad, pero Asia también necesita la dimensión contemplativa de todas las actividades.

“Abandonar para crecer”

El maestro Lin Chi dijo: “Mantente atento. Si encuentras a Buda, imátale!”. “Mata al Buda” quiere decir: mata la noción que tienes del Buda. Mata la comprensión que posees de Jesús. Tenemos que crecer, de lo contrario moriremos en nuestro camino espiritual. Cuando subimos por una escalera, a no ser que abandonemos el escalón más bajo, no podremos llegar hasta el más alto. En el círculo budista se habla de la importancia de abandonar conocimientos pues el conocimiento, al apegarnos a él, puede ser un obstáculo.

San Juan de la Cruz nos invita a entrar en un proceso de purificación del entendimiento, memoria, voluntad... El almacén de la memoria nos hace ricos de recuerdos y seguros ante el porvenir. En la posesión no hay esperanza porque solo se espera lo que no se posee. Las distracciones, los “agarraderos” de la memoria, nos hacen perder la cita con la vida. La vida sólo puede alcanzarse en el momento presente, con una memoria purificada.

“El gran Buda de oro”

A los pocos meses de residir en Bangkok, durante el estudio de la lengua, me acerque a un templo budista, cercano a la estación de trenes (Wat Traimit). El templo es pequeño pero guarda un estatua de Buda de oro macizo (unas cinco toneladas). La historia es sugerente:

“Se cree que la estatua fue recubierta de yeso con el fin de ocultar su auténtico valor durante una de las invasiones de los birmanos (hace unos 250 años). De esta forma “el provisional Buda” evitó el saqueo del Buda de oro. Así, recubierto por esta corteza de yeso, el Buda pasó sonriendo muchos, muchos años. La gente se olvidó del tesoro que escondía esa enorme estatua. A unos les parecía una bella obra de arte y no escatimaban adjetivos. El Buda (el real) sonreía sereno. A otros les parecía que no tenía ningún valor; que era vasto. El Buda (no el de yeso) sonreía.

Hace unos cuarenta años decidieron recolocar la estatua en otra capilla. Durante el traslado la estatua tropezó y el yeso se resquebrajó. Aquel accidente vino a desvelar lo que nunca se podían haber imaginado: “el gran Buda de oro”. No se

trataba de nada nuevo. Siempre estuvo ahí, silencioso y paciente, dueño de sí mismo, sin pretender demostrar nada. Sabía que no era más o menos por las alabanzas o la indiferencia de los que no veían más allá del yeso”.

Cuántos valores incalculables en Oriente y en Occidente permanecen camuflados en las cortezas de los prejuicios, de aislamientos, de exclusivismos... Es preciso “resquebrajar” estas cortezas para descubrirnos mutuamente las riquezas y ofrecerlas como dones tal y como hicieron “los magos del Oriente”.

La Iglesia española tiene un canto que cantar en Asia. Ojalá que la brújula que orienta la misión en España gire dócil al canto del Espíritu en Oriente.

El profeta Baruc alentaba al pueblo de Israel con estas palabras: “Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia Oriente (...), a la voz del Espíritu” (Baruc, 5,5). Posiblemente, el mensaje del profeta hoy, entre nosotros, no sería muy diferente: “Ponte en pie, Iglesia en España, sube a la altura, mira hacia Oriente, a la voz del Espíritu”.

UN "JOVEN" MISIONERO DE 90 AÑOS

P. Luis RUIZ SUÁREZ, S.J.
Misionero. Macao

Soy un Jesuita nacido en Gijón el 21 de septiembre de 1913.

En 1930 ingresé en el Noviciado de Salamanca y, el año 1932, al disolverse la Compañía, fui expulsado de España. En Bélgica termine el Noviciado y los estudios de Humanidades y Filosofía. Después de los primeros votos, ya pedí y obtuve el ser destinado a la Misión de China. Debido a las convulsiones de guerras de aquel tiempo, fui enviado el año 1937 a Cuba, para los años de Magisterio.

En 1941, tuve, por fin, luz verde para poder viajar de La Habana a San Francisco y por barco, a Hawai, Japón y Shanghai, a donde llegué en Agosto de 1941, aprendiendo inglés en mi largo viaje por el Pacífico.

Inmediatamente, salí para Pekín para el estudio de dos años de chino Pero, sobrevino la guerra entre Japón y EEUU en el Pacífico y me tuve que contentar con un año solo de chino, volviendo apresuradamente a Shanghai para los estudios de Teología, en medio de los bombardeos de los aviones americanos a las bases japonesas de Shanghai.

En 1945 me cayó el premio gordo con la ordenación sacerdotal de manos de un Obispo chino. A continuación hice la Tercera Probación en Wuhu, provincia de Anhwei.

En 1947 empecé mis trabajos como profesor de inglés en Anking y visitando los centros de misión a lo largo de la Diócesis de Anking.

Caminaba a pie 60, 70 y hasta 80 Kilómetros, pues era el tiempo de la ocupación japonesa y en nuestra zona no había transportes. Eran tiempos peligrosos, pues las guerrillas comunistas ya andaban por los alrededores.

En 1949 las tropas comunistas llegaron a Anking. Después de unos meses, en una sola mañana, no hallando cristianos que quisiesen acusar a los misioneros, cerraron el centro de la Misión de Anking, quedando en la cárcel los padres respon-

sables junto con el Arzobispo, Mons. Melendro, y el Superior de la Misión. Los demás quedaron prisioneros en su propia casa.

En este tiempo, ocupándome de la huerta, cogí una tifoidea muy grave, y aunque estaba al cuidado de nuestro santo hermano enfermero, pero no tenía ni médico, ni medicinas. Al final, en septiembre de 1951, me permitieron trasladarme al Hospital de Shanghai. Una vez curado de la fiebre, tuve que salir expulsado de China, y el 1° de Noviembre de 1951 vine a Macao para recobrar la salud perdida.

MACAO. NUEVA VIDA - NUEVA MISIÓN

He aprendido a vivir de fe, con confianza ilimitada en Él, apoyándome en aquello: «Sin mi, nada puedes; pero conmigo, todo lo puedes». Y esto lo he experimentado todos los días en mis 52 años de Macao.

Macao en el año 1951, era colonia portuguesa, una ciudad muy pobre y con escasas decenas de millares de habitantes. Durante la guerra del Pacífico y ocupación de Hong Kong por los japoneses, Macao tuvo muchos refugiados; pero, terminada la contienda, se volvieron a Hong Kong. Los que en los años 1949 a 1951 iban llegando a Macao, eran los chinos del Norte, que huían de las tropas comunistas. Gentes que llegaban con lo que tenían puesto, sin lengua para comunicarse con los cantoneses, sin trabajo para vivir dignamente, sin escuelas para los niños; y, en medio de ellos, me encontré yo, con mi mandarín para poder comunicarme con ellos; pero también, sin dinero.

Empece a encontrar contactos en Macao para obtener alimentos y, pronto, algunas organizaciones americanas comenzaron a enviarme arroz, harina y otras cosas que fuimos repartiendo entre los refugiados. Se pensó en cómo encontrar algún trabajo para las familias que sólo hablaban el chino mandarín.

Se encontraron unas maquinitas para fabricar medias de nylon pero había que procurarles las máquinas y el material inicial. Pero con sólo esto ya empezaron a rehacer sus vidas. En aquellos años yo hacía de todo, hasta de cargador de sacos de arroz, pero era feliz. Así me iba poniendo en contacto con muchos refugiados, encontrándoles casas viejas de renta muy baja y preocupándome de la educación de los niños que no podían frecuentar las escuelas tradicionales por falta de dinero o desconocimiento de cantonés.

Fue el humilde nacimiento del hoy famoso «Colegio Ricci»: una gran casa de dos pisos al lado de la bahía y en posición envidiable. La mitad de la casa estaba habitada por una familia mexicana que accedió a mi petición de trasladarse a otro piso para poder abrir allí una escuelita para los niños refugiados. La familia mexicana aceptó la idea y, en poco tiempo, la escuelita empezó a funcionar en mandarín. Todos los profesores eran también refugiados y sin trabajo. Recuerdo que el pago era de 3 patacas al mes y el salario del profesor de 60 patacas (unas 1360 Pts).

Se empezó, entonces, a organizar la distribución mensual de arroz, fideos y otros alimentos a fin de que los niños pudieran ir a la escuela, no a trabajar para sus padres.

Con todo esto nuestra «Casa Ricci», un sencillo viejo pabellón de dos pisos, bastante amplio, se fue haciendo famoso. En el segundo piso vivíamos los Padres misioneros venidos de China, y abajo estaban las oficinas para auxiliar a los pobres. Este fue el principio de la «Cáritas» de Macao.

Entre toda esta barahúnda de actividades no hay que olvidar que, nada más llegar a Macao, quedé admirado de encontrar al lado de mi casa una gran Iglesia cerrada, excepto los viernes, siendo así que ya había muy cerca un centro de refugiados portugueses de lengua inglesa sin ninguna atención espiritual. La gente de Macao no hablaba inglés. Así que solicité al Obispo que nos prestara la Iglesia para los refugiados portugueses y chinos, empezando enseguida los servicios religiosos para los refugiados portugueses y chinos; en inglés primero y en mandarín después. En 1952 teníamos organizada la catequesis nocturna en lengua mandarín en la «Casa Ricci».

A este sistema, yo le llamo «Evangelio de la Caridad»: Como Cristo, que iba haciendo el bien por todas partes y luego anunciaba la Buena Nueva. Los primeros bautizados fueron en las Navidades de 1952 y el número siguió creciendo, llegando hasta a unos 5000 bautizados que, luego, se han ido dispersándose por todo el mundo.

El número de personas que querían conocer nuestra vida fue aumentando y se multiplicaron las clases y catequistas en la «Casa Ricci», yendo en aumento con los años. El dar clases de catecismo por las noches era mi trabajo más importante.

En medio de estas ocupaciones, un día se presenta en mi oficina un policía con unas 5 personas casi sin ropas. Habían llegado de China a Macao nadando o flotando en el río de las Perlas y me pedía que les ayudara. Este fue el comienzo de la operación «Fuga». Todos los días por la mañana, llegaban grupos de grandes o pequeños enviados por la policía en busca de ropas, comida, refugio; y el Señor, por muchos años, nos consiguió todo eso.

En el distrito de Macao, llamado la Isla Verde, en donde vivían muchas familias de refugiados, encontré un caserón en donde les dábamos a los «fugados» todo lo necesario durante 15 días; pues todos los días iban llegando gentes nuevas. Algunos morían en la travesía.

Estos años, de 1955 a 1970, fueron muy felices, de mucha actividad caritativa: dando cuidados, sonrisas, amor a raudales y, a la noche, enseñando el catecismo, dando a Cristo. Pero en 1969 a 1970 se acabó todo esto pues la política andaba por otros derroteros. China intervino en los problemas de Macao y declaró a Macao territorio chino sólo bajo administración portuguesa. Esto quería decir que ya no podía haber refugiados chinos en el territorio chino de Macao.

Los nadadores que llegaban a Macao ya eran refugiados ilegales a los que no se podía ayudar. Aunque, era claro que, para la caridad de Cristo, no había legales o ilegales. En la «Casa Ricci» continuamos las ayudas de alimentos, ropas, etc. a las familias pobres y se socorría al necesitado, sin preguntar de donde venía.

Y fue entonces cuando me vino una inspiración de ayudar a la tercera edad, pues algunos refugiados llevaban 20 años en Macao y había entre ellos muchos ancianos. El viejo caserón de los refugiados, se convirtió así en el «Asilo Betania» para hombres; una casa que me regalaron, en «Asilo Santa María» para mujeres; el edificio viejo de una escuela, se convirtió en «Asilo Carmo» para hombres con problemas; y un dormitorio abandonado, en el embrión de lo que años más tarde había de ser el «Centro de San Luis» para retrasados mentales.

Todas estas iniciativas fueron secundadas por cristianos fervorosos que ayudaron a fundar y dirigir estas obras necesarias, dada la suma pobreza en que se vivía. El título de prioridad para entrar en estos centros y asilos era: «No tener a nadie y no tener nada». Mas con el tiempo estas obras fueron mejorando, conforme la «Cáritas» de Macao fue encontrando cooperación del gobierno. Solamente en 1989 el Señor me envió las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, fundadas por la Madre Rafols, que se han hecho cargo de estas obras con amor.

En 1975-76, aparecieron en Macao las primeras lanchas de refugiados vietnamitas. Fueron acogidos con cariño y el centro de San Luis empezó a cocinar para ellos, gracias a la ayuda que nos prestaba las Naciones Unidas. Estos refugiados fueron aceptados muy pronto en EEUU. Muchas lanchas, llenas a tope, continuaron llegando a Macao y la policía descubrió que eran vietnamitas venidos de China, con lo cual ya no eran propiamente refugiados y las Naciones Unidas no les daban de comer.

Pero estos cientos de personas, que en momentos llegaron a 7000, hacinados en sus barcas, eran personas humanas, estaban en mis manos y yo no podía dejar de alimentarlos. Con la ayuda de mis Asilos y creando cocinas para el arroz en el mismo embarcadero, se llegó a darles dos comidas calientes diarias. El mayor problema era el repartir la comida entre aquella muchedumbre; pero la caridad llega a todo. Al final, un tifón destruyó las barcas y las pobres gentes tuvieron que saltar a tierra y dormir en el santo suelo, a la intemperie. Entonces, el gobierno tuvo que hacerse cargo del problema y se organizaron tres campos bajo nuestros cuidados. Con el tiempo, todos fueron aceptados por varios países.

En 1986, con ocasión del gran terremoto que asoló la provincia de Yunnan, volví a entrar en China. Al pasar por la provincia de Guangdong, me encontré con un santo y celoso sacerdote, el Padre Lino Wong, quien me introdujo en el mundo olvidado de los leprosos. Mi primera visita a la leprosería de Tai Kam fue impresionante. Situada en una isleta a una hora del continente, se llegaba a ella en un barquito de pesca y con un mar de gran oleaje. Yo iba preparado con cigarrillos para regalárselos. Llegados bien de mañana al desembarcadero, azotado por las olas, los 200 enfermos ya nos estaban esperando. Quería darles un apretón de manos, pero muchos no tenían manos, ni podían coger los cigarrillos que les ofrecía. Tuve que encender el cigarrillo en mi boca y pasarlo a la boca del leproso que después lo cogía, con los muñones. La impresión: muy triste. Les regalamos muchas cosas de comer y el con sabido regalo chino, el sobrecito rojo con aguinaldo. Admiré toda la miseria que se

palpaba y sentí el abandono en que vivían alejados de todo contacto humano. Los empleados del gobierno, de bata blanca, se paseaban entre ellos, sin hacer nada.

Celebré, al final, la Misa con el Padre Lino para un buen grupo de cristianos que rezaban y cantaban con fervor y eso me lleno de consuelo. Hice después, más tarde, varias visitas peligrosas a ese centro en lanchas «voladoras» y con mar gruesa y me hice amigo del Director del centro quien se quejaba de que nadie quería ir a trabajar allí. Yo le respondí: «No me extraña. Pero yo tengo gente que quiere venir a trabajar aquí». Se quedó muy admirado y me dijo: «Enviéme las». Yo le dije: «Tengo 24 hermanas religiosas que trabajan conmigo en Macao. Páseles una invitación y vendrán».

El gobierno local pasó una invitación y cuatro hermanas de la Caridad de Santa Ana, una de Sevilla y tres de la India, se sepultaron en aquella tristísima isla. En cinco años de oculta tarea, aquel centro sucio y abandonado con leprosos hambrientos, la peor de todas las leproserías de China, como me confesó un doctor de Cantón, es hoy la mejor de todas: con pacientes alegres y felices, bien limpios, renovadas sus estructuras totalmente; bien vestidos y comidos, causando la admiración del gobierno que va mandando enfermos de otras leproserías a ese centro para ser curados en él. Ha sido el milagro del amor y la caridad. Este centro es ahora una irradiación de la fe que con las obras penetra los corazones. Las conversiones se multiplican. «Obras son amores». Las palabras de Cristo: «Si no creéis en mis palabras, creed en mis obras».

Entre visita y visita, fuimos recorriendo todas las leproserías de la provincia de Guangdong; algunas situadas en lugares imposibles. Solamente, por sendero de cabras, se llega hasta allí. Con sol o con agua, llevábamos consuelo, esperanza de una vida mejor; agua, electricidad, casas, prótesis, y, sobre todo, amor. En un momento dado, un doctor muy estimado en China me encontró y me dijo que en el Nordeste de China los leprosos estaban mucho peor. Eso me dio ánimo para emprender la visita a esas regiones.

«No hay más que ver para comprender», suelo yo repetir. Efectivamente, fui y quede espantado; no podía creer lo que estaba viendo. Las leproserías se hallaban bien lejos de las ciudades, a 30 o más kilómetros, por caminos escabrosos o montañosos, sin agua para beber, sin electricidad, en casas derruidas; los pacientes vestidos con ropas andrajosas y recibiendo 30 Piastras chinas o 3,75 Euros por mes para comer y vivir, y, en el mejor de los casos, 60 Piastras o 7,50 Euros. Toda otra necesidad la tienen que extraer de la tierra con sus muñones, algunos enteramente sin manos ni piernas. Al ver esta visión, uno no puede quedarse cruzado de brazos y decirles: «¡Que Dios os ampare!».

Una leprosería está al fondo de una caverna, como en el fondo de un tazón abierto en la montaña, sin camino para bajar y subir, sólo existe hoy un vericuetto a la vera de la montaña rocosa. Por allí bajé con mucha dificultad para ver a los leprosos aún presentes y que hace 40 años fueron descendidos hasta aquella fosa con cuerdas; y volví a subir, a mis 86 años, en un *via crucis* de 30 estaciones. Llegué a la cima extenuado.

Realmente, repito, hay que ver para comprender y motivarse. Hoy estamos haciendo todo lo posible para cambiar las vidas, que no son vidas, de estos leprosos: trayéndoles agua y electricidad, renovando en lo posible el pueblo, haciendo casas nuevas para los imposibilitados y trayéndoles hermanas religiosas que dan amor, que es lo que más necesitan. Ya tenemos, gracias a Dios, 12 centros con hermanas.

Los últimos años, hemos ido recorriendo 13 provincias de China, visitando más de cien centros con 10.000 leprosos. Un día llegué a la puerta de una leprosería y me recibió un leproso que me saludó diciendo: «¡Tengo hambre!». Ésta es la silenciosa tragedia de la mayor parte de las leproserías del Noroeste de China. Comer con 3,7 Euros, o aun con 7 Euros, no es ni media comida; por eso «Casa Ricci» envía mensualmente 5 Euros a 6000 enfermos para que puedan alimentarse. Una suma que equivale a 30.000 Euros al mes.

Las familias de los leprosos también tienen hijos que han ido creciendo sin educación y rechazados por la sociedad. Me han causado mucha pena. Así que empezamos a preocuparnos de ellos. Hoy ya hay 1900 niños a quienes ayudamos a estudiar y a comer desde la escuela primaria hasta la universidad.

Es consolador leer la carta de un joven de familia leprosa que ya estudia en la Escuela Normal y que me escribe diciendo que desea ser «ingeniero de almas», es decir, maestro.

Hay mucho trabajo aún por hacer y hay que pedir al Señor que continúe dando los medios materiales, con la fe y la confianza en su amor de Padre; y que nosotros seamos la luz de las gentes e instrumento creador de felicidad.

No hay nada más feliz que hacer felices a los demás. Las autoridades chinas se quedan admiradas de la transformación que lleva a cabo el amor de las Hermanas a los enfermos. Y a nosotros no nos queda más remedio que volver a decir todos los días: «Gracias, Señor, por permitirnos estar en tu presencia y servirte». Hay que recordar las palabras del Señor: «Me disteis de comer, de beber...»

Al final, salta la pregunta de siempre: «¿Cómo ha hecho eso?» Y mi respuesta sencilla es: «No lo sé, ni lo quiero saber. Me basta saber que lo está haciendo el Señor».

Empecé mi apostolado con 200 Dólares de Hong Kong en el bolsillo. Un regalo mensual de un amigo de Hong Kong y con fe en la palabra de Jesús: «Dad y se os dará», se llega al día de hoy en que «Casa Ricci» envía a los leprosos, a veces más de 120.000 Euros al mes. Al dinero en Macao se le llama «agua»; nuestro Buen Padre, que es también de todos los leprosos, hace llover todos los días, unas veces muy fino, y otras veces lluvias torrenciales.

Todo esto es su trabajo. Para mí, es una alegría inmensa hacer feliz a la gente y en la gente a Dios.

LOS COMPROMISOS EVANGÉLICOS DE LA VIDA RELIGIOSA EN MICRONESIA

Hna. Rosario ARBERAS

Misioneras Mercedarias de Berriz en Micronesia

Hablar hoy día de los compromisos de la vida religiosa es un reto difícil y más aún en las islas remotas del Pacífico...

Somos una parte insignificante en el mundo... infinidad de islas diminutas, perdidas en el inmenso Océano Pacífico (la tercera parte del globo de la tierra) pero despoblado, con menos de 2 millones de habitantes, perdidos, ignorados... Aunque en las islas Marianas, gozan ya de tres siglos de Cristianismo, en las islas Carolinas, no contamos más que con un siglo. En Pohnpei, el primer cristiano, Isidro, fue bautizado hace cien años.

En Micronesia, la preocupación por el anuncio de Jesucristo, con palabras y con hechos, es compulsiva.

La vida religiosa en sí misma, *es misión*, evangelización, es decir, *hacer resaltar la vida de Jesús en nuestras vidas, para ayudar a todo ser humano, a través de la oración y la acción, a crecer en conocimiento de Dios Padre-Madre y su proyecto de vida en plenitud para toda la humanidad.*

Los compromisos de la vida religiosa hoy, no pueden ser simplemente, los tres votos clásicos. La sociedad nos exige mucho más y si analizamos la vida de Jesús, vemos que El se comprometió de muchas maneras.

Uno de los misioneros, con quien yo he convivido muchos años de mi vida en Pohnpei, considera en la vida religiosa seis compromisos: Contemplación, Oración, Pobreza, Celibato, Obediencia y Comunidad. Yo añado uno más... que es lo que caracteriza a nuestro Instituto de Mercedarias Misioneras de Berriz, el “permanecer en misión y dar la vida si fuere necesario por ellos.”

CONTEMPLACIÓN

Cuando los misioneros llegamos a la misión, lo primero que tenemos que hacer es aprender su lengua, conocer el pueblo, su cultura y costumbres. Yo le llamo, época contemplativa. Dios se nos manifiesta a través de las costumbres y modo de vivir de cada pueblo. Dios está presente en su cultura y *estamos invitados a saber encontrarle*.

El aspecto contemplativo de la misión consiste en contemplar a Jesús para aprender de El, los caminos de la misión. Se nos pide que hagamos visible esta misión de Jesús en las realidades contemporáneas de Micronesia.

Mi primera experiencia de éste encontrar a Dios, fué en una ceremonia, que en Pohnpei se llama “*tohw*”, o *reconciliación*, donde se ofrece el “*sakao*”, bebida narcótica y sagrada, que no puede faltar en ninguna ceremonia importante.

La situación fue la siguiente: Dos jóvenes tuvieron una discusión fuerte; uno de ellos saco su cuchillo y mató al otro.

Inmediatamente, la familia del criminal preparó el “*sakao*” y fue a pedir perdón y ofrecer su reconciliación, a la familia de la víctima. Si la familia acepta la bebida... significa que perdona. El pueblo también presencia este acontecimiento.

Es impresionante ver al padre o a la persona de más autoridad de las dos familias, actuar con solemnidad y nobleza de espíritu: uno ofreciendo inclinado, humildemente, la bebida... y el otro aceptándola y bebiendo el “*sakao*”.

Fue mi primera experiencia, no solo *de sentir el perdón de Dios Padre, sino de su gran poder de cambiar “los corazones de piedra en corazones de perdón”*.

Pero aún más... El criminal fue adoptado por la familia de la víctima, para ocupar su lugar y asegurar el que nadie le persiguiera. ¿Se puede pedir más?

Contemplar a Dios en el corazón de las culturas e historias de los pueblos, es el primer compromiso de la vida religiosa.

ORACIÓN

Nadie duda de que el misioner@ hace oración, pero se necesita algo más. Hay momentos en la vida misionera en los que se experimenta la impotencia humana y la necesidad de Dios. Son momentos en los que se aprende de verdad, a orar con esa intimidad de verdadero Amigo.

Fui destinada a una misión, Kitti, a ocho horas de distancia del centro de la Misión sin otro medio de comunicación que por mar. Ahí permanecíamos incomunicadas durante seis meses o más. Dominaba la lengua y me ayudaban dos hermanas

nativas, a llevar la única escuela elemental del lugar, sin conocer las costumbres, ni la gente de aquella misión.

Nunca olvidare *la necesidad de comunicación* que sentía y como a las noches antes a ir a descansar, iba a la capilla a hablar con Dios, a escucharle y aprender de El, recibir su luz para aprender a vivir en aquel ambiente desconocido. Fueron años duros de aislamiento y soledad..., años en los que sentí mi nada, mi pobreza... incapacidad..., el despojo de todo. Pero creo que aprendí a confiar... a experimentar esa *intimidad con Dios* y con las hermanas en comunidad... Intimidad que da entusiasmo para seguir adelante, porque la presencia de Dios engendra paz y alegría.

POBREZA

¡Qué difícil es sentirse pobre entre los pobres!

Los misioneros hemos llevado con nosotros el lastre de una cultura superior, de colonizadores, imponiendo nuestras costumbres en lugar de predicar un Evangelio limpio, centrado únicamente en las enseñanzas y vida de Jesucristo.

Nuestros principios en la evangelización han influido en los indígenas hacia un sentimiento de inferioridad.

Por eso hoy como medio para la encarnación del Evangelio en la islas Carolinas y Marshall, *la indigenización es nuestra meta misionera*.

Los misioneros hemos de mostrar aprecio hacia su sociedad y sus valores culturales, hacernos uno con ellos, dándoles la oportunidad de que ellos sean los que nos guíen y asuman la responsabilidad de la indigenización de la Iglesia y de la sociedad. Su autoconfianza es el recurso interno en el que se apoya todo el desarrollo de Micronesia.

Debemos saber que la actitud del misionero de hoy es de ocupar el segundo lugar, dar apoyo y confianza y seguir compartiendo el amor de un Padre/Madre misericordioso que nos ama y perdona siempre.

Micronesia siempre ha estado abierta a todos los pueblos y es proverbial su hospitalidad y acogida, los misioneros somos invitados a mantener este espíritu que implica vivir la unidad en la diversidad, la sencillez de vida y a vivir con ellos la ética de lo suficiente.

CELIBATO

En Pohnpei, el objetivo de la vida de la mujer es *ser madre*. No se comprende que una joven sea virgen y no tenga hijos. Estos son la seguridad del futuro.

Ante ésta valoración de “ser madres” como fuente de vida, nos comprometemos, con amor célibe a entregar toda nuestro ser, *en defensa de la vida*, de cuidarla

y potenciarla, de una vida mas plena, de un amor tierno y fiel, sobre todo de las personas más marginadas y menos favorecidas, con *el deseo de que todos tengan vida en abundancia*.

Nos dedicamos a la educación de los valores humanos y a *la formación profesional de la mujer, promoviendo unas relaciones inclusivas, universales, especialmente a las menos favorecidas*. Esta Escuela Profesional, es abierta a las jóvenes marginadas de las distintas culturas y religiones.

Cuando yo llegué a Pohnpei, las MMB's abrimos una escuela secundaria. Los misioneros nos mandaban chicas a docenas, siempre con la esperanza de que mientras se preparaban en la escuela conocerían el camino de la vida religiosa.

Gracias a aquellos principios hoy tenemos *26 Hermanas profesas y 13 en formación. Una de las comunidades, en Palau, es totalmente indígena y en las demás comunidades, la mayoría son micronesias*.

En la Diócesis de las Carolinas y Marshall tenemos ya, el primer Obispo nativo, con 10 sacerdotes, 6 seminaristas y más de 24 diáconos casados, que son Párrocos de sus distritos o Parroquias. Los Jesuitas, cuentan también, con seis sacerdotes y un Hermano nativos.

La vida de placer y sexualidad, que afecta a la sociedad de hoy, también existe en Micronesia y hace que la juventud en búsqueda de placer, se haga egoísta, ignorando los principios básicos de su cultura como son; la familia, *el compartir* y la solidaridad, que les caracteriza.

Nuestro celibato puede ser una vía de respuesta en amor gratuito, de entrega y también fecundo.

OBEDIENCIA

La obediencia hoy, es una búsqueda de la voluntad de Dios Padre-Madre que se manifiesta en el grupo, sea en comunidad parroquial, comunidad MMB, o de equipo. Esta obediencia al grupo nos insta a estar abiertas al dialogo y al compartir las experiencias, los problemas, para escuchar la palabra de Dios a través de los valores de sus culturas.

L@s que formamos estos grupos, somos personas con distintas nacionalidades y costumbres, donde el inglés es la lengua que nos unifica, pero que al ser segunda lengua para todos la comunicación se hace verdaderamente difícil .

Los misioneros tenemos que ser muy sensibles a las iniciativas del pueblo nativo. Nuestra ayuda debe limitarse a ayudar en la reflexión, animar, apoyar y a elaborar un reto a favor de los valores del Evangelio.

COMUNIDAD

En los principios, cuando el personal misionero era mas reducido, la necesidad de vivir a distancia en soledad, era forzosa y dura.

Hoy día, con más personal y mejores medios de comunicación, la vida comunitaria es posible y necesaria, como fuerza individual y colectiva.

Una comunidad abierta, libre de prejuicios, reflexiva, donde los problemas se aclaran y se solucionan conjuntamente, donde “los intereses de un@ son intereses de tod@s”.

Nuestra comunidad MMB, es una comunidad internacional. Esta realidad en si, es un testimonio de unidad y universalidad. Exige aceptación de las diferentes culturas, personalidades, costumbres, valores; pero el esfuerzo en aceptar y mirar más a lo que nos une, (como es *la experiencia de Dios que todas tenemos, y su llamada*) dan fuerza para superar las diferencias. Este esfuerzo, nos abre el corazón a Dios, que es el único Padre de tod@s quien nos manifestó claramente su deseo, “*de que todos seamos uno*”. Compromiso que nos pide también, a nosotras, nuestro ultimo Capítulo General: “*ser comunidades que hablen de Dios...*” que sean signo de su Amor y misericordia.

Y finalmente, “*permanecer en misión hasta dar la vida si fuere necesario por ellos*”

Este permanecer en misión es el voto que caracteriza nuestro compromiso de Mercedarias Misioneras de Bérriz.

Nos exige vivir día a día en actitud de entrega a los demás. Es darse sin egoísmo ni intereses personales. Es morir a pocos cada día, en servicio de los mas necesitados. Dar sin esperar que otros hagan lo mismo, y saber ver a Jesucristo en el otr@ el ignorante, marginado, olvidado., permaneciendo junto a ellos, dándoles esperanza y vida.

¡Merece la pena, permanecer en misión, haciendo el bien a los demás con entusiasmo y alegría!

MISIONERISMO LAICAL EN MISIONES DIOCESANAS VASCAS

D. **Íñigo IRIARTE LEJARRA**

Director de Misiones Diocesanas de Bilbao. Ecuador

“Las Iglesias particulares y las parroquias animarán la disponibilidad de los laicos –hombres y mujeres– que son la mayoría de la Iglesia y han de ejercer la mayor parte de los ministerios y servicios de la comunidad, para ejercer aquellos ministerios y servicios que les sean confiados y que tienen su fundamento en el bautismo y la confirmación y para muchos además en el matrimonio” (CEE, Cristianos laicos, Iglesia en el Mundo, 1991).

0. INTRODUCCIÓN

Los laicos y las laicas estamos llamados a la evangelización. Y la evangelización no conoce fronteras. Es más, como seguidores de un Jesús que anuncia su plan salvífico como una buena noticia para los pobres, los laicos y las laicas también debemos ejercer nuestra acción pastoral junto a los empobrecidos de la tierra para ir haciendo presente ese Reino de Dios, reino de justicia y fraternidad.

Los laicos y laicas somos miembros de la Iglesia. Participamos como bautizados de las tareas fundamentales que le han sido confiadas a la Iglesia presente en la historia y en el mundo. Y la actividad misionera es, tal vez, la encomienda fundamental del Jesús resucitado: “Id y anunciad a todos los pueblos y naciones...”

Desde nuestro ser propio, participamos de la acción profética, sacerdotal y real de Jesucristo. En una Iglesia comunidad, con nuestros propios carismas somos transmisores del amor de Dios Padre, continuadores del camino trazado a ejemplo de Jesucristo y potenciadores en nosotros mismos y en los demás de la presencia salvadora e histórica del Espíritu Santo.

La evangelización en los territorios de misión llevada a cabo por los laicos se concreta en múltiples acciones y actividades al ser parte de la Iglesia y por ser miembros de ella presentes y actuantes en el mundo y en la historia. Acciones co-

mo la catequesis y como el apoyo y acompañamiento de los diversos proyectos pastorales y de desarrollo humano son tareas ejercidas por los laicos actualmente.

Más en concreto, las misiones diocesanas vascas llevan 55 años comprometidas con territorios de misión de países empobrecidos con la mística de una colaboración entre Iglesias que quiere ser cada día más recíproca. Tres diócesis que al inicio del compromiso eran una sola, la de Vitoria, siguen en la actualidad cooperando con otras Iglesias en África y Latinoamérica. Los laicos somos también enviados como parte de estas Iglesias vascas, prácticamente desde el comienzo. En equipo y cada cual desde sus carismas, laicos, religiosos/as y sacerdotes hemos tratado de evangelizar y acompañar los procesos eclesiales de esos territorios de misión. Llevar la buena noticia de Dios para los pobres. Siempre se ha valorado enormemente la riqueza interdiocesana al ser tres diócesis diferentes que aportan lo suyo a una misma acción misionera y la riqueza del trabajo en equipos ministeriales al estar conformados para el desarrollo de esa acción por personas con diversos ministerios desde el sacerdocio, el laicado y la vida religiosa. Ambas riquezas, aunque en ocasiones hayan soportado equilibrios difíciles de mantener son, desde mi punto de vista, algo a continuar y potenciar.

1. EL LAICO, EL LAICO MISIONERO Y OTRAS FORMAS DE SOLIDARIDAD

1.1. El laico

“Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde.

*El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. (...) A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Así están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor.” (Vat. II, *Lumen gentium*, 31. Cf. *Gaudium et spes*, 43).*

1.2. Laico/a misionero/a

“La Conferencia Episcopal Española denominó “misioneros” a aquellos que, siendo sacerdotes, religiosos y seglares... de por vida o por algunos años se consagran a la tarea de evangelizar a los que todavía no son cristianos o al servicio fraterno de las jóvenes Iglesias de las misiones” (Conferencia Episcopal Española, *Laicos Misioneros* [LM], p. 15. Cf. 6.1-6.4).

El laico misionero como tal es enviado por una comunidad eclesial a una misión *ad gentes* o en el marco de cooperación entre Iglesias, por lo que supone una opción de fe; y la formación tiene que ser en consonancia.

1.3. Otras modalidades de cooperación solidaria

Por otra parte, es muy amplio, en el momento actual, el abanico de experiencias de solidaridad con el mundo de los pobres: desde quienes van al llamado Tercer Mundo por periodos cortos o para varios años, incluso para toda su vida, con opción explícita o al margen totalmente de toda opción de fe, a quienes se comprometen desde aquí mismo en múltiples modos de apoyo. Se sabe que cualquiera de estas experiencias puede disponer a quien las viva a recibir el don de la fe o a ser interpelado/a en la que ya posee, porque *los pobres nos evangelizan*.

Las Misiones Diocesanas Vascas quieren estar abiertas a esta realidad compleja y poner las bases que les faciliten acoger, fomentar, preparar y encauzar con la mayor claridad posible no solamente las posibles vocaciones misioneras sino también cualquier forma de voluntariado solidario.

2. LAICOS MISIONEROS EN MISIONES DIOCESANAS VASCAS. UN POCO DE HISTORIA

La historia de las misiones diocesanas vascas se remonta a 1948 cuando las actuales diócesis de Bilbao, San Sebastián y Vitoria eran una sola diócesis y la entonces diócesis de Vitoria aceptó la encomienda del Papa Pío XII para la evangelización del Vicariato apostólico de Los Ríos en Ecuador. En octubre de 1948, con la ida de los ocho primeros misioneros diocesanos, se culmina el sueño largamente ansiado de que una diócesis pueda hacerse cargo de una Misión, anteriormente sólo encomendada a congregaciones religiosas. Aquellos ocho primeros misioneros eran sacerdotes, pero ya en 1950 parten para la misión diocesana de Ecuador los primeros laicos misioneros.

Desde entonces hasta la fecha, han sido 171¹ los laicos y laicas misioneros (sin incluir los miembros de institutos seculares) que han participado en la misión dio-

¹ Incluyo en este número de 171 a aquellos laicos y laicas misioneros que han permanecido en los territorios de misión más de un año, si bien la media de compromiso misionero de los laicos está alrededor de los cinco años. No están incluidos, por tanto, todos aquellos que, sobre todo en los últimos años, han realizado experiencias misioneras de uno a seis meses.

cesana de Ecuador, Venezuela, Brasil, Chile, Angola, Rwanda o Zaire (ahora RD del Congo). El número de laicos misioneros representa algo más de la cuarta parte del conjunto de misioneros que han participado en la historia de las misiones diocesanas vascas. Los sacerdotes (44%), los institutos seculares y una congregación religiosa conforman el resto.

Haciendo un repaso muy genérico a las formas que ha adoptado esa presencia laica a lo largo de estos cincuenta y cinco años, podríamos distinguir las siguientes fases:

A. La presencia laica de los años 50 respondía al modelo de evangelización y de implantación misionera vigente, centrada en la adaptación a un medio nuevo en el que estaba todo por hacer, y en el deseo de llevar el Evangelio basado en la catequesis y los sacramentos. Ejercieron tareas de asistencia a los sacerdotes (a sus personas y en sus trabajos), y de consolidación de las estructuras permanentes (templos, conventos, escuelas y dispensarios). También colaboraban en la catequesis y en la liturgia. Hay que señalar que plasmaron una espiritualidad de servicio que marcó sus vidas.

B. Hacia finales de la década de los sesenta se va abriendo una nueva conciencia social dentro y fuera de la Iglesia. La incuestionable realidad de unas masas empobrecidas cuya presencia contraría el plan de Dios, y el convencimiento de que eso obedecía a unas causas, a unas maneras determinadas de organizar la sociedad, lleva a la misma a plantearse la necesidad de impulsar el desarrollo de los pueblos del Sur para acercarse a los modelos de vida del Norte. Y en la Iglesia se habla abiertamente de los pobres y de su opción por ellos (Medellín), y la evangelización pasa a ser entendida como concienciación, reflexión de la Palabra de Dios y compromiso personal y comunitario con el evangelio. Empiezan a surgir las comunidades de base. En estos años la presencia laica se multiplica considerablemente en número y en países: Ecuador, pero también Venezuela, Angola, Ruanda. Los trabajos de promoción humana, sobre todo en salud y educación, ocupan las energías de muchos de los laicos enviados.

En lo que se refiere a la presencia laica en Venezuela, la función de los laicos allí se centró en la formación profesional, dado el momento de gran desarrollo industrial que vivía el país, sobre todo Caracas. Los laicos que participaron de aquel proceso provenían, sobre todo, de escuelas profesionales diocesanas, y su trabajo consistía más en ejercer la enseñanza que en una acción pastoral directa.

El paso de los laicos por África fue significativo en cuanto al número. Más de 50 laicos repartidos entre Angola, Ruanda, y Zaire. Correspondió a los primeros años de labor misionera en dichos territorios y, en general la labor de los misioneros laicos fue profesional, fundamentalmente sanitaria.

C. En los últimos años setenta se configura en Ecuador, que por entonces absorbía la mayor parte de los envíos laicos, un modelo de funcionamiento pastoral

basado en las comunidades eclesiales de base (CEBs). Muchos de los laicos de la década de los ochenta, y aún de los noventa, participaron de una manera o de otra de este proyecto pastoral². Durante estos años se produce allí una intensa reflexión acerca del papel de los laicos en la Iglesia, y más concretamente acerca de los ministerios laicales. Estas reflexiones englobaron tanto a los laicos ecuatorianos³ como a los llegados desde el País Vasco.

3. LOS LAICOS MISIONEROS EN LAS MISIONES DIOCESANAS VASCAS HOY

Desde finales de los noventa y hasta la fecha, se van abriendo nuevas formas de colaboración misionera laical. Si bien sólo se considera propiamente misionero o misionera laica a los que permanecen una período de al menos tres y cumplen determinadas características.

3.1. Diversas formas de colaboración y de envío

A. Campos de trabajo. Los forman grupos de laicos, generalmente jóvenes, muchas veces estudiantes universitarios, que por un tiempo digamos corto (uno, dos, máximo tres meses), casi siempre coincidiendo con sus vacaciones escolares, se ofrecen a colaborar o cooperar en un trabajo específico en las Misiones Diocesanas.

B. Experiencias prácticas en misiones. Laicos/as pertenecientes a grupos de las Procuras, de parroquias o dentro de programas de hermanamientos, pueden incorporarse a los equipos misioneros de las comunidades de base en territorios de MM.DD.VV. para campañas cortas e intensas, llamadas «la misión».

² En 1990, en la Asamblea Anual del Grupo Misionero Vasco de Ecuador, se propusieron tres posibilidades para el envío de laicos misioneros desde el País Vasco:

1. Incorporación a la vida pastoral del grupo misionero vasco en cada Iglesia particular
2. Trabajo en una obra concreta (educativa, asistencial, proyecto de promoción, grupo de gente marginada), obra inserta dentro del plan pastoral de la Iglesia particular, y
3. Ejercicio de la propia profesión.

Se concluyó que no serían enviados en el tercer supuesto, laicos de Misiones Diocesanas. El proyecto misionero era pastoral, evangelizador y la propia profesión se podría ejercer en el marco del segundo supuesto. Para el tercer supuesto ya había profesionales autóctonos. Se añadió además que se veía necesaria una experiencia de fe madura, una formación teológica y pastoral básica y una capacitación profesional específica.

³ Reflexionando en la Asamblea de 1991 sobre el papel de los laicos autóctonos, se los ve incorporado a la Iglesia desde la comunidad eclesial de base (CEB). Así, participan en actividades pastorales: catequesis, acompañamiento a enfermos... y sobre todo, en actividades dentro de la CEB: reflexión en grupo de la Palabra de Dios, trabajos comunitarios, servicios comunitarios (tiendas, botiquines...), misiones... Algunos de los laicos se incorporan también como agentes de pastoral en las diócesis, en tareas estrictamente parroquiales o trabajando en comisiones diocesanas de pastoral social o de defensa de los derechos humanos.

Las condiciones de desplazamiento y mantenimiento, así como la relación con el grupo misionero vasco, son semejantes a los campos de trabajo, aunque las Procuras pueden ayudar económicamente, si fuera necesario.

C. Cooperantes y Voluntarios/as. Son laicos, titulados y/o profesionales, que pueden o no ser dependientes de Instituciones públicas o de ONGDs, que están dispuestos a prestar su colaboración profesional y poner sus conocimientos y su experiencia al servicio de los demás, especialmente de los pobres en los territorios de misión. Su cooperación puede durar desde un tiempo corto (de uno a tres meses) hasta un tiempo medio (de seis a doce meses), dependiendo de las tareas que vayan a realizar (poner en marcha un proyecto, solucionar un problema concreto, relevar a otro cooperante...). A veces piden excedencia en su trabajo durante ese periodo de tiempo.

Los Voluntarios/as pueden no ser titulados o profesionales, ni realizar una labor estrictamente profesional en las misiones.

D. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones por periodos cortos. Son laicos vinculados a alguna de las tres Delegaciones de Misiones. Dicha vinculación se concreta normalmente en la pertenencia a alguno de los grupos que se reúnen periódicamente en las Delegaciones de Misiones. Deben tener una opción de fe.

Los misioneros en Ecuador, en la semana de Bahía 1997, acordaban: “Aceptamos la venida de laicos enviados por las Delegaciones de Misiones vascas por periodos de tres meses. (...) Evidentemente los laicos que opten por esta experiencia deben tener la intención de regresar por un tiempo mayor.”

E. Laicos enviados desde las Delegaciones de Misiones para periodos largos. Misioneros laicos:

“Todo seglar que venga a trabajar al Grupo Misionero Vasco, tanto a un proyecto pastoral amplio como a un proyecto más específico –previa petición según las necesidades del equipo o zona– debe, por supuesto, venir con una opción de fe asumida, debe participar de una opción preferencial por el pobre y trabajar coordinadamente (equipo y zona), encaminado a crear organización y comunidad.

El tiempo mínimo de su compromiso debe ser de tres años.

Considerando que el trabajo pastoral que va a realizar cualquier persona que venga (aunque sea a una pastoral más específica), necesita un periodo de conocimiento y ubicación y posteriormente, un espacio de tiempo para hacer aportes reales al trabajo, y un tiempo final para ir dejando la tarea en manos de otros.” (Asamblea del Grupo Misionero Vasco de Ecuador. Bahía de Caraquez 1997).

Puede haber circunstancias que flexibilicen el tiempo referencial de tres años.

Son *misioneros laicos* que van o bien para un trabajo específico de pastoral (E.1) o bien para un trabajo de pastoral ministerial (E.2).

E.1. Misioneros laicos para un trabajo específico de pastoral:

Su colaboración es en trabajos en los campos específicos de la pastoral, como por ejemplo: Educación, granjas, proyectos de desarrollo, salud, promoción de derechos humanos, promoción de la mujer, construcciones...; integrados y coordinados en y con el equipo de agentes de pastoral.

E.2. Misioneros laicos para un trabajo de pastoral ministerial:

“En la vocación de los laicos entra también la posibilidad de prestar su servicio en ámbitos y campos ministeriales que tienden a edificar y desarrollar desde dentro la comunidad cristiana; en la animación de las comunidades, en el servicio de la Palabra o de la catequesis, en la formación de agentes de pastoral...; en esta dirección los laicos vienen contribuyendo grandemente al desarrollo y florecimiento de los ministerios de la comunidad” (LM, p. 16)

Su colaboración es prioritariamente la de un agente de pastoral ministerial, como por ejemplo, acompañamiento a las comunidades eclesiales de base, catequesis, servicios ministeriales de la celebración de la Palabra, etc.

En conclusión, son considerados *misioneros laicos* en sentido pleno los representados en los grupos E.1 Y E.2. Los matices que diferencian a uno y otro son simplemente organizativos dentro de una misma vocación misionera laical. A propósito de ello, escriben desde Ecuador:

“En cuanto a los laicos, cuyo número se ha reducido en estos últimos años, pareciera que nos referimos con mayor fuerza a los laicos que, integrados en los equipos de agentes de pastoral, realizan un trabajo de pastoral de conjunto (E.2). Aunque es verdad también que, cada vez, los mismos equipos sienten la necesidad de contar con laicos que puedan ayudar en un trabajo de tipo más social o más específico, apoyando en proyectos, en trabajos comunitarios, en DD.HH. , en Pastoral Social... (E.1). Creemos que, aun destacando las diferencias entre las distintas maneras de colaborar o cooperar con el trabajo del Grupos Misionero vasco, todas ellas tienen cabida y son interesantes para reforzar nuestra labor de evangelización y promoción. Cada uno le dará más importancia a una u otra manera, pero debemos estar abiertos a todas ellas.”

3.2. Origen de la solicitud de envío

A. Campos de trabajo y B. Experiencias prácticas en misiones

Son solicitados desde los lugares de Misión. No se organizan desde aquí, salvo el caso de los hermanamientos que puede ser algo preparado conjuntamente.

El cauce para acceder a los posibles candidatos o desde el que ellos solicitan ir a los campos de trabajo suele ser el de los grupos eclesiales (parroquiales o de her-

manamientos con algunos lugares de misión, etc.), o bien el de los que han realizado los cursos de formación Norte- Sur. También el de otras instituciones propias o cercanas a la Iglesia como el movimiento scout, Cáritas, Delegación de Juventud, Pastoral Vocacional, etc...

C. Cooperantes y Voluntarios:

Los cooperantes son solicitados desde la Misión (a petición de un equipo de agentes de pastoral o de una zona, siempre a través del Consejo de la Misión) para ayudar en un campo concreto: Medicina, ingeniería, veterinaria, agronomía...

El cauce para acceder a los posibles candidatos o desde el que ellos solicitan ir como cooperantes es el mismo que el de los campos de trabajo.

Los Voluntarios son laicos que se brindan, casi siempre individualmente, a aportar su formación o capacidad al servicio del Tercer Mundo. La petición puede provenir desde la Misión o bien pueden ser presentados desde las Delegaciones de Misiones y aceptados por el Consejo de la Misión.

D. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones por periodos cortos:

Son laicos que proceden de los grupos de jóvenes que se reúnen periódicamente en alguna de las tres Delegaciones de Misiones. Normalmente han llegado hasta estos grupos desde alguna parroquia o movimiento diocesano. Son presentados por las Delegaciones de Misiones a los territorios de Misión, previa solicitud personal, como parte de su periodo formativo de cara a un futuro compromiso mayor. El Consejo de Misión ha de aceptar su ida y decidir su ubicación final.

E. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones para periodos largos. Misioneros laicos:

Al igual que los anteriores son laicos que proceden de los grupos de jóvenes que se reúnen periódicamente en alguna de las tres Delegaciones de Misiones. Normalmente han llegado hasta estos grupos desde alguna parroquia o movimiento diocesano.

Son enviados por la Diócesis desde las Delegaciones de Misiones previa petición de los misioneros, según las necesidades del equipo o las zonas tras haber cumplimentado su período formativo.

3.3. Proceso de formación y financiación del envío

Desde el inicio se ha apreciado la necesidad de dotar a todos estos laicos de una formación adecuada para ejercer su servicio eclesial con calidad y espíritu cristiano. Así lo estipula el Código de Derecho Canónico: *“Los laicos que de modo permanente o temporal se dedican a un servicio especial de la Iglesia tienen el deber de adquirir la formación conveniente que se requiere para desempeñar bien su función, y*

para ejercerla con conciencia, generosidad y diligencia” (C. 231.1).

A. Campos de trabajo y B. Experiencias prácticas en misiones

Normalmente, los campos de trabajo son una oportunidad que se brinda a los participantes del curso anual de formación “Norte- Sur”⁴. Para vivir en propia carne y experimentar lo que se ha hablado a lo largo del curso se les ofrece la posibilidad de participar de laguna manera de las actividades de los misioneros en el terreno de misión. Si es que no han participado en el grupo de laicos de las Delegaciones de Misiones, ni han seguido un proceso de formación específico, de todas formas se establece con los candidatos unos encuentros periódicos previos a la marcha para que conozcan los detalles del campo de trabajo y de los lugares de Misión.

Ellos mismos asumen todos los gastos.

C. Cooperantes y Voluntarios

No tienen por qué haber participado en el grupo de laicos de las Delegaciones de Misiones, ni haber seguido un proceso de formación, si bien muchas veces lo hacen y, en todo caso, reciben una información básica acerca de los lugares y las condiciones de vida a donde van a prestar su colaboración.

Las Delegaciones de Misiones los buscan o contactan con ellos y les facilitan los trámites para su ida y estancia. Las Delegaciones de Misiones pueden asumir, si procede, los gastos de envío y del seguro de vida y accidentes.

D. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones por periodos cortos:

Se les exige un periodo de preparación aproximado de un año, un tiempo prudente que les permita conocer las opciones fundamentales de los misioneros, la forma de trabajo, etc. Pueden provenir o bien de alguno de los grupos de misiones que se reúnen en las Delegaciones de Misiones o de grupos de misiones de parroquias o bien de una parroquia o institución hermanadas con otra parroquia o institución de los territorios de misión.

Las Delegaciones de Misiones pueden colaborar con un tercio de los gastos que suponga el viaje a la misión, y el seguro de vida y accidente. Otro tercio lo costeará

⁴ El curso “Norte- Sur” se lleva a cabo en la diócesis de Bilbao de manera coordinada entre la Delegación de Misiones, Cáritas y el Servicio Diocesano de Formación del Laicado (ahora incluido en el Instituto Diocesano de Teología y pastoral). Es un curso que se lleva a cabo de octubre a mayo, con un encuentro semanal de dos o tres horas. Acompañados por un monitor y con el método ver, juzgar y actuar van desarrollando temas y comentando artículos de un texto previamente elaborado. Analizan la realidad socioeconómica mundial, la juzgan desde la palabra de Dios y textos eclesiales para pasar a concretar las actuaciones solidarias grupales y personales a llevar a cabo. En el curso 2002-2003 fueron 37 los jóvenes que realizaron este curso.

el propio seglar y el tercer tercio, el grupo, parroquia o institución a la que pertenece. Si no existe tal grupo, parroquia o institución, se estudia cada caso particular.

E. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones para periodos largos. Misioneros laicos:

Se les exige que hayan seguido un plan de formación y una preparación en los grupos de las Delegaciones de Misiones. Esta última de, al menos, un curso, que puede coincidir o no con el plan de formación. Cada diócesis determina el plan de formación que les exige según sus posibilidades diocesanas. La formación contemplará un análisis de la realidad y una formación teológico-bíblica⁵. También cabe una formación más específica (profesional), según la labor que vayan a desempeñar en los territorios de misión. Una vez aceptado el envío, estos misioneros laicos son considerados miembros del grupo misionero vasco y, por tanto, las Delegaciones de Misiones asumen todos los gastos del envío.

3.4. Grado de pertenencia al grupo misionero⁶

A, B y C.- Campos de trabajo, Experiencias cortas en Misiones y Cooperantes y Voluntarios

No son miembros del equipo de la Misión. No participan en asambleas, encuentros y reuniones de los misioneros, si no son invitados expresamente.

⁵ Por ejemplo y en concreto en la diócesis de Bilbao el plan de formación ha constado hasta ahora de 180 horas lectivas que se reparten en dos cursos de 90 horas cada curso de la siguiente manera: clases de 2 horas semanales y tres semanas intensivas a lo largo del curso. La dimensión de carácter espiritual y la maduración en la vocación y compromiso se consideran parte integrante de la formación. Para ello se ve imprescindible la figura del acompañante además de espacios para reflexionar, interiorizar, compartir e ir integrando la clave misionera en sus procesos de seguimiento a Jesús desde lo aprendido en el curso. Para ello se prevén 3 encuentros de un día del fin de semana a lo largo de cada curso. Los objetivos son:

- 1.- Ofrecer una formación sistemática y fundamental de carácter teológico-pastoral a aquellos laicos/as que quieran incorporarse al proyecto misionero de las Iglesias locales vascas.
- 2.- Proponer claves fundamentales para hacer una lectura creyente de la realidad de los pueblos del Tercer Mundo a los que los seguidores de Jesús somos enviados.
- 3.- Ayudar a la maduración del compromiso misionero laical.

El curso se divide en tres bloques:

- I) Bloque analítico - Descubrimiento de la realidad.
- II) Bloque sistemático - Reflexión teológica desde la misión.
- II) Bloque pastoral - El compromiso misionero laical.

Los destinatarios son el voluntariado misionero de aquí, es decir aquellos que desean realizar tareas pastorales vinculadas al mundo misionero en nuestra diócesis. Y por otro lado son destinatarios los misioneros laicos, aquellos que desean dedicar unos años a colaborar con otras iglesias de los países empobrecidos, mediante una labor pastoral o desde una labor profesional enmarcada en la pastoral misionera.

No participan en la caja de viajes ni en la caja de enfermedad del grupo misionero vasco del lugar. Todos los gastos de desplazamiento, seguros y un pequeño aporte de mantenimiento corren de su cuenta. En el caso de los cooperantes, éstos tienen contrato y seguros a cargo de su Institución u ONGD, con quien se acordará cómo saldar todos los gastos de desplazamiento y manutención.

A los voluntarios, sin ser considerados miembros del grupo misionero, las Delegaciones de Misiones pueden incluirles, si procede, en su relación de asegurados con seguro de vida y accidentes. Las zonas o parroquias que los acogen en la Misión, responderán de su manutención.

D. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones por periodos cortos:

No son miembros de pleno derecho del equipo de misioneros, pero pueden participar en asambleas, encuentros y reuniones de los mismos con voz pero sin voto.

No participan en la caja de viajes ni en la caja de enfermedad de los territorios de Misión, pero las Delegaciones de Misiones les proporcionan un seguro de vida y accidentes. Las zonas o parroquias que los acogen en la misión, responderán de su manutención.

E. Laicos enviados por las Delegaciones de Misiones para periodos largos. Misioneros laicos.

Son miembros de pleno derecho del grupo misionero en la Misión y participan con voz y voto en asambleas, encuentros y reuniones. Pueden ser elegidos miembros del Consejo, representando a la zona en que trabajan. Se integran en uno de los equipos pastorales de la parroquia encomendada en el territorio de misión. Además de la labor pastoral realizada según su especificidad pueden compartir también con el resto del equipo pastoral, la vida comunitaria. O si no puede habitar en otra vivienda compartida con otros seglares, bien autóctonos o bien laicos misioneros como él o ella.

Van a misiones con un contrato de trabajo por obra como trabajadores desplazados al extranjero por su Delegación de Misiones respectiva, a falta de una figura jurídica que se asemeje a su labor. Llevan consigo un convenio de desplazamiento y se les incluye en la póliza común de vida y accidentes.

⁶ El grupo Misionero en Ecuador y en Angola, se configura como grupo contando con un coordinador general y un consejo de misión con representantes de cada una de las zonas o diócesis. Ese representante puede ser indistintamente sacerdote, religioso/a o laico. Cuentan, sobre todo en Ecuador donde el grupo es más numeroso, con un administrador general y con lo que llaman caja de viajes y caja de salud. Cada miembro del grupo aporta una cantidad a esas cajas. También desde la Delegaciones de Misiones del País Vasco se alimentan económicamente hablando dichas cajas. De ahí se gasta para los viajes en avión y para los gastos de enfermedades largas, operaciones y urgencias. El grupo misionero en su conjunto se reúne al menos dos veces al año. Por diócesis se reúnen al menos con frecuencia mensual.

Participan en la caja común de viajes y en la de enfermedad que desde hace muchos años tiene el grupo misionero, al igual que los demás. Las Delegaciones de Misiones asumen los gastos de viajes, seguros de vida y accidente y aporte a la seguridad social.

A su regreso definitivo al País Vasco, además de poder cobrar el subsidio de desempleo, las Delegaciones de Misiones deben ayudarles a reincorporarse al trabajo, en lo posible, afín a sus profesiones y vocaciones.

4. LA PRESENCIA DEL LAICADO MISIONERO VASCO EN LA MISIÓN Y EN SU PROPIA DIÓCESIS. Una mirada al Futuro desde el pasado y el presente

«El Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en los trabajos de los pueblos sin la presencia activa de los seglares» (Vat.II, Ad gentes, 21).

4.1. El laicado misionero en sus diócesis de origen

En la medida en que en las diócesis de origen el papel eclesial que juegan los diversos sujetos evangelizadores está más claro y definido, en esa misma medida aunque con sus matices propios, esos mismos sujetos evangelizadores, es decir más en concreto los laicos y los sacerdotes tienen más clara y definida su actividad misionera en las diócesis de destino.

Liberar laicos para tareas pastorales en nuestras diócesis de origen y más en concreto en la mía de Bilbao es una línea de actuación que se ha ido consolidando progresivamente en razón de las necesidades eclesiales y del desarrollo de la vocación bautismal propiciado por el CV II y expresamente enfatizada en la *Christifideles laici*: “Los pastores, por tanto, han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su *fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación*, y para muchos de ellos, además, *en el matrimonio*” (ChL n. 23)⁷.

⁷ En la actualidad los laicos liberados no suplen funciones propias del ministerio ordenado, aunque el mismo Código de Derecho Canónico acepta el ejercicio de estas por laicos, en caso de necesidad. Cfr. CIC 230 § 3: “*Donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros, pueden también los laicos, aunque no sean lectores ni acólitos, suplirles en algunas de sus funciones, es decir, ejercitar el ministerio de la palabra, presidir las oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada Comunión, según las prescripciones del derecho*”. Cfr. CIC 517 § 2: “*Si por escasez de sacerdotes, el Obispo considera que ha de encomendarse una participación en el ejercicio de la cura pastoral de la parroquia a un diácono o a otra persona que no tiene el carácter sacerdotal, o a una comunidad, designará a un sacerdote que, dotado de la potestad propia de párroco dirigirá la actividad pastoral*”.

En Bilbao somos alrededor de 20 los laicos que estamos ya a tiempo completo ejerciendo diversas responsabilidades eclesiales y otros más de 25 en proceso de formación en las diversas fases. Los que ya realizamos tareas pastorales lo hacemos fundamentalmente en las áreas de juventud, apostolado seglar y misiones.

Por otro lado no podemos valorar con demasiado optimismo la repercusión e incidencia que el laicado misionero ha tenido en nuestras diócesis de origen. Falta mucho para poder afirmar que la dimensión misionera es un elemento primordial de la pastoral ordinaria. Un sacerdote diocesano al volver de la Misión, pronto se incorpora a una nueva tarea pastoral en la diócesis. La incidencia de ese sacerdote misionero es significativa en su nueva parroquia. No tanto a nivel de toda la diócesis. El sentimiento misionero en la diócesis, aunque ha sido fuerte desde hace años, se se ha venido reduciendo. Si bien, con ocasión del cincuentenario de las misiones diocesanas se dieron pasos importantes para la actualización del compromiso misionero y para que nuestras tres diócesis se apropiasen algo más del proyecto misionero.

Si lo anterior ha ocurrido con los sacerdotes misioneros mucho menor es la incidencia de los laicos misioneros en estas diócesis en las que el reconocimiento del papel del laicado en la Iglesia está recién dando sus primeros pasos importantes. Son contados los laicos misioneros que a su regreso se han incorporado como laicos liberados para la pastoral diocesana. Muchos laicos y laicas al retornar, lo primero que han hecho ha sido buscar un trabajo que les ayude a situarse en su nueva realidad aquí. Algunos se comprometen con diferentes realidades de marginación. No pierden su vinculación con la Delegación de Misiones e indudablemente en sus grupos de referencia, en sus parroquias y en su entorno su incidencia es mayor.

La demanda de una organización laical de mayor entidad, fruto de una búsqueda de mayor autonomía laical dentro de la Iglesia tomó cuerpo en la diócesis de Bilbao hace ahora unos 15 años. La organización Elkarrekin surgió como una de las respuestas posibles. Sin embargo, por diversas circunstancias, Elkarrekin no existe en la actualidad.

En nuestras diócesis de Bilbao si puedo decir que se les reconoce a los laicos misioneros como parte de ese “corpus” de laicos liberados para tareas pastorales. Poco a poco el papel de los laicos se irá definiendo y redefiniendo en el conjunto eclesial y en esa misma medida, a los laicos misioneros se les reubicará en ello. Ojalá llegue a ser una práctica habitual el hecho de que una laico liberado que actualmente esté en Cáritas o en la Delegación de Juventud, por ejemplo, pueda, tras cumplir su encomienda eclesial aquí, ofrecerse tranquilamente para unos años como laico misionero y a su regreso seguir trabajando aquí como laico liberado para tareas pastorales.

4.2. El laicado misionero en la misión. Perspectivas de futuro

Las misiones diocesanas son parte integrante de la Iglesia diocesana. Participan, por tanto, de sus virtudes y defectos. Sí es cierto, no obstante, que el laicado misionero en los territorios de misión está en un plano de corresponsabilidad mayor que en el que está en su propia Iglesia local.

Los primeros laicos liberados a tiempo completo para la pastoral en la diócesis de Bilbao comenzaron su andadura hace algo más de 12 años. En las diócesis de Vitoria y San Sebastián recientemente están dando sus primeros pasos. Sin embargo, como he referido más adelante, ya desde finales de los años setenta en Ecuador aparece esa figura del laico responsable de tareas eclesiales pastorales.

Es voz común en la Misión de Ecuador que una de las riquezas del Grupo Misionero Vasco es el trabajo en equipo y, sobre todo que esos equipos están conformados conjuntamente por laicos, religiosas y sacerdotes. También se ha valorado siempre muy positivamente la interdiocesaneidad, o sea que los miembros de un mismo equipo pertenezcan a diócesis diferentes.

Desde las misiones, el grupo misionero vasco tiene como una de sus tareas la de suscitar vocaciones para servicio de la Iglesia local. También vocaciones de laicos autóctonos. Sin embargo, dentro del marco de la cooperación entre Iglesias, que es una de las cuatro líneas fundamentales del compromiso misionero, tanto el grupo misionero como las Delegaciones de Misiones han de esforzarse en posibilitar que el misionero seglar tenga amplio espacio dentro de nuestras MM.DD. La figura del laico misionero enriquece tanto a la Iglesia que lo envía como a la Iglesia que lo recibe.

Corresponde a las Delegaciones de Misiones la búsqueda de candidatos para cualquiera de las modalidades de colaboración citadas, priorizando la de aquellos que pueden dar mayor continuidad a la labor misionera, como son los misioneros laicos. Corresponde igualmente a las Delegaciones de Misiones formarlos adecuadamente.

Por su parte, el grupo misionero ha de facilitar y posibilitar la llegada de los laicos de cualquiera de las modalidades citadas, dedicando los esfuerzos necesarios para que pueda haber una colaboración real de laicos en la misión. Merece una atención especial seguir posibilitando la marcha de laicos para trabajos específicos de pastoral.

Hoy en día, las misiones diocesanas esperan mucho de los laicos misioneros. Se dice frecuentemente que dada la escasez de clero, el futuro de las misiones ha de pivotar en los seglares. Sin embargo del deseo a la realidad falta un trecho, espere-mos que no muy largo. Desde hace unos 5 años, el número de laicos misioneros que se ofrecen para ir a misiones para periodos largos (tres años) es poco numeroso. Nunca en la historia de las misiones diocesanas ha habido menos seglares en

misiones que en estos últimos cinco años. Se ha llegado a ser apenas 6 personas en el 2001. Por lo menos es un número que se ha mantenido y que ha ido aumentando poco a poco. No así el número de sacerdotes y de religiosas, que ha descendido en esto últimos años más de una tercera parte. También es cierto que hay muchos más seglares para las nuevas formas de colaboración misionera a las que nos hemos referido anteriormente. Y sobre todo hay motivos para la esperanza, puesto que en los próximos cuatro meses, cinco nuevos laicos misioneros se incorporarán a las misiones de Ecuador y Angola. Y son muy numerosos los grupos de laicos que están en periodo de formación. Este mismo verano, han sido 28 los que han participado en las diversas modalidades de campos de trabajo.

Pienso que de cara al futuro, las misiones diocesanas podrán mantener un número limitado de sacerdotes presentes en las diócesis de los territorios de misión. Formando equipo con cada uno (o dos) de estos sacerdotes podrá haber, si las perspectivas actuales se confirman, entre 2 a 4 seglares. De estos seglares habrá algunos que se brinden para periodos largos más largos de 4-6 años y otros que colaboren más puntualmente, no menos de un año. Las experiencias más cortas de campos de trabajo y colaboraciones de uno a tres meses serán aportes específicos que muchas veces servirán sobretodo para que luego pueda dar el salto de ofrecerse para varios años.

El porcentaje, por tanto de laicos misioneros en el conjunto de las misiones diocesanas variará bastante. Si ahora apenas son la cuarta parte podrán pasar a ser cerca de las dos terceras partes del conjunto de los misioneros. Habrá que seguir profundizando en la formación previa que dichos laicos deban adquirir antes de tomar el avión rumbo a la misión.

No cabe duda de que el laicado y, también el laicado misionero, va a ser una pieza clave en todo el porvenir eclesial. En todo caso, también desde las Misiones Diocesanas, queremos seguir en manos del Espíritu y saber responder con fe, esperanza, disponibilidad y apertura mental y de corazón a los retos que la historia y las circunstancias sociales mundiales nos vayan planteando. Que cuando llegue “el novio” nos encuentre vigilantes y con capacidad de respuesta. Y que los empobrecidos de la tierra, con los que se identificó y sigue identificándose nuestro Señor Jesucristo, puedan verificar con palabras y obras, que el laicado misionero de misiones diocesanas vascas y el conjunto de las misiones en general desean estar a su lado participando de sus luchas, de sus logros y fracasos con fe y esperanza.

ATENTOS A LA LLAMADA DE DIOS

D^a. Bakarne ZABALA ARRIOLA

Juventudes Marianas Vicencianas (JMV). Bolivia

Mi nombre es Bakarne Zabala Arriola pertenezco al Movimiento Juventudes Marianas Vicencianas y a Misioneros Seglares Vicentinos. Tengo 29 años y estoy casada desde hace un año. He estado viviendo junto al pueblo cochabambino (Bolivia) durante 4 años concretamente con los niños, adolescentes que viven y/o trabajan en las calles de Cochabamba

Tal como se nos dice en *Redemptoris Missio*, 3 “ningún creyente, ninguna institución de la Iglesia puede sustraerse al supremo deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos. Nadie puede sentirse dispensado de ofrecer su colaboración al desarrollo de la misión de Cristo que continúa en la Iglesia. Más aún, la invitación de Cristo es más actual que nunca: «Id también vosotros a la viña» (*Mt 20,7*)”.

«Id también vosotros. La llamada no se refiere únicamente a los pastores, sacerdotes, religiosos y religiosas, sino que va dirigida a todos: también los fieles laicos están llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión para la Iglesia y para el mundo» (*Christifideles laici 2*).

Desde pequeña he sentido la llamada del Señor por optar por de aquellas personas que no han tenido la misma suerte que yo: tener una familia quien te quiere y te demuestra cada día lo que significa la palabra Amor, tener educación, un hogar... Tuve la suerte de estudiar en un Colegio de la Hijas de la Caridad donde comencé a tener contacto con el movimiento. Dios me llamó por mi nombre. El Señor me escogió. A pesar de darle yo muchas calabazas, Él continuo tocando mi puerta hasta que las abrí. Entre las dos se ha establecido una relación de amor, de compromiso y diálogo que durara toda la vida. Dios llama pero muchos permanecen sordos a su voz. Dios llama alguien para algo, no es para amargarle la existencia, sino todo lo contrario, para que sea feliz. Si la vocación que vivimos, sea cual sea, no nos hace felices y libres, quiere decir que no es verdadera vocación.

Juventudes Marianas Vicentinas es una organización laical a nivel internacional cuyo carisma principal es siguiendo los pasos de San Vicente de Paúl, servir a los pobres y marginados de la sociedad. Se desea favorecer la acción misionera de la Iglesia, tanto en los ambientes ya evangelizados (testimonio personal y Misiones Populares) como en las misiones «ad gentes» Uno de los objetivos de esta nota misionera es el envío, temporal o permanente, de jóvenes a la misión para llevar el mensaje de Jesucristo.

Después de un tiempo de discernimiento, dí respuesta a la llamada de Dios y es entonces cuando aparecieron los miedos, el ser “una extraña” con los que hasta entonces habían sido mis amigos, mi familia mi gente. No entendían como podía dejar mi nivel de vida, mi trabajo... la incertidumbre de mi futuro, (ya que los laicos misioneros no contamos con una Congregación que nos acoja a nuestra vuelta, no contamos con un sueldo mensual). Pero recordaba lo que se nos dice en Hch 1,8 “Recibiréis una fuerza, el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, para que seáis mis testigos...”

Desde que tome la decisión de irme a misión *ad gentes* de forma permanente hubo todo un proceso de formación. Es tu Comunidad de base la que decide si puedes dar ese paso o todavía no estas realmente preparada. Y tras pasar unos escrutinios debes de hacer el curso de Misionología que ofrece el Instituto Pío X en Madrid. Para poder ir por un periodo mínimo de 2 años (o más estable) anteriormente tienes que tener una experiencia temporal de 2 meses por lo menos.

Tras tres meses de formación (que es bien importante para el laico misionero) y vida comunitaria en Madrid fui destinada a Cochabamba a una Comunidad de laicos vicencianos.

“Las calamidades pueden ser causa de crecimiento y de iluminación”, dijo el Maestro.

Y lo explicó del siguiente modo:

“Había un pájaro que se refugiaba a diario en las ramas secas de un árbol que se alzaba en medio de una inmensa llanura desértica. Un día, una ráfaga de viento arrancó de raíz el árbol, obligando al pobre pájaro a volar cien millas en busca de un nuevo refugio... Hasta que, al fin, llegó a un bosque de árboles cargados de frutas”.

Y concluyó el Maestro:

“Si el árbol seco se hubiera mantenido en pie, nada hubiera inducido al pájaro a renunciar a su seguridad y echarse a volar” (Anthony de Mello, SJ).

En todo este tiempo he pasado por momentos buenos y malos en los que la confianza en el Señor me ha ayudado mucho a seguir caminando, he sentido la necesidad de tener momentos de encuentro con el Señor a nivel espiritual tanto comunitaria (con la Iglesia boliviana y mi comunidad) como personal. Tal y como nos

dice Mateo “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Actualmente me encuentro en España pero aquí también me siento misionera, ya que la vocación misionera no es algo temporal de misiones *ad gentes*, la vocación misionera es para toda la vida. Pienso que es un gran reto ser misionera en tu propio país y más ahora viendo cuál es la situación española tanto a nivel material como espiritual. Cada vez hay más jóvenes que les da igual cómo vivir, lo importante para la gran mayoría es la felicidad momentánea aunque para ello tengan que pisar al hermano. Nuestra sociedad a pesar de ser científicamente muy avanzada, está generando hombres y mujeres que viven una existencia triste y sin esperanza porque desconocen la voz de Dios. Por eso hoy, en día, los misioneros laicos tenemos que ser testigos del Amor de Dios a través de nuestra vida, en nuestros trabajos, en nuestras familias ser educadores cristianos... Las actividades de la vida cotidiana deben considerarse como ocasión de unión con Dios y cumplimiento de su voluntad.

Como se decía en la conclusión Nº 121 de Santo Domingo “En América Latina son muchos los que viven en la pobreza, que alcanza con frecuencia niveles escandalosos. Sin embargo, incluso en situaciones límites, somos capaces de amarnos, de vivir unidos a pesar de nuestras diferencias y de aportar al mundo entero nuestra acendrada experiencia de fraternidad”.

Y eso es lo que le falta actualmente a España tener esa experiencia de fraternidad, ser conscientes que nosotros con nuestras actitudes diarias contribuimos a que los países pobres sigan viviendo en condiciones indignas. Los laicos misioneros tenemos que ser “la voz de los sin voz”. Transmitir a la sociedad española cuál es la realidad de latinoamérica, Asia, África... y cuestionarles con nuestros hechos, con nuestro vivir, comprometernos desde aquí con ellos en trabajar juntos para llegar a un mundo justo.

Una de las búsquedas más fantásticas en la vida, es encontrar el camino de nuestra felicidad, el destino auténtico de nuestra vida personal. Búsqueda que se traduce en un diálogo sincero, constante, personal y comunitario entre el hombre y su Creador, para encontrar «su lugar en el mundo y en la Iglesia». Dejemos abiertas nuestras puertas al Señor para ver que nos pide a cada uno de nosotros, siendo conscientes de nuestras limitaciones y dones porque es El quien nos escoge y no nosotros.

EVANGELIZACIÓN DE LA FAMILIA EN EUROPA

D. Florencio IGLESIAS DOMÍNGUEZ
y **D^a. M^a Fernanda RODRÍGUEZ CORDERO**
Matrimonio misionero, Camino Neocatecumenal. Marsella (Francia)

Nos presentaremos primero brevemente. Me llamo Florencio, tengo 42 años, soy delineante industrial y estoy casado con Fernan, que es profesora, desde hace 17 años. Tenemos 9 hijos por ahora: Pablo, Daniel, Nazaret, Judit, Eva María, MariPaz, Jesús, Mónica y José. Pertenece a la 1^a Comunidad Neocatecumenal de San Benito en Sevilla desde hace 21 años. En 1994 fuimos enviados por S.S. Juan Pablo II a Marsella.

Intentaré desarrollar estos tres puntos :

1. Nacimiento de nuestra vocación para la misión ad gentes.
2. Preparación y desarrollo de la misma dentro del seno de la comunidad.
3. Actividad que realizamos hoy como familia misionera en una parroquia francesa.

Mi esposa y yo hemos llegado a la iglesia a través de diferentes caminos y motivos. Ella pertenece a una familia creyente y practicante. Después de abandonar la práctica religiosa, sus padres le obligaron a ir a unas catequesis en la parroquia, y allí nos conocimos.

Yo vengo de una familia creyente también y de una educación en un colegio religioso. Antes de dejar el colegio en 8^o mi fe estaba en crisis, dado que me confesaba siempre de los mismos pecados, pero era incapaz de no pecar. Además el Dios que conocía era el Dios que premiaba a los buenos y castigaba a los malos, y no me convencía. Así que abandoné la Iglesia y me dediqué a hacer mi voluntad en todo: poco a poco abandoné los estudios y entré en el mundo de la droga. Pasaba días

enteros sin hacer nada, conocía amigos artistas y homosexuales, en un ambiente ateo.

Inconscientemente empecé a buscar respuestas a mi insatisfacción en la psicología, pero no había nada que me llenara. Sentía dentro un vacío muy profundo. A causa del trabajo tuve que dejar mi ciudad, la familia, los amigos y me encontré en una ciudad enorme en la que no conocía a nadie. Experimenté el infierno, es decir la soledad sin el amor de nadie. Pensé en el suicidio pero no tenía valor. Estaba en una situación límite en la que mi vida no tenía sentido. En ese momento tuve un accidente de tráfico, en el que hubo varios muertos y nosotros escapamos de puro milagro.

Esa mañana comprendí que tenía que cambiar de vida, que algo o alguien me daba como una segunda oportunidad para empezar de nuevo. Así que recurrí a lo que conocía. Mis padres me hablaron de unas catequesis para adultos, así que pregunté en una parroquia si las había y empecé a escucharlas.

Descubrí un lenguaje nuevo dentro de la Iglesia, pero sobre todo me conmovió el hecho de escuchar de personas que no eran curas ni especialistas, de personas laicas, que Dios me amaba tal y como yo era, en un momento en que ni mi familia, ni la sociedad, ni yo mismo me aceptaba como era. Empezaron a hablarme de Jesucristo y del amor al enemigo. Muchas cosas no las comprendía pero el caso es que me enganchó. Allí conocí a mi futura esposa.

Poco después en las primeras jornadas mundiales de la juventud en Roma, cada vez que abría la Biblia al azar y bastante tiempo después me salía la palabra de Juan el Bautista: “He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti para preparar tu camino”. Esta Palabra era un misterio para mí y no comprendía qué quería el Señor decirme con ella.

Durante muchos años la escucha de la Palabra de Dios ha denunciado mis pecados, mis idolatrías, me ha hecho experimentar en lo más profundo de mi miseria el perdón de mis pecados, la misericordia del Señor, su fidelidad, su paciencia, su amor, su bondad, me ha reconstruido interiormente como persona. La Iglesia me ha enseñado la oración, me ha dado las armas para combatir en la fe, me ha confiado el Símbolo de los Apóstoles, el depósito. Ella como María me ha conducido a Jesucristo y éste al Padre.

Todo esto y el hecho de reconocer qué sería de mi vida sin Él fue suscitando un agradecimiento al Señor por tantos bienes recibidos gratuitamente. En 1994 estábamos en una convivencia y escuchamos de nuestros catequistas una invitación del Papa a evangelizar como familia. Sin mediar palabra con mi esposa, ambos sentimos ese empujón del Señor a abandonarlo todo y a confiarle nuestras vidas y las de nuestros hijos, y de dar gratis lo que gratis habíamos recibido. Unos meses después Su Santidad Juan Pablo II confirmaba nuestra llamada y nos daba el envío junto con la cruz misionera.

La preparación y el desarrollo de nuestra vocación se han realizado como algo natural dentro de la comunidad. No se puede amar a Jesucristo sin amar a su Iglesia, así que naturalmente durante nuestra iniciación cristiana empezamos a estudiar los Padres de la Iglesia y otros documentos y escritos apostólicos.

Aunque para mí que la mayor preparación se encuentra en la escucha de la predicación y en la meditación de la Palabra de Dios. Comprendimos que Dios quiere contar con personas concretas para anunciar su amor, que no hay nada de mágico, que la fe se transmite como la gripe, por contagio directo. A fuerza de recibir misericordia a cambio de mis pecados, y gracias a cambio de ingratitud, surge la gratitud y la disponibilidad. Se cumple la Palabra de San Pablo : “el amor de Cristo nos empuja...”. Si calláramos gritarían las piedras. Toda la historia de salvación que Dios ha hecho con nosotros no nos pertenece como algo propio, todo ha sido una larga preparación para la misión y “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”

En cuanto a nuestra actividad hoy día en la parroquia, tendría que decir primero que cuando llegamos a la misión traíamos muchas ideas preconcebidas y falsas sobre lo que puede ser una misión. Creíamos que íbamos a convertir a muchas personas y a aportarles muchas cosas. Luego el Señor nos ha hecho comprender que nos ha traído a la misión primero para nuestra conversión personal. A través de muchas crisis y fracasos nos hace comprender que lo que nos hace sufrir no son las dificultades exteriores sino nuestros pecados, las proyecciones que nos hacemos sobre cómo tienen que ser las cosas y que luego no salen así, salen como Dios quiere (y que suele ser muy diferente de lo que habíamos pensado).

Luego se da lo que llaman inculturación, que para mí es como una especie de simbiosis entre nosotros y el medio en que vivimos, con una cultura, lengua, costumbres diferentes.

A propósito de la inculturación, después de 8 años ésta se hace bastante difícil, ya que nos encontramos viviendo en una sociedad muy distinta de la que quisiéramos par educar a nuestros hijos. La familia como inspiración cristiana con un padre, una madre y unos hijos no existe desde hace más de dos generaciones. El curso pasado mi hija Nazaret era la única de la clase cuyos padres no eran divorciados. Nuestros hijos están en colegios católicos, aunque de católicos lo único que tienen son el nombre, los religiosos han desaparecido por falta de vocaciones, la dirección y los profesores son laicos, y además están subvencionados por el estado, que es el que dicta la programación escolar.

La familia es monoparental, existe un padre o una madre y uno o dos hijos máximo (la media nacional es de 1,6 hijos por familia, más alta no obstante que en España). Puesto que los dos trabajan la falta de tiempo de dedicación se suple con todos los caprichos que el niño quiera. A cambio se les pide poner el máximo de interés en los estudios. Más estudios, mejor trabajo, más dinero. Dado que la familia está destruida, y que la figura del padre como autoridad moral no existe, el esta-

do es el que hace de “papá”, marcando las pautas de conducta evidentemente anti-cristianas.

Por ejemplo, en la educación sexual lo único que se les enseña es “a protegerse”, como si fueran animalitos, sin el más mínimo dominio sobre la voluntad. Los términos de virginidad, castidad, continencia, pudor, celibato no aparecen por ningún lado. Cuando hablamos de esto con una directora de colegio nos trato de “naïf” y nos recomendó cambiar de establecimiento escolar. Nuestros hijos reciben esta bombardeo constante. Esta catequesis constante la están recibiendo nuestros hijos del colegio, los compañeros, la televisión, sin que en ningún momento se les hable de Dios. Cada vez vemos aparecer más pronto las relaciones sexuales entre los jóvenes y la homosexualidad.

Las primeras en dar la píldora a sus hijas son las madres y si por desgracia hay un embarazo no deseado se recurre a la I.V.G., unas siglas para encubrir la interrupción voluntaria del embarazo, reembolsado al 100% por la seguridad social. No hablamos solamente de abortos en los primeros meses de gestación, sino de abortos de 7, 8, y 9 meses. Si hay posibilidad de riesgo de malformación del feto de común acuerdo con el médico y sugerido por éste, se puede asesinar al niño en cualquier momento del embarazo. Esto lo hemos vivido personalmente con José, nuestro último hijo. También sabemos que se están matando niños prematuros con malformaciones. En nuestro barrio el año pasado ha habido seis adolescentes que se han suicidado (lógicamente esto no sale en la prensa).

Contamos esto como ejemplos para que se comprenda que esta sociedad no está preparada para sufrir, que el menor signo de sufrimiento hay que quitarlo de enmedio, con lo cual la predicación de la cruz sigue siendo igual que en la época de San Pablo una estupidez.

Por otro lado ni siquiera estamos reconocidos como misioneros, ya que los misioneros están en África, o América del Sur o Asia, pero no en Francia. Si nos preguntan decimos que venimos a ayudar a una parroquia católica.

Con todo esto vemos cada día más claro que nuestra primera misión es la de vivir aquí haciendo presente la familia en un lugar donde no existe. Esto sin ninguna pretensión por nuestra parte porque estamos muy lejos de ser una familia modelo, cada día vemos nuestro pecado más palpable y nuestra incapacidad de amarnos y de amar a nuestros hijos, pero cada día también vemos que si hoy estamos todavía unidos es gracias a Jesucristo que hace posible que se de el amor y el perdón después de 17 años de matrimonio y dificultades; que es El quien hace posible la apertura a la vida, el tener 9 hijos, el que nos da lo que necesitamos para vivir... esto es lo único que tenemos para transmitir, el amor gratuito que hemos recibido de Jesucristo, capaz de sacarnos de todos nuestros miedos, angustias, impotencias, que nos da la fuerza para estar fuera de nuestro país, lejos de nuestras familias, etc.

Esta es nuestra misión primordial. Desde hace ocho años pertenecemos a una parroquia situada en un antiguo barrio obrero, en el cual aún existen células comunistas. Las personas que pertenecen al territorio de la parroquia son unas 8000, aunque últimamente están construyendo muchos edificios nuevos derribando casas viejas, por lo que este número habrá sin duda crecido. De estas personas tenemos un 40% de personas musulmanas, y un 20 % de judíos.

En la parroquia hay una misa el sábado y otra el domingo. La asistencia es de 50 a 60 personas. La realidad es bastante pobre, así que hacemos una pastoral de evangelización. Visitamos las casas de dos en dos, anunciando a los que nos abren las puertas y nos quieren escuchar (que son muy pocos) el amor de Jesucristo. Los judíos no abren las puertas, los musulmanes son más acogedores, aunque no les interesa para nada, y el resto son personas creyentes pero no practicantes.

Una o dos veces al año tenemos un tiempo fuerte de evangelización en el que hacemos catequesis para adultos. Durante estos años hemos visto pasar mucha gente por la parroquia, gente con la vida muy destruida, con una debilidad humana enorme, tantísimas personas depresivas, personas de buena posición con todas las necesidades materiales cubiertas, pero con una gran falta de amor en sus vidas. Los que acogen el Evangelio empiezan a cambiar, el Señor los hace personas, les devuelve la dignidad.

Después existe también la pastoral sacramental o de mantenimiento. Hacemos catequesis de preparación al bautismo, a la confirmación, y al matrimonio; animamos las misas y las diferentes fiestas litúrgicas durante el año. Hemos visto que la descristianización avanza sin parar y como consecuencia la práctica religiosa disminuye. Intentamos transmitir fielmente lo que hemos recibido, es decir, el anuncio del amor gratuito de Jesucristo tal y como somos, sin exigencias, su misericordia, a través de la predicación, el amor a la Iglesia como madre y maestra, y la posibilidad de redescubrir la fe dentro de una comunidad.

Nuestra misión es bastante árida, porque esta sociedad no quiere escuchar. Pero el Señor nos da perseverancia y amor, nos da ánimo a nosotros y a nuestros hijos.

